

ISSN 1851-7099

Boletín Bibliográfico Electrónico

del Programa Buenos Aires de Historia Política

Año 1. Número 2, septiembre 2008



**PROGRAMA
BUENOS AIRES
DE HISTORIA POLÍTICA
DEL SIGLO XX**

Boletín Bibliográfico Electrónico

*<http://historiapolitica.com/boletin/>
boletin@historiapolitica.com*

publicación semestral del **Programa Buenos Aires**

ISSN 1851-7099

Domicilio del *Boletín*:
Facultad de Humanidades - UNMdP
Funes 3350
7600 Mar del Plata, Pcia. Buenos Aires
Argentina.

Staff

Directora

Marcela Ferrari (UNMdP-CONICET)

Editor

Nicolás Quiroga (UNMdP)

Comité Editorial

María Dolores Béjar (UNLP)

José Marcilese (UNS)

Julio Melon (UNdMP)

Ricardo Pasolini (UNICEN)

Luciano de Privitellio (UBA/UNSAM)

Luis Alberto Romero (UBA/UNSAM)

Secretaria

Mariana Pozzoni (UNMdP-CONICET)

Presentación

La aparición de este segundo número del Boletín bibliográfico electrónico editado por el Programa Buenos Aires de Historia Política, es un indicador de la voluntad de su Comité Editorial por dar continuidad a una publicación que se propone brindar un servicio a la comunidad de historiadores, los estudiantes de la carrera o de disciplinas afines y al público interesado en seguir los avances de la historia política.

Mantenemos la misma línea que planteamos cuando comenzamos a pensar este espacio, en cuanto se refiere a informar sobre las publicaciones de historia política argentina y mundial del “largo” XX (desde fines del siglo XIX hasta comienzos del siglo XXI). Con esa intención, continuamos publicando reseñas breves de carácter descriptivo sobre obras de reciente aparición, notas críticas y resúmenes de tesis de posgrado, procurando ofrecer un buen panorama del estado de avance de las publicaciones y producciones sobre la disciplina. También mantuvimos la sección de entrevistas, tan rica al acercarnos a la experiencia de quienes hacen de la narración del pasado su profesión.

Nos propusimos además ir cambiando la organización del Boletín de un número a otro en un intento por hacer de él una publicación dinámica que, manteniendo la calidad lograda, estimule a quienes lo leen y atraiga nuevos interesados. Por eso hemos sumado algunas novedades. La primera es una “celebración” con la cual se abre este número: el dossier organizado con motivo de haberse cumplido los treinta y un años de la primera edición de *El orden conservador...* de Natalio Botana, un clásico de la historia política argentina. En distintos formatos, incluye opiniones de historiadores referidas a la indiscutible incidencia de la obra en la historiografía, como así también al contexto en que se gestó y al modo en que influyó en la investigación de historiadoras de generaciones sucesivas. Otra innovación es la inclusión de una sección destinada a la publicación de estados de la cuestión que permitan dar a conocer los avances sobre alguna temática de historia política, en sentido amplio.

La tercera novedad es la sección “Temas, libros y problemas” que tanto permite incluir artículos de carácter historiográfico como introducir discusiones entre investigadores que debaten en torno a ciertas cuestiones o, como en este caso han elegido los autores, a textos de reciente aparición en relación con la producción preexistente sobre alguna temática específica.

Dado que sólo han transcurrido seis meses desde la aparición del primer Boletín, no es tiempo de balances. Sí es momento para agradecer la participación de todos los autores que nos confiaron sus textos haciendo posible esta publicación. Y también para expresar nuestras expectativas para que este medio se consolide como un espacio de debate y difusión de trabajos provenientes de quienes estamos comprometidos, desde el arco de las ciencias sociales, con la historia política.

Normas para el envío de materiales

El *Boletín bibliográfico electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política* es una publicación de periodicidad semestral dedicada a la difusión de los avances de historia política referida al período comprendido entre fines del siglo XIX y la actualidad.

El comité editorial espera y alienta la participación de investigadores en distintas instancias de formación, para que colaboren en las distintas secciones del *Boletín*. Abre la posibilidad de enviar contribuciones para dos de sus secciones: reseñas y resúmenes de tesis de postgrado. Las reseñas son textos de carácter descriptivo de hasta 700 palabras, y los resúmenes de tesis, de hasta 1400 palabras.

Recibe, además, propuestas para participar con comentarios críticos, entrevistas o textos destinados a algunas de las otras secciones, las cuales quedarán a consideración del Comité Editorial.

Los documentos se enviarán por correo electrónico exclusivamente, en formato RTF o “.doc” (Word) a boletin@historiapolitica.com

Las notas serán automáticas, con cifras árabes y siempre ubicadas a pie de página. Sólo se incluirán en los estados de la cuestión y en artículos historiográficos. No se admiten en el resto de las secciones. Los apellidos incluidos en las notas usarán mayúsculas sólo en la primera letra. El título se incluirá en cursiva y el pie de imprenta se organizará de la siguiente manera: editorial, fecha y lugar de edición.

Deberá mencionarse la adscripción institucional y el e-mail de los autores, a continuación del nombre.

Dossier

- × A treinta años de *El orden conservador*. Un Dossier sobre un clásico de la historia política. Edición y presentación: Ana Leonor Romero (UBA- Instituto Ravignani / CONICET) **Página 7**
- × First is first, la revolución historiográfica de *El Orden Conservador*. Entrevista a Ezequiel Gallo, por Ana Leonor Romero **Página 9**
- × *El orden conservador*: un ícono, por Paula Alonso (Universidad de San Andrés) **Página 13**
- × *El orden conservador*: ambivalencia, brechas y desafíos, por Inés Rojkind (UBA) **Página 15**

Reseñas

- × Fernando Balbi, *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*. Buenos Aires, Antropofagia, 2008, por Juan Manuel Gouarnalusse (I.C.A.- F.FyL.- U.B.A.) **Página 18**
- × Hernán Camarero, *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires, SXXI Editora Iberoamericana, 2007, 460 páginas, por Juan Manuel Romero (UBA) **Página 19**
- × Darío Cantón y Jorge Raúl Jorrot, *Elecciones en la ciudad, 1864 -2007*. Tomo III (1983-2007), Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2007, 352 páginas, por Silvana Ferreyra (CONICET- UNMdP) **Página 20**
- × Alejandro Cattaruzza, *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1910- 1945*. Buenos Aires, Sudamericana, Colección Nudos de la Historia, 2008, por Nicolás Sillitti (UBA) **Página 21**
- × Emilio Crenzel, *La historia política del 'Nunca Más'. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2008, 264 páginas, por Cintia González Leegstra (UNLP) **Página 22**
- × María Liliana Da Orden y Julio César Melon Pirro (comps.), *Prensa y peronismo. Discursos, prácticas, empresas 1943- 1958*. Buenos Aires, Prohistoria, 2008, 260 páginas, por Oscar Aelo (UNMdP) **Página 23**
- × María Celina Fares, *La Unión Federal ¿Nacionalismo o Democracia Cristiana? Una efímera trayectoria partidaria (1955-1958)*. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo – Distribuidora Astrea, 2007, 163 páginas, por María Inés Tato (CONICET - UBA - CEHP-UNSAM) **Página 24**
- × Hugo Gambini. *Historia del Peronismo. La violencia, 1956-1983*. Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2008, por Claudio Belini (CONICET / PEHESA - Instituto Ravignani, UBA) **Página 25**
- × Clara E. Lida, Horacio Crespo y Pablo Yankelevich (comps.), *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. México, El Colegio de México, 2007, 287 páginas, por Carol Solís (UNC) **Página 26**
- × Mariano Ben Plotkin, *El día que se inventó el peronismo. La construcción del 17 de octubre*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008, 217 páginas, por José Marcilese (UNS - CONICET) **Página 27**
- × Alejandro Schneider, *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo (1955-1973)*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2006, 432 páginas, por Carla Sangrilli (UNMdP) **Página 28**

- × Horario Tarcus, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2007, 542 páginas, por Pablo Pérez Branda (CONICET - UNMdP) **Página 29**
- × Eduardo Weisz, *El PRT-ERP. Claves para una interpretación de su singularidad. Marxismo, internacionalismo y clasismo*. Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2006, por Vera Carnovale (UBA) **Página 30**

Notas críticas

- × *Memorias de la Argentina contemporánea. La visión de los mayores, 1946-2001*, de Marcela Ferrari, Lila Ricci y María Estela Spinelli (comps.), Mar del Plata, EUDEM, 2007, por Sandra Raggio (CISH- FAHCE- UNLP) **Página 32**
- × *Los orígenes ideológicos de la dictadura*, de Federico Finchelstein. Buenos Aires, Sudamericana, 2008, por Patricia Alejandra Orbe (UNS - CONICET) **Página 35**
- × *La nacionalización de las masas. Symbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*, de George L. Mosse, Madrid, Marcial Pons, 2005, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2007, por Julio César Melon Pirro (UNMdP) **Página 37**

Estado de la cuestión

- × “Los conflictos obreros durante la última dictadura militar. Un estado de la cuestión”, por Daniel Dicósimo (UNCPBA) **Página 40**

“Temas, libros y problemas” Comentarios y discusiones de textos:

- × “El antifascismo como problema: perspectivas historiográficas y miradas locales”, por Ricardo Pasolini (IEHS-UNICEN - CONICET) **Página 44**
- × “La invención del peronismo y el nuevo consenso historiográfico. Conversación en torno de *El día que se inventó el peronismo*, de Mariano Plotkin”, por Omar Acha (CONICET – UBA) y Nicolás Quiroga (UNMdP) **Página 50**

Entrevista

- × “De la transición al porvenir de las democracias”. Entrevista a Hugo Quiroga, por Darío Macor (CONICET- UNL) y Susana Piazzesi (UNL) **Página 55**

Resúmenes de tesis de postgrado

- × Carolina Barry, *El Partido Peronista Femenino 1949-1951*. Tesis de doctorado en Ciencias Políticas. Buenos Aires, 2006 (UCA) **Página 64**
- × José B. Marcilese, *El primer peronismo en Bahía Blanca, de la génesis a la hegemonía (1943-1955)*. Tesis de Doctorado, Bahía Blanca, 2008 (UNS) **Página 66**
- × Susana Piazzesi, *Conservadores en Provincia. El iriondismo santafesino: entre el fraude y la obra pública, 1937-1943*. Tesis de Maestría en Ciencias Políticas, Santa Fe, 2008 (UNL) **página 67**

DOSSIER

Edición y presentación

Ana Leonor Romero
(UBA- Instituto Ravignani / CONICET)

Presentación

El Orden Conservador. La política argentina entre 1880-1916, apareció publicado por primera vez, en 1977 por la editorial Sudamericana. Hoy, 31 años después, este libro es aún una referencia ineludible para pensar tanto el período del *80 al Centenario* como la dinámica política argentina moderna. *El orden conservador* propuso un tema de debate medular: las posibilidades de consolidar las instituciones republicanas en la Argentina. Esta inquietud atraviesa el trabajo de Botana como historiador, cientista político, periodista y ciudadano. Evaluados en conjunto, sus distintos libros proponen un examen de las posibilidades de existencia de la república, entendida como un régimen jurídico institucional sostenido por un conjunto de valores, en convivencia con la democracia. Mientras que en *El Orden Conservador* estudia los mecanismos institucionales que permitieron a los actores construir y conservar el poder político, en *La Tradición Republicana* propone una biografía intelectual de Alberdi y Sarmiento para descubrir el itinerario de las ideas republicanas *en un país en escorzo*. Este recorrido, así entendido, es el de las posibilidades de realización del proyecto de libertad política, el de la república democrática, propuesto en la Constitución Nacional.

Sin embargo, la producción en conjunto ha tenido un impacto historiográfico desigual. La caracterización institucional de *El orden conservador* constituye el marco de referencia obligado para la comprensión política del período. En este libro, Botana explora los mecanismos institucionales que permitieron a los actores implantar un principio de legitimidad, poner en marcha un sistema de dominación, conservarlo, defenderlo y reformarlo. A través de un análisis mixto, entre teoría política e historia, en este libro construye la dinámica política finisecular; un modelo de interpretación sólido que cubre un arco temporal entre la federalización de la ciudad de Buenos Aires y el acceso de Roca a la presidencia hasta la sanción de una nueva legislación electoral, la ley Sáenz Peña que implicó la pérdida del poder político del PAN. En cambio su análisis de los valores que dieron lugar a su formación -desarrollado en profundidad en *La tradición republicana*- de los distintos discursos que entrelazan

la virtud, el poder del Estado, la riqueza y la historia, quedó más rezagado en el debate historiográfico.

La tradición historiográfica recogió la propuesta de *El orden conservador* y formuló a partir de éste una versión, hoy comúnmente aceptada, para entender la dinámica política. La fórmula alberdiana se convirtió en la llave para entender la política. Según esta versión simplificada del modelo de análisis de Botana, se habría establecido una combinación entre una receta operativa, que ofrecía los mecanismos para controlar el poder evitando las luchas de la elite, a través de la restricción de los derechos políticos, y una prescriptiva que se establecería plenamente una vez transformadas las costumbres. De este modo, el régimen conservador quedó asociado a la idea de una república *falsa* en contraposición con una experiencia que sería *verdadera* una vez que se llevase a la práctica la instauración plena de los derechos políticos. A partir de esta perspectiva, el debate historiográfico quedó centrado en torno a las posibilidades del régimen político y se superpuso de este modo con la visión que propone el momento del fin de siglo como origen mítico de la democracia republicana. Uno de los campos de discusión quedó, así, articulado por la pregunta sobre la posibilidad de la conformación de un sistema electoral democrático. Los partidos, el voto y el debate sobre el deber ser de la participación política organizaron ese campo. La articulación entre república y democracia forma parte, hoy en día, del debate político que enfrenta a dos formas de comprensión de la política, la republicana y la liberal.

Luego de 31 años, *El orden conservador* continúa organizando la indagación historiográfica; sin embargo, su impacto en la producción ha variado. Este dossier tiene el propósito de valorar y discutir la vigencia de un libro que se convirtió en una referencia obligada para el análisis político del período. Para esto, reunimos la opinión de tres historiadores, de distintas generaciones, para que den cuenta de los distintos modos en que ese libro influyó en su propia producción.

En primer lugar, la entrevista con Ezequiel Gallo posibilita recomponer el clima historiográfico en el que este libro apareció. El texto de Paula Alonso, muestra uno de los modos en que una generación de historiadores, formada por la lectura de *El Orden Conservador*, desarrolló sus

↪ propias preguntas. Finalmente, la propuesta de Inés Rojkind, joven investigadora, propone una lectura combinada de la transformación historiográfica que permite entender cómo la acción conjunta de la propuesta de Botana y la lectura de este libro por Paula Alonso, le permitió complejizar el campo de indagación historiográfica de la política finisecular.

y política. Gedisa, Buenos Aires, 2005.

Botana, Natalio, *Poder y hegemonía. El régimen político después de la crisis*. Buenos Aires, Emecé Editores SA, 2006. ***

Natalio Botana

Profesor emérito de la Universidad Torcuato Di Tella y Miembro de Número de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas y de la Academia Nacional de la Historia. Doctor en Ciencias Políticas y Sociales por la Universidad de Lovaina. Ha dictado cursos y seminarios en diversas universidades americanas y europeas. En 1979 obtuvo la Beca Guggenheim y en 1995 el Premio Consagración Nacional en Historia y Ciencias Sociales. Ha sido Visiting Fellow en el St. Antony's College de la Universidad de Oxford y actualmente es Profesor Visitante en el Instituto Universitario José Ortega y Gasset de la Universidad Complutense de Madrid. Es colaborador exclusivo del diario La Nación y es miembro fundador del Círculo de Montevideo que preside Julio María Sanguinetti

Ha recibido el Premio Nacional de Derecho y Ciencias Políticas, correspondiente a la producción 1976/1979 y Primer Premio Nacional de Historia, correspondiente a la producción 1982/1985.

Leer a Natalio Botana

Botana, Natalio, *El orden conservador. La política argentina entre 1880-1916*. Sudamericana, Buenos Aires, 1977.

Botana, Natalio, *La libertad política y su historia*. Sudamericana, Buenos Aires, 1991.

Botana, Natalio y Luna, Felix, *Diálogos con la historia y la política*, Sudamericana. Buenos Aires, 1995.

Botana, Natalio, *Sarmiento: una aventura republicana*. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1996.

Botana, Natalio, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*. Buenos Aires, Sudamericana, 1996.

Botana, Natalio y Gallo, Ezequiel, *De la república posible a la república verdadera*. Ariel, Buenos Aires, 1997.

Botana, Natalio, *El siglo de la libertad y el miedo*. Sudamericana, Buenos Aires, 1998.

Botana, Natalio y Roffo, Analía, *La República Vacilante. Entre la furia y la razón*. Bs. As. Ed. Taurus. 2002.

Botana, Natalio y Calvez, Jean-Yves, *El horizonte del nuevo siglo. Reflexiones sobre la justicia y la paz*. Sudamericana, 2004.

Botana, Natalio y García, Marco (dirs.), *La democracia en América Latina*. Aguilar, 2004.

Botana, Natalio, "El arco republicano del primer centenario: regeneracionistas y reformistas 1910-1930" en Nun, José (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura*



Ezequiel Gallo es profesor emérito de la Universidad Torcuato Di Tella y miembro de la Academia Nacional de la Historia y de la de Ciencias Morales y Políticas de Buenos Aires, y, a su vez, miembro correspondiente de las Academias de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas de Madrid. Estudió en la Universidad de Buenos Aires y se doctoró en Historia en Oxford. Fue investigador del Centro de Investigaciones Sociales del Instituto Torcuato Di Tella entre 1964 y 1999, y director de ese Instituto entre 1974 y 1978. Enseñó en las universidades de Oxford, Londres, Essex, Melbourne, Jerusalén, Columbia, y en el Instituto Universitario Ortega y Gasset de Madrid. Ha sido John Simon Guggenheim Fellow. Es autor de *Colonos en armas. Las revoluciones radicales en la provincia de Santa Fe (1893)*. (1977, reed. 2007), *La pampa gringa* (1983) y *Carlos Pellegrini, orden y reformas* (1998), y de diversos trabajos sobre la tradición liberal. Ha escrito *La formación de la Argentina moderna* (1968) y *La República conservadora* (1973), ambos en colaboración con Roberto Cortés Conde; y *De la República posible a la República verdadera* (1997), con Natalio Botana.

Ana Romero (AR): *El Orden Conservador*, publicado en 1977, constituye hoy una referencia ineludible a la hora de pensar el fin de siglo en la Argentina. Me interesa hablar con usted sobre el momento de producción del libro.

Ezequiel Gallo (EG): Yo vi nacer el libro y en ese nacimiento tuve alguna participación. El libro fue publicado en una colección que hizo el Instituto Di Tella en la época que yo era director. *El orden conservador* fue el primero de esa colección; después salieron otros, por ejemplo *La pampa gringa* y un trabajo de Cortés Conde. Pero el primero fue el libro de Natalio, en el año 77. Fue parte de un convenio que hizo el Instituto Di Tella con la editorial Sudamericana. Enrique Pezzoni era la persona encargada, por el lado de la editorial, de la parte literario académica, de las colecciones. Pezzoni fue profesor de Literatura en la UBA y estuvo muy vinculado en una época al grupo Sur; él tomo bastante interés en la colección y en el libro de Natalio.

Por mi parte, a Natalio lo conocía desde mucho antes, tanto que con él había hasta preparado alguna materia en Derecho; después fuimos dejando la carrera y siguiendo otros caminos. Él se fue a Bélgica, a Lovaina, y yo me fui a Oxford, a Inglaterra. Nos reencontramos a comienzos de los años 70 más o menos. Y bueno, ahí rearmamos esa vieja amistad que se había suspendido porque los dos habíamos estado afuera. En esa época empezaron nuestras conversaciones e intereses comunes. Antes de irme a Inglaterra yo había incursionado en la investigación histórica. Natalio se había formado más en Ciencia Política aunque desde el primer momento estuvo muy interesado en la historia de las ideas. A partir de ahí fuimos coincidiendo en temas y conversando sobre preocupaciones comunes; nos interesaba la misma época, más o menos, de historia argentina.

Tengo la impresión, esta es una impresión personal y puede estar un poco desajustada porque la memoria tampoco es una máquina, de que *El orden conservador*, independientemente del aporte que hizo a la discusión

↳ sobre el período, tuvo otra virtud. En la época que comencé a hacer historia, a fines de los años 50, principios de los años 60, nuestra generación -el mayor de esta generación era Tulio Halperin que estaba un poquito al borde entre la nuestra y la otra- estaba muy interesada en temas de historia económica y social. Era la época del impacto de la revista *Annales* de Francia, del trabajo de los historiadores ingleses e inclusive de la primera aparición fuerte de trabajos desde los Estados Unidos, vinculados a temas de historia económica, como el libro de Rostow. Esto impactó mucho acá y nuestras discusiones giraban alrededor de esos temas.

Yo creo que en el fondo hay un bache -acá es donde me puedo equivocar- entre la publicación del libro de José Luis Romero *Las ideas políticas en la Argentina y El Orden Conservador*. Creo que en el ínterin es como si todos nos hubiéramos olvidado de hacer historia política en un sentido no muy partidario porque, de ese tipo, había libros como los de Ramos, los de Puiggrós, etc. Ellos tocaban temas de historia política pero desde perspectivas poco neutrales, entre comillas, muy jugadas. Y creo que desde el libro de Romero hasta lo de Natalio esta otra perspectiva había casi desaparecido. Ciertamente no había desaparecido en el mundo, aunque tampoco era lo que estaba más de moda, yo creo que el libro de J. A. Pocock *The Maquiavelan moment* fue una ruptura importante, aunque también ahí puede ser que alguien diga que hay una cosa antes. Ese libro pone, por el lado de historia de las ideas, la política de nuevo en discusión.

Pero acá yo tengo la impresión de que antes de la aparición de *El Orden Conservador* estábamos todos muy enfrascados en discusiones, interesantes, útiles etc., pero sobre otras líneas de la investigación histórica relacionadas fundamentalmente con la historia económica y social. Yo había hecho una incursión en la política en el año 62, en ese artículo que hice con Cornblit, y O'Connell, *La generación del 80 y su proyecto: Antecedentes y consecuencias*. Si uno piensa en las características de ese trabajo se puede decir que es de historia política, porque toma un tema de historia política importante para el período, pero su base, decisiva para el desarrollo de un trabajo, estaba muy vinculada a lo económico y a lo social y su interpretación también iba para ese lado. El otro día lo estuve viendo -cada vez que lo veo me pone nervioso-; vi por ejemplo que había citas de Rostow, de Gerschenkron, todos autores que venían de los debates sobre temas de historia económica.

Cuando yo me refiero a historia política me refiero más a historia política pura. También empiezan a haber algunos trabajos que vienen del lado de la sociología, del Departamento que dirigió Germani en la UBA. Hay un trabajo mío sobre el radicalismo que hice con Silvia Sigal que tiene una base más sociológica que económica y también están los trabajos electorales de Darío Canton. Todos esos trabajos tenían un origen, o una fundamentación, por el lado económico o sociológico

que eran las dos *vedettes* de esa época, pero estaban muy alejados de la ciencia política o de la filosofía política. Creo que en ese sentido, *El Orden Conservador* es el primer trabajo que introduce esto en la disciplina y en este medio, en el caso argentino. En nuestros trabajos aparecían nombres muy ligados a historia económica; era muy difícil que apareciera una referencia a Tocqueville, por ejemplo. *El Orden Conservador* es, creo yo, lo primero que irrumpe por ese lado en la historiografía argentina, luego fue continuado por muchos otros autores. Esto es independientemente de la importancia que tiene para discutir ese período específico de la historia argentina.

Yo quería señalar esto que es un impacto más general: Natalio siguió trabajando después sobre el mismo período y ha hecho una serie de trabajos; últimamente he hecho algo con él, la recopilación en la colección de Tulio Halperin Donghi, *De la República posible a la República verdadera*. En el fondo es -yo no diría coronación porque coronación es una palabra un poquito pesimista parece que uno está dando la despedida- de alguna manera como una etapa casi semifinal de esas discusiones que empezaron a comienzos de los años 70.

AR: ¿Cómo surge el interés por esta historia política, dado el ambiente historiográfico reinante?

EG: El interés de Natalio surge por su lado. Cuando nos conocimos, todavía estábamos estudiando derecho; ya tenía este interés por muchos de los autores desde el lado teórico. Uno de estos autores, Jean-Yves Calvez, un jesuita y un gran especialista en Marx, vino a la Argentina en esos años. Recuerdo haberlo visto por primera vez en una mesa redonda que se organizó en sociología, esto debe ser el año 60 o 61, invitado por Germani quien armó una discusión. Natalio estaba interesado en esos temas y muchos después escribirían con Calvez *El horizonte del nuevo siglo*. Creo que Natalio terminó de definir su interés en Lovaina donde elaboró su tesis doctoral que se llama *La legitimidad un problema político*. También tiene la influencia de otro autor muy presente en el trabajo de Natalio, Max Weber. Pero a él le interesaba el Max Weber desde ese punto de vista, más que el que nos podía interesar a nosotros en trabajos como por ejemplo la *Historia económica general*. A esta altura, Natalio ya estaba familiarizado con autores como Tocqueville, que lo siguió acompañando en casi toda su trayectoria académica.

AR: *El Orden conservador* tiene un trabajo histórico importante, de investigación política sobre padrones, censos, muy innovador en el momento por su interpretación. Para esa época sólo autores como Varela Ortega tomaron esa dirección ¿Como fue que llevó a cabo esa forma de trabajar la política, las elecciones?

EG: Es interesante. Eso estaba un poco en el aire en la época. ¿Cuál es la innovación que introduce un

↳ poco Varela Ortega? Pone en el centro de la escena política, en este caso en España, al cacique, al caudillo, y la importancia que tienen esas redes como sostén de determinado tipo de sistema. En el caso de Varela Ortega, él está interesado en un período en que las elecciones no eran muy importantes en España; estaban arregladas, a diferencia de la Argentina, estaban arregladas entre los dos contrincantes, el famoso *turno pacífico*. Acá, había fraude y existían esos problemas, pero no estaban arregladas. Yo tengo la impresión de que el tema político y electoral, que es un aspecto, no el único, pero muy importante, era muy significativo en esta época.

Estamos hablando de fines de los años 50, comienzos de los años 60, Perón había caído en el 55 y para la gente que venía de nuestro ambiente, no solamente universitario sino quienes veníamos de lo que llamaban “familias gorilas”, dicho esto entre signos de interrogación, la obsesión de tratar de reconstruir un sistema electoral democrático era muy importante. Fijáte que *El orden conservador* termina con la Ley Sáenz Peña y eso no es porque sí. Uno podría haber terminado más adelante; quiero decir que la Ley Sáenz Peña en el fondo se vuelve un hito importante por nuestras obsesiones, más importante para nosotros *ex post* que para la misma gente que vivía en la época. Por ejemplo, yo pienso que el 90 es un momento tan importante como la Ley Sáenz Peña. Entonces depende un poco de cuál es el ángulo que uno busque y en el fondo, si bien esto no es terminante y excluyente, esas cosas a veces dependen del clima del momento en que el historiador escribe. Hay que hacer el esfuerzo de no extrapolar, pero se vive en ciertos lugares y las preocupaciones que tiene la gente se reflejan en la elección del tema.

Su preocupación inicial termina de tomar forma cuando empieza su trabajo fuerte en Buenos Aires, en el Instituto Di Tella. Este trabajo lo hace como investigador del Di Tella y no es casual; tiene algo que ver con su propia obra. Natalio, aparte de tener la formación que ya te dije y la vocación por ese enfoque de la ciencia política, estaba en contacto directo con gente que había trabajado el tema electoral.

AR: ¿Quiénes son sus interlocutores en ese momento?

EG: Yo diría que fundamentalmente sus interlocutores fueron la gente entre quienes se movía. En esa época, Natalio estaba en la redacción de la revista *Criterio* y ahí tenía un grupo de referencia. Después estaba el grupo del Di Tella, sus colegas en aquel momento, y además él participó, como muchos de nuestra época, en el Instituto de Desarrollo Económico. Este era un centro de debate importante, de reuniones, de discusiones y de mucho intercambio con los colegas que tenían alguna preocupación tanto por el lado de la historia económica y social y después, a partir de Natalio y otra gente, de historia política.

AR: ¿La preocupación por el período, por el 80, cómo surge?

EG: Ahí, en el caso de él no sé muy bien de donde viene la preocupación. Yo ya lo conocí con ese interés; en la época que estudiábamos derecho, la segunda parte de los años 50, no hablábamos de esto, hablábamos de política estudiantil, de política local y de ese tipo de cosas. Me parece a mí, que una razón es que ese era un período que estaba relativamente poco trabajado en la época y sobre todo en esta dimensión. En ese momento la disputa entre revisionistas ocupaba el debate y había hecho que la primera mitad del siglo XIX llamara mucho la atención; la segunda mitad, en cambio, era un período que estaba poco cubierto y que no atraía mucha atención. En mi caso particular descubrí que era un período muy rico en materiales y en personajes. En este momento se forman casi todas las fuerzas políticas que ha tenido la Argentina, es el período de la inmigración masiva, de un cambio social espectacular. Es un teatro de observación humana fascinante: toda la gente viene de distintos lados, con distintas costumbres.

En mi caso, cuando todavía de estudiante pensaba en qué iba a hacer de grande, como decían los chicos en aquella época, me interesé en una primera instancia en algunas cosas de Hipólito Vieytes. Así cayó en mis manos un trabajo de una colección que tenía editorial Raigal en aquella época. Eran las primeras cosas que salieron de historia del pensamiento económico, de Hipólito Vieytes, de Belgrano, de Echeverría, y así cayó en mis manos una cosa sobre Aristóbulo del Valle. Me acuerdo que no me interesó tanto la parte económica sino la reflexión sobre la política y el hecho de que Del Valle, de los políticos de la época, le daba mucha importancia a los aspectos económicos. Este es mi caso particular y ahí lo de la inmigración para mí es bastante decisivo porque esto me hizo interesarme en Santa Fe.

A Natalio, como historiador, ya lo conocí interesado en ese período y tenía *El orden conservador*, o algo parecido, en la cabeza porque era la época en que lo había empezado a trabajar. De manera tal que cuando empieza nuestra relación académica propiamente dicha -antes habíamos tenido una relación estudiantil-, alrededor del año 70, él ya tenía definido este interés. Él ha hecho algunas cosas sobre otros momentos pero su preocupación central como historiador ha sido este período. Natalio, como vos sabés, tiene una actividad periodística importante de manera tal que ha tocado muchos temas. Conmigo tiene dos trabajos que son pocos conocidos, uno para la *Revista de Occidente*, sobre el período de entreguerras, un número que sacó la *Revista de Occidente* en homenaje a Victoria Ocampo, *La política argentina entre las dos guerras mundiales*. Y después un trabajo que salió publicado en un *reader* que editó Carlos Floria: *Pensar la República, La inmadurez histórica de los argentinos*. Este era un análisis que hacíamos de los usos políticos que se estaban haciendo en historia en la Argentina; lo

↪ debemos haber escrito alrededor de 1974 o 1975.

AR: ¿Cómo participó usted de la discusión de los borradores de *El Orden Conservador*?

EG: Participé mucho del proceso de armado, eso lo dice él en el prólogo. Discutíamos borradores, él iba haciendo cosas y las charlábamos, en forma muy clásica. Yo lo seguí muy de cerca; además tuve participación en la publicación del libro en este convenio con la editorial Sudamericana. A mí me interesaba enormemente y me sentí un poco obligado a que saliera finalmente porque en aquella época en la Argentina no era tan fácil publicar y salió muy bien. Editorialmente le fue muy bien, en una época que no se vendían muchas de estas cosas, tuvo una reedición, varias reediciones. De hecho la nueva edición de 1994 tiene un prólogo que creo que es un poco *post scriptum*, cosas que fueron saliendo alrededor de ese tema.

AR: ¿Cual sería su evaluación hoy del libro y su impacto?

EG: En la Argentina, el impacto es muy grande, tal vez ahora han salido muchas cosas de esa línea, pero bueno, como dicen los ingleses, *first is first*. Yo creo que en el momento introduce toda una dimensión en la vida histórica y no es fácil introducir; en eso yo creo el impacto del libro es muy grande. Sé, por quienes han trabajado mucho conmigo, que el libro sigue siendo importante. Paula Alonso tal vez debe ser de una de las personas que ahora más esté trabajando este período. Después, Eduardo Zimmerman sigue muy interesado en los temas propuestos por Natalio. Cuando a Natalio lo nombraron profesor emérito aquí en la Di Tella, Eduardo dio el discurso de bienvenida. Y noto, así hablando con la gente, que el libro es importante. Hilda Sabato quien hizo un recorrido parecido al mío, empezó haciendo historia económica, historia social y después va girando hacia historia política, también lo utiliza. Lo mismo podría decirse de Pablo Gerchunoff, Lucas Llach y Luis Alberto Romero.

Yo creo que desde ese punto de vista todavía va a seguir presente por algún tiempo, aunque estas cosas dependen no solamente de uno sino de lo que hagan los otros. La importancia es el haber iniciado y sido soporte de un camino nuevo, y no que el día de mañana la gente diga, cuando hable de la ley Sáenz Peña y de la discusión entre González y Gómez, lo mismo.

Hay una cosa más que te quiero mencionar. Yo creo que Natalio cubre un bache en la historiografía y yo puse como fecha el libro de José Luís Romero. Pero Natalio tiene una influencia anterior a ese momento, por este tipo de preocupación por la política argentina. La de Matienzo y Rivarola. En la Argentina, en lo que se llamaba la generación del Centenario, hubo un grupo muy interesante en el campo de la discusión política

y de alguna manera eso se fue de a poco banalizando. Yo creo que un poco la polémica sobre el revisionismo, independientemente de los contenidos, ha sido estéril porque al discutir alrededor de una persona básicamente, ha desviado la atención de lo que había sido la obra de gente como Matienzo, como González en *El juicio del siglo*, aunque éste es de una camada un poco anterior. Así que la obra de Natalio retoma la tradición de José Luis Romero pero engancha con algo que era anterior.

AR: ¿Retomar el análisis político de la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* es recuperar la preocupación por las instituciones políticas?

EG: El problema de las instituciones políticas encierra una discusión muy rica. Este tema a Natalio le interesó mucho. La ley Sáenz Peña es uno sus aspectos pero también incluye problemas como el régimen federal y sus características *sui generis*. Varios aspectos de la discusión, como presidencialismo, parlamentarismo, todo eso estaba presente en la gente de esa generación de Rivarola y Matienzo. Después se fue diluyendo hasta que a partir de *El Orden Conservador* estos temas vuelven a estar en el lugar que se merecen. ***

Paula Alonso es actualmente Profesora Visitante de George Washington University y Profesora Asociada de la Universidad de San Andrés. Recibió su doctorado en la Universidad de Oxford (1992), fue Profesora en la Universidades de Bristol y de Warwick en Inglaterra, y Profesora Visitante en la Universidad Torcuato Di Tella, y en la Universidades de Maryland, Harvard y Virginia en los Estados Unidos. También ha sido Investigadora del Conicet. Su área de especialización es la política Argentina de fines del siglo XIX. Es autora de *Entre la revolución y las urnas. Los orígenes de la Unión Cívica Radical y la política argentina en los años '90* (2000) cuya versión en inglés fue publicada por Cambridge University Press (2000; 2006); compiladora de *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920* (2003).

De haberseme solicitado un ensayo sobre los méritos de *El orden conservador* diría que el principal de ellos es ser un texto ineludible para pensar el sistema político del período 1880-1916, incluso a treinta y un años de su aparición. Con él, Natalio Botana irrumpió en un clima historiográfico de interpretaciones estructuralistas o funcionalistas que encontraba las bases de dicho sistema en el orden económico y social. Botana, en cambio, retomó las líneas de reflexión que Nicolás Matienzo y Rodolfo Rivarola habían trazado décadas atrás pero con un marco interpretativo más sustancial y acabado basado en ese cruce tan fructífero que ofrece la combinación de la ciencia política y la historia y que era tan escasamente practicado en el momento de la aparición del libro. *El orden conservador* fue en su momento un texto innovador que cuestionó una historiografía que se encontraba remolinada alrededor de otros intereses poniendo el acento en la política y en las instituciones para explicar un fenómeno político, el de la hegemonía del Partido Autonomista Nacional.

Si a treinta y un años de su publicación uno de los principales méritos del libro es su vigencia, las razones

de la misma no se encuentran en que aborda el período desde un enfoque político-institucional, sino en que propone un modelo que justamente puede servir de guía a investigaciones futuras. *El orden conservador* es un texto ineludible y perdurable porque, lejos de pretender dar respuestas acabadas, ofrece un modelo interpretativo que abre una serie de interrogantes y plantea un conjunto de cuestiones que requieren, como su autor subraya, de mayores investigaciones. Lejos de pretender ser un texto exhaustivo sobre su objeto de estudio, *El orden conservador* es un punto de partida que propone un esquema analítico para indagar sobre los principales rasgos de un régimen político. Con el tiempo, dicho esquema y sus componentes son, por lo tanto, susceptibles de ser confirmados, modificados o rechazados en la medida en que nuevas investigaciones abordan el período. Y esa ha sido justamente la intención del autor, reiterada explícitamente en el prólogo a la reedición de la obra en 1994.

Lo que se me ha solicitado para estas páginas, sin embargo, no son una líneas sobre los méritos de *El orden conservador* o las razones de su perdurabilidad, sino sobre sus implicancias para mis propias investigaciones. Esto último ha cambiado con el tiempo y también con el foco de análisis que he ido adoptando, pero lo que se ha mantenido invariable es el hecho de que es uno de los textos que más he leído y releído para investigar, para enseñar, y para aprender de mis alumnos. El texto ha sido uno de *mis* clásicos, en el sentido “calvinesco”, esos libros que siempre estoy “releyendo” y nunca “leyendo”. Cuando en la segunda mitad de los años 1980 comencé a indagar sobre la historia de los orígenes de la Unión Cívica Radical, *El orden conservador* representaba el marco político-institucional desde el cual comprender la emergencia de la oposición. Inicialmente lo adopté sin grandes cuestionamientos ya que si bien mi propia indagación sobre los radicales ofrecía una mirada innovadora, el régimen y sus instrumentos de control se brindaban como los ejes apropiados para comprender las batallas de la Unión Cívica Radical.

Sin embargo, “mis actores”, los radicales, no habían dejado demasiados trazos por lo que me lancé a buscar sus huellas en los archivos de sus adversarios. En ese momento comencé a intuir que el mundo de la política de las dos décadas finales del siglo XIX ofrecía algunos perfiles distintos al esquema que *El orden conservador*

↪ me brindaba. Pero al mismo tiempo, también decidí que ese mundo ininteligible que esos archivos me insinuaban era una caja de Pandora y que de adentrarme en ella pondría en peligro mi objetivo inmediato que era realizar una tesis doctoral. En ese momento opté por tapar la caja para poder continuar con “mis radicales”. Pero ya había quedado “atrapada” y el siguiente proyecto de investigación lo destiné a indagar sobre el mundo político del partido en el gobierno. Para ello pude contar con material que años antes (durante los cuales Botana escribió su obra) había sido de imposible o difícil acceso: miles de cartas entre políticos de las catorce provincias, telegramas en clave, notas y recortes de misivas mal encarpados, clasificados y conservados entre hombres de todos los rincones de la república. Ellos me “hablaban” de un mundo, al principio inasible, en el que el mero volumen del material era indicativo de una arena política en constante disputa, no sólo entre los hombres en el gobierno y quienes estaban fuera de él, sino, principalmente, entre los propios miembros del Partido Autonomista Nacional.

Naturalmente, *El orden conservador* no fue el único trabajo que guió mis investigaciones, me incitó a hacer preguntas y me llevó por distintos caminos. Un sin fin de estudios, no sólo sobre el sistema político argentino sino de otras latitudes, en particular México, España, Italia, y los Estados Unidos, fueron sumamente útiles al momento de comparar sistemas partidarios, formas

de indagación y preguntas a contestar. Dado que se me ha pedido escribir sobre *El orden conservador* y sus implicancias para mi trabajo no corresponde ahondar más sobre otros estudios de gran impacto para mis indagaciones. Además, mi propia investigación actual - que trata sobre el Partido Autonomista Nacional entre 1880 y 1892 - tampoco debe interpretarse como hecha para confirmar o contradecir un esquema vigente. En la medida en que avanzaba en mi exploración actual, aspectos sustanciales de *El orden conservador* se me presentaban como sumamente útiles mientras que otros no lo eran tanto, como es natural en un trabajo que tiene distintos objetos de interés, metodologías de análisis y fuentes.

Pero aún cuando inevitablemente nuevos flujos de investigaciones vayan modificando propuestas contenidas en *El orden conservador*, de ninguna forma esto afecta su lugar en la historiografía ya que la vigencia de una obra no se encuentra en la perdurabilidad de la visión que presenta sino en la variedad de reflexiones que inspira. En este sentido, *El orden conservador* es un clásico con escasas equivalencias para el período. Al ser un modelo analítico, su relectura nunca decepciona; como apuntó Italo Calvino, “toda relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera”. *El orden conservador* celebra, por lo tanto, los primeros treinta y un años de vigencia. ***

Inés Rojkind es Profesora en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y candidata al Doctorado en Historia del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Su investigación se refiere a la relación entre prensa, oposición política y movilización callejera en Buenos Aires, a comienzos del novecientos. Ha sido becaria doctoral del Programa de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes (2005-2008) y se desempeña como docente auxiliar en la cátedra de Historia Argentina II (1862-1916), en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

Hace diez años, en un trabajo donde repasaba algunos de los principales aportes de la reciente historia política del período del Ochenta al Centenario, Paula Alonso llamaba la atención sobre el hecho de que frente a la imagen de gobiernos electores confeccionada por Natalio Botana en *El orden conservador*, los nuevos estudios tendían a privilegiar el análisis de una “cultura de la participación” que, al menos en el caso de la ciudad de Buenos Aires, se descubría inesperadamente rica y activa. En particular, las investigaciones referidas a las elecciones y al rol de la prensa revelaban, según la autora, la novedad de una vida política que había conseguido desenvolverse con notable dinamismo aun dentro del marco del sistema de control gubernamental establecido desde las esferas de poder.¹

En el mismo artículo, Alonso advertía también acerca de “la importancia de periodizar o subperiodizar” el intervalo temporal comprendido entre el Ochenta y el Centenario, puesto que —señalaba— “uno de los grandes equívocos de la historiografía es que nos ha

acostumbrado a ver este período como un solo bloque”.² Ambas consideraciones efectuadas por Alonso incumben directamente al planteamiento y a los propósitos que orientan la investigación que llevo adelante para mi tesis doctoral, especialmente en lo referente al modo en que dicha investigación se sitúa respecto del clásico libro de Botana.

El trabajo que realizo consiste, sintéticamente, en un estudio del papel que cumplió el periodismo porteño en la creación y movilización de una *opinión* implacablemente crítica del gobierno de Julio A. Roca, durante su segunda presidencia (1898-1904). Exploro las formas, los contenidos y los sentidos de una intensa labor que los diarios emprendieron con el objetivo de que constara “en las calles públicas la verdad de la protesta” que, según denunciaban, suscitaba el proceder de una clase gobernante a la que calificaban de arbitraria y corrupta. En el contexto de las transformaciones que experimentaba la sociedad urbana en el cambio de siglo, las publicaciones que lideraban el tránsito hacia la modernidad periodística no renunciaban, sin embargo, a su capacidad de generar hechos políticos (para utilizar la expresión de Elías Palti), incluso si —como ocurría con frecuencia— tales hechos tomaban la forma de agresivas movilizaciones populares que alteraban la vida cotidiana de la ciudad y hacían aflorar un variado espectro de temores.³

Así planteada la investigación, sin embargo, el ceñido recorte temporal que la enmarca adquiere pleno sentido sólo dentro del esquema que Botana construye sobre la manera en que, a lo largo de treinta y seis años, el régimen político instaurado en 1880 se afianzó, perduró a pesar de los cuestionamientos y hasta se reformó por dentro antes de sufrir una inesperada derrota. Respecto de ese ciclo, el tramo que por mi parte delimito se inicia con el regreso de Roca al poder en 1898 y lo que ese retorno parece anunciar: el agotamiento de la impugnación revolucionaria y la consiguiente “recuperación del orden quebrado en 1890”.⁴ Se cierra, en tanto, con el ocaso de la figura del General, la pérdida del predominio que

¹ Paula Alonso, “La reciente historia política de la Argentina del ochenta al centenario”, en *Anuario IEHS*, núm. 13, 1998. Corresponde indicar, con todo, que en opinión de la autora la existencia de ese control gubernamental, cuya eficacia no es posible desconocer, obliga por eso mismo a matizar las formulaciones más entusiastas acerca de la vitalidad de la vida política que transcurría bajo su influencia.

² P. Alonso, “La reciente historia política...”, p. 400.

³ Sobre la capacidad de “intervención práctica” que desarrolló el periodismo en la segunda mitad del siglo XIX, ver Elías J. Palti, *El tiempo de la política*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, pp. 188-198.

⁴ Natalio Botana, “El arco republicano del Primer Centenario: regeneracionistas y reformistas, 1910-1930”, en José Nun (ed.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*. Buenos Aires, Gedisa, 2005, p. 125.

↪ había ostentado durante más de veinte años y la puesta en marcha de un “plan estratégico” de cambio que iba a desembocar en la sanción de la reforma electoral de 1912.⁵

Ciertamente, no se registraron durante ese lapso amenazas que hicieran zozobrar la estabilidad de la supremacía del PAN. Visto retrospectivamente, es claro que, tal como expone Botana en el libro, se había iniciado entonces, junto con la *restauración del orden conservador*, el proceso que iba a conducir a la transformación gradual (y no al derrumbe) del régimen. Sin dejar de compartir esa conclusión, no obstante, mi intención es mostrar que no faltaron en el ínterin los desafíos que, aunque limitados, fueron socavando la legitimidad del sistema de poder instituido por el PAN. La prédica beligerantemente opositora de la prensa ayudó a engendrar una peculiar dinámica de movilización contestataria cuya significación, a su vez, se vio amplificada por una conjunción de circunstancias: desde el recuerdo —exaltado o condenado— de la Revolución del Noventa, hasta la crucial escisión que en el seno del partido gobernante desató la ruptura entre Roca y Pellegrini en 1901, pasando por la hasta entonces inédita visibilidad que adquirió el conflicto social y obrero a comienzos del novecientos.

Ahora bien, ¿en qué medida el texto de Botana, enfocado al análisis de la hegemonía que los gobiernos electores impusieron exitosamente desde arriba, puede contribuir al trabajo de reconstrucción de esa dinámica de movilización que, sostengo, se propagó desde abajo (o mejor, desde afuera)? Creo que el libro y, sobre todo, la relectura que el propio Botana efectuó años después, ofrecen algunas claves para componer la imagen de “un orden ambivalente, duradero sin por ello dejar de ser inseguro”, resistente pero siempre expuesto a la emergencia de “oposiciones, conflictos y efectos inesperados”.⁶ En el origen de esa ambivalencia que atravesaba al *orden conservador* se hallaba la imposibilidad de clausurar la “brecha” (como la denomina Botana) que el estallido revolucionario del noventa había abierto en la justificación que los hombres del régimen reclamaban para su dominio. Mi investigación me ha permitido comprobar que cuando en 1898 Roca retornó a la presidencia de la República se alzaron de inmediato voces exigiendo un “gobierno de reparación”; fueron esas mismas voces las que tan sólo unos meses después, desde las páginas de la prensa “independiente”, decretaron el prematuro e irreversible derrumbe de las expectativas forjadas al respecto. En consecuencia, y puesto que seguía en pie un estilo de hacer política que, en palabras de Botana, “reducía los márgenes de la competencia y al mismo enervaba a las oposiciones”,

se consolidó también “el perfil de una ciudadanía que circula[ba] entre la hegemonía gubernamental y la resistencia violenta”.⁷

Precisamente, lo que me interesa examinar es la dimensión que esta última frase de Botana insinúa pero sobre la cual el autor no se detiene a indagar. Se trata del espacio que se extiende entre la pasiva aceptación del control gubernamental, por un lado, y el recurso a la rebelión armada tal como los radicales volvieron a ensayarlo en 1905, por el otro. En el marco de un escenario político fragmentado y desarticulado como el que prevaleció durante el segundo gobierno de Roca, fue a través de la prensa y en las calles que se desplegó la movilización opositora, montada muchas veces sobre la denuncia de una serie de agravios que contra el interés general (el honor nacional, el bienestar de la población, la voluntad popular) supuestamente perpetraban los “gobernantes corrompidos”.

Se trataba, empero, de una dinámica que no podía sobrevivir a los cambios que se verificaron hacia mediados de la década de 1900. La reorganización de la UCR y su vuelta a la lucha, así como el irrefrenable impulso que con la declinación del roquismo tomó el proceso reformista en el interior del régimen, modificaron sustancialmente una escena que a partir de entonces estuvo dominada por la pugna entre ambas tendencias. Paradójicamente, el triunfo de un régimen que aspiraba a renovarse a sí mismo fue además —como explica Botana— el inicio de su derrota. Paradójicamente, también, no fue la obsesión por el orden que profesaba la clase gobernante el factor principal que terminó ahogando la incipiente movilización política que se había gestado a comienzos del novecientos en Buenos Aires. Bajo la conducción de Hipólito Yrigoyen, el nuevo radicalismo reorganizado en 1903 impuso una estrategia de combate que fusionaba la intransigencia, el abstencionismo electoral y un estilo conspirativo. Se restringían en ese contexto los ámbitos y las oportunidades para el ejercicio de un tipo de agitación pública que se emparentaba, en rigor, con otras tradiciones de largo arraigo en la sociedad porteña, pero destinadas a agotarse.⁸ ...

⁷ N. Botana, “Estudio preliminar”, pp. XVIII y XXIII. Acerca de las “brechas” o “fisuras” que el Noventa introdujo en la estabilidad del régimen, haciendo surgir “principios de legitimidad antagónicos”, véase N. Botana, *El orden conservador...*, pp. 164-174. En cuanto a las “iras opositoras” que despertaba el estilo político del PAN y, en especial, “la tendencia permanente a monopolizar todo el poder no dejando resquicio alguno para la participación de fuerzas alternativas”, resulta sugerente un viejo artículo de Ezequiel Gallo, “El roquismo”, en *Todo es historia*, núm. 10, 1975, pp. 12-29.

⁸ Me refiero, claro está, a las tradiciones de movilización popular que estudia Hilda Sabato en sus trabajos, especialmente en: *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

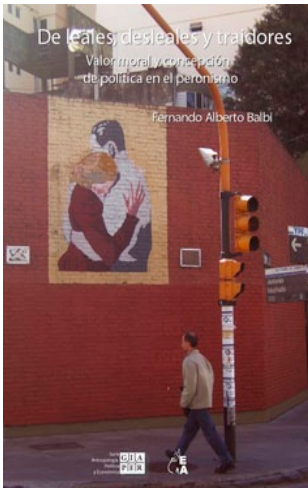
⁵ Natalio Botana, *El orden conservador. La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires, Sudamericana, 1994, cap. IX.

⁶ N. Botana, “Estudio preliminar”, en *El orden conservador...*, pp. II y XXIII. Se trata de un estudio que el autor escribió para la cuarta edición del libro, publicada por Editorial Sudamericana en el año 1994.

RESSEÑAS

Fernando Alberto Balbi. *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*. Buenos Aires, Antropofagia, 2008, 400 páginas.

por Juan Manuel Gouarnalusse (ICA-FFyL-UBA)



En su libro *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*, Fernando Balbi analiza el origen, los usos y el significado de la *lealtad* para comprender su incidencia en las prácticas políticas de los peronistas. El trabajo comienza con una caracterización teórica de los valores morales y de su relación con los procesos políticos, continúa con un estudio de los procesos formativos del valor específicamente peronista de *lealtad* y se completa con trabajos etnográficos. El más extenso analiza los usos y sentidos de la *lealtad* en las internas partidarias en una localidad de la provincia de Entre Ríos; los restantes fueron realizados en actos donde predominan usos estandarizados de la liturgia peronista, como seminarios partidarios y conmemoraciones de los aniversarios de los fallecimientos de Perón y Eva Duarte.

Balbi afirma que la *lealtad*, tal como la entienden los líderes, militantes y simpatizantes del movimiento, es un valor moral propio del peronismo, diferente de otros usos y concepciones, que se conformó en sus primeros años a través de

complejos procesos políticos.

Balbi utiliza la perspectiva etnográfica para analizar la representación militar de la *lealtad* y los cambios que sobre ésta forjó el derrotero del peronismo. Los valores morales, como toda representación colectiva, suelen ser modificados por las prácticas de los actores en procesos sociales concretos. Cuando Perón y su esposa impusieron la *lealtad* como valor primordial en su círculo político, la *lealtad* militar, debida por los miembros de las fuerzas a la institución y a la Nación, se transformó en la *lealtad* peronista, dirigida hacia la persona del conductor, quien, a su vez, fue considerado merecedor de la misma por su *lealtad* hacia el pueblo. Éste fue difundido a través de las instituciones estatales, las organizaciones políticas y la propaganda oficial, y se consolidó como valor central del movimiento con el accionar de la *resistencia peronista*. Desde entonces, a pesar de los fuertes cambios ocurridos en el peronismo, su sentido canónico ha permanecido invariable. En sus etnografías Balbi demuestra su capacidad para limitar potenciales procesos de resignificación.

En el peronismo no existe una exégesis acerca de su significado. Balbi observa que la *lealtad* se concibe como un hecho de la realidad: sus sentidos son transmitidos en la actividad política y en la vida cotidiana a través de la interpretación de los sucesos como casos de *lealtad*, *deslealtad* o traición. Por su difusión y eficiencia pedagógica, la tradición peronista destaca tres ejemplos de *lealtad*: la que el pueblo manifestó hacia Perón el 17 de octubre del 45, la que Evita tenía por Perón y la de la *resistencia peronista* cuando luchó por el regreso de su líder en el exilio. La importancia de estos ejemplos radica en su eficacia para estructurar la interacción y servir como parámetros de conducta.

Balbi resalta que la *lealtad* es valorada como una cualidad personal. Su reconocimiento constituye así el principal parámetro para establecer la confianza entre las personas. Como esta cualidad sólo es visible en la práctica, su demostración pública es fundamental. A través del trabajo etnográfico deduce que la determinación de la naturaleza leal o traidora de una persona o de una agrupación se realiza en entramados desiguales de relaciones interpersonales. Este uso no es libre; lo limita la red de significados que constituyen el término *lealtad* –y otros asociados como traición–. Su vigencia limita los modos posibles actuación política.

Como todo valor moral, la *lealtad* es un concepto cargado emotiva y normativamente en situaciones sociales históricamente determinadas. Para el autor, los valores morales, elementos de naturaleza simbólica, sólo pueden estructurar el comportamiento a partir de su interacción con los procesos sociales específicos. Al configurar la confianza, las expectativas y las percepciones, la *lealtad* limita las acciones de los peronistas a los marcos normativos que trae aparejada.

El aporte último de este libro es mostrar cómo en los procesos políticos concretos, la *lealtad* motiva y limita el accionar de líderes, militantes y simpatizantes peronistas quienes, sin contradecir lo dicho, pueden utilizarlo para distinguirse o alinearse dentro del partido y para interpelar a sus compañeros en pos de alcanzar intereses propios...

Hernán Camarero. *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*. Buenos Aires, S. XXI Editora Iberoamericana, 2007, 460 páginas.

Por Juan Manuel Romero (UBA)

En *A la conquista de la clase obrera...*, el historiador Hernán Camarero se propone echar luz sobre una zona poco estudiada de la historia del movimiento obrero argentino: la participación que tuvo en él, en los años de entreguerras, el Partido Comunista. Enfocada mayormente en la dinámica interna del aparato partidario y las líneas ideológico-políticas dictadas por su dirigencia, la literatura disponible había dejado poco exploradas las prácticas y estrategias que el PC desarrolló en su relación con los sindicatos y la clase obrera. El autor aborda esta cuestión desde una perspectiva a la vez social, política y cultural, retomando para ello la categoría de *mundo del trabajo*, que le permite comprender las distintas experiencias de la clase obrera, y no circunscribir el análisis únicamente al terreno la conflictividad laboral y sindical.

La base documental del trabajo merece asimismo un comentario: Camarero ha relevado una significativa cantidad de fuentes, en muchos casos novedosas, que se encuentran recientemente disponibles al público gracias a la habilitación y reorganización de archivos y centros de investigación.

El historiador desarrolla su argumento centrando el análisis en la zona de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, remarcando la importancia adquirida por el PC en el escenario de los conflictos sociales de las décadas de 1920 y 1930, y la eficacia del comunismo a la hora de convocar a la clase obrera desde un discurso clasista. La estrategia de la bolchevización, adoptada desde 1925-1926, fue la clave para una firme implantación y expansión del partido en el movimiento obrero.

Por otra parte, el desempeño del comunismo en el contexto de sociabilidad obrera de entreguerras le permite al autor discutir una tesis clásica de la historiografía argentina, aquella que ubicaba en estos años la gestación de una cultura popular barrial e interclasista, animada por las aspiraciones de integración social. Propone en cambio la vigencia de una cultura proletaria, contestataria y confrontativa, que había comenzado con la experiencia anarquista y el comunismo supo retomar, añadiéndole su sello ideológico y partidario.

El libro se encuentra compuesto por una introducción, cinco capítulos y una conclusión. El primero de los capítulos está dedicado a los cambios en la estructura partidaria, la adopción de estrategias de proletarización y de organización celular. El segundo de ellos se ocupa de la entrada de los comunistas en el mundo sindical y el tercero analiza las circunstancias particulares de la acción comunista bajo la estrategia de *clase contra clase*. El capítulo cuatro desarrolla las políticas culturales del comunismo en los ámbitos de sociabilidad proletaria, inscribiéndolo en la tradición comenzada por socialistas y anarquistas, y promoviendo allí la creación de una cultura obrera antagonista. Finalmente, el último capítulo de la obra está dedicado al rol de las distintas comunidades étnico-lingüísticas en el interior de un partido signado por el cosmopolitismo. ...



Darío Canton y Jorge Raúl Jorrat. *Elecciones en la ciudad, 1864 -2007. Tomo III (1983- 2007)*. Buenos Aires, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2007, 352 páginas.

por Silvana Ferreyra (CONICET-UNMdP)

Elecciones en la ciudad
1864-2007

Darío Canton
Jorge Raúl Jorrat



Tomo III (1983-2007)

Este libro es el tercer tomo, y por ahora último, de una importante obra sobre las elecciones en Capital Federal. Se trata, al igual que los volúmenes anteriores, de una compilación de trabajos cuya autoría corresponde fundamentalmente a D. Canton y J. R. Jorrat, publicados a lo largo de veinte años en reconocidas revistas y congresos académicos. Cabe destacar que, pese a este carácter fragmentario, la obra tiene una indudable coherencia, sin duda tributaria de la preocupación central que la articula. Además del recorte espacial, otro de los hilos conductores del trabajo es el debate en torno a la existencia del “voto de clase”. Dicho debate presenta particular interés en el análisis de este último período ya que varios investigadores a nivel internacional (Clark y Lipset son algunos de los exponentes más destacados) vienen señalando una tendencia declinante de la influencia de la clase sobre el voto. Por el contrario, Jorrat y Canton van a sostener, alineándose con posiciones como las de G. Evans, que el voto de clase “todavía importa” [para el caso de Capital Federal véase la encendida polémica con Susana Torrado en el apéndice I]. De este modo, los autores participan de las discusiones no sólo en lo que refiere a la evidencia empírica, sino también en lo vinculado con aspectos conceptuales y

metodológicos.

Respecto a la dimensión empírica, señalando las dificultades de aproximarse a categorizaciones de clase social a través de datos ocupacionales, consideran que las referencias de sexo, edad y ocupación que figuran en los padrones, representan una fuente más adecuada para acercarse al problema que los datos censales [apéndice III]. La pertinencia de los padrones como fuente crece cuando se controlan las posibles dificultades que acarrear su desactualización [apéndice II] y la incidencia de la composición socioespacial de las abstenciones [capítulo 9]. Al respecto, conviene destacar que en virtud de la proximidad histórica, en este tomo se mejoraron considerablemente la calidad de los datos y, por ende, la confiabilidad de los resultados. Los análisis ecológicos pudieron efectuarse no sólo a nivel de las secciones, sino también de unidades más pequeñas como los circuitos y las mesas, complementándose con encuestas que permitieron aproximaciones al nivel individual. Asimismo se registra la utilización, de manera cruzada, de diversos recursos estadísticos: correlaciones lineales simples, regresiones por pasos, método de Gary King, etc. Por otra parte, en comparación con los años abarcados por los tomos anteriores, entre 1983- 2007 los resultados electorales parecen menos viciados por mecanismos, tales como fraudes y proscripciones, que puedan hacernos dudar de su transparencia.

En la sección I se analizan algunas de las elecciones del período (presidenciales, jefe de gobierno, constituyentes, consulta por el Beagle). Si bien el anclaje se encuentra en las correlaciones ecológicas entre ocupación y voto, no se dejan de explorar múltiples variables en su interrelación (edad, educación, género, tradición partidaria, autoidentificación de clase e ideológica). Además, se toman en consideración los matices que introducen los diferentes niveles y cargos que entran en disputa. En efecto, la importancia que los autores le otorgan a las particularidades de la articulación entre el plano municipal y el nacional en el territorio capitalino se manifiesta con claridad gráfica a través de los rostros de los presidentes y jefes de gobierno en el dibujo de tapa. Algunas de las afirmaciones más importantes de este apartado refieren a la pérdida de votos del peronismo entre 1973 y 1983 como resultado de un movimiento general de todos los sectores sociales; asimismo llaman la atención sobre el crecimiento del Frepaso como tercera fuerza a partir de 1994, capturando votos de los sectores medios del electorado del PJ y la UCR. Por otra parte, destacan cómo pese a la correlación con sectores medios altos que se introduce con el menemismo, el peronismo mantiene sus bases obreras y/o populares.

Justamente las peculiaridades de la reelección de Menem en 1995, y el mentado “voto cuota”, los inducen a cuestionarse cómo, dónde y hasta qué punto la situación económica influye sobre los votantes. En la sección II profundizan entonces en el voto económico, cruzando dimensiones sobre la percepción de la economía a nivel individual y colectivo, prospectivo y retrospectivo para el período 1993- 2003.

En la sección III se propician enfoques panorámicos, mereciendo destacarse los análisis sobre el voto femenino. Las mujeres apoyarían menos al peronismo que los varones, y aumentarían sus adhesiones cuando se trata de representantes del mismo género, situación que los autores identifican como efectos Meijide y Carrió.

La lectura de este relevante trabajo de sociología electoral será sumamente enriquecedora para aquellos investigadores vinculados a la historia política, tanto para explorar desde nuevas dimensiones las hipótesis sugeridas, como por el incalculable valor del material empírico que nos proporciona: nada menos que los resultados por sección en Capital Federal para 106 comicios a lo largo de más de un siglo [véase CD anexo].***

Alejandro Cattaruzza. *Los Usos del pasado. La historia y la política argentina en discusión, 1910-1945*. Buenos Aires, Sudamericana, 2008, 216 páginas.

Por Nicolás Sillitti (UBA)

En su nuevo libro, *Los usos del pasado...*, Alejandro Cattaruzza tematiza las construcciones e imágenes de la historia argentina que se disputaron la escena en el período de entreguerras. En esos conflictos por estabilizar y canonizar algunas versiones del pasado en detrimento de otras, en la exaltación de algunos hechos históricos o en la búsqueda de tipos sociales que encarnen la argentinidad, Cattaruzza cifra no sólo una exhumación erudita del pasado sino que ubica esos debates en la clave de los combates políticos de la hora. A lo largo del libro, el autor caracteriza las múltiples y variadas respuestas a la pregunta por el pasado de la Nación que acompañaron las transformaciones sociales y políticas de la Argentina desde 1880 en adelante. La consolidación del Estado y la diversificación de la sociedad, tanto como el particular clima del Centenario, que combinaba la celebración del progreso con la impugnación radical al orden y una conflictividad creciente son el terreno en el cual tienen lugar las discusiones acerca de los principales eventos de la historia argentina.



Cattaruzza se propone ampliar la mirada y no situarse únicamente en los relatos “forjados en los gabinetes de los historiadores” sino incorporar los usos, imágenes y representaciones elaboradas por otros actores sociales como los intelectuales, los militantes políticos, los escritores e inclusive por la industria cultural que comenzaba a desarrollarse. Para ello, se ocupa de resaltar la importancia que tienen las celebraciones, monumentos, leyes, feriados y homenajes en la construcción de un pasado nacional. Dicha construcción no es unívoca ni lineal sino diversa, compuesta por imágenes en conflicto y se desarrolla en distintos escenarios: la escuela y los imaginarios que en ella circulan, el mundo de los historiadores, la literatura y el ámbito de la cultura popular.

La “Nación de Mayo”, la figura del gaucho y las posiciones en torno de Rosas son los tres puntos de condensación de tensiones más significativos que destaca el autor. En el contexto de la indagación por la identidad cultural de la nación comienzan a oponerse, mixturarse y convivir antiguas tradiciones ideológicas como la exaltación de los valores liberales, republicanos e independentistas encarnados en la revolución de mayo con la reivindicación y nueva apología de la figura de Rosas, resucitada por movimientos culturales, académicos y políticos interesados en poner en cuestión la llamada “historia oficial” y deseosos de embanderarse con principios como la soberanía, la independencia y la tradición hispanocatólica. Asimismo, en medio de los profundos cambios que la inmigración había provocado en el paisaje de la sociedad de la Argentina, tiene lugar la reflexión acerca de cuál era el tipo social que representaba mejor el alma del pueblo, sus tradiciones, costumbres y modo de vida. Allí surge la reconsideración del gaucho como estereotipo y figura de la nacionalidad. Esta figura va a ser apropiada y resignificada desde distintos sectores sociales, con ópticas y caracterizaciones diferentes.

En definitiva, para el autor, a principios de los años ‘40 conviven varias lecturas de la historia: aquellas elaboradas desde el Estado, difundidas a través de la escuela y las redes de instituciones y organizaciones académicas desarrolladas en los ‘30 ; otras apoyadas en las posturas de los variados actores políticos, sus prensas, liturgias y actos: y las provenientes de los ámbitos intelectuales y literarios. Otro hecho insoslayable que define a la época es la existencia de públicos alfabetizados cada vez más amplios, consumidores de bienes culturales como folletines, canciones y películas en los que también se juegan y circulan imágenes y representaciones de la historia y el pasado.

Cattaruzza traza de este modo el panorama ideológico-político en el cual hizo su irrupción, a la vez que abrevó, el peronismo, fenómeno novedoso, singular sin dudas por su heterogeneidad y el hecho de haber generado un universo iconográfico propio que trastocó las identidades políticas previas...

Emilio Crenzel. *La historia política del 'Nunca Más'. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2008, 264 páginas.

por Cintia González Leegstra (UNLP)



El libro de Crenzel analiza la historia acerca de la producción y circulación del Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) que se publicó con el título de *Nunca Más* en el año 1984. El autor rastrea la historia de las desapariciones y la violencia política en Argentina, que comienza mucho tiempo antes de la última dictadura cívico-militar. Relata también cómo comienzan las denuncias por desapariciones a fines de los años setenta, destacando la visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la OEA en el año 1979. Asimismo estudia el período de la transición de la dictadura al gobierno de Alfonsín. En este período distintos actores demandan diferentes tipos de comisiones investigadoras para recabar la información que permitiese juzgar a los responsables de las desapariciones. A su vez, comienza a gestarse lo que se conocerá luego como “teoría de los dos demonios”, entre otras razones a raíz de la firma de los decretos n° 157 y 158 de 1983, en los cuales el Poder Ejecutivo

Nacional ordena enjuiciar a los jefes guerrilleros y a las Juntas militares, respectivamente. Es también el momento en que el gobierno convoca a distintos “notables” a integrar la comisión investigadora que se conocerá como CONADEP. Crenzel narra minuciosamente qué personas fueron convocadas, cuáles aceptaron y cuáles no, con qué argumentos y también las discusiones que existen respecto de la autoría de la ahora famosa consigna *Nunca Más*. Más adelante analiza críticamente el texto del informe final producido por la comisión. Destaca cómo son clasificadas las víctimas según su edad, su sexo, su ocupación, ocultando su identidad política. “El informe (...) realiza simultáneamente una doble operación: repolitiza la identidad de los desaparecidos con respecto a la perspectiva dictatorial, al presentarlos como sujetos de derecho, y la *despolitiza* al proponerlos como víctimas inocentes, sin incluir su condición militante” (pág. 112). Crenzel sostiene que el *Nunca Más* propuso una nueva lectura de las desapariciones y que, si bien fue resistida por algunos actores en el momento de su producción, luego fue levantada como bandera en el contexto de los indultos y las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Indaga luego los usos y resignificaciones del *Nunca Más*. Este libro fue publicado en castellano -incluyendo una versión en Braille-, inglés, portugués, italiano. Cada edición tuvo sus particularidades. Cabe destacar la edición estadounidense, donde un prólogo de Ronald Dworkin afirma que “la tortura a opositores bajo el gobierno de Perón prepararon el terror y señala que el golpe fue apoyado con entusiasmo por las clases medias”. Crenzel se refiere también a las conmemoraciones a veinte años del golpe militar y a la difusión del texto en espacios escolares. En ese sentido cabe resaltar la importancia de la transmisión a las nuevas generaciones, donde este texto suele ser elegido para tratar el tema en el ámbito de la educación formal. El autor destaca también el nuevo prólogo que agregó el gobierno de Néstor Kirchner, donde se critica fuertemente el prólogo anterior, en el cual se expone lo que se conoce como “teoría de los dos demonios”. El nuevo concepto que propone Crenzel en este libro es el de “régimen de memoria”. “...el *Nunca Más* conformó un nuevo régimen de memoria sobre la violencia política y las desapariciones en Argentina, que integró ciertos principios generales de la democracia política, los postulados del gobierno de Alfonsín para juzgar la violencia política y la narrativa humanitaria forjada durante la dictadura para juzgar los crímenes” (pág. 24). De esta manera, este régimen de memoria canonizó una forma de recordar a los desaparecidos, legitimando sentidos del pasado que influirán en la conformación de sentidos comunes, si bien las luchas por los sentidos del pasado reciente continuaron, como se relata en los últimos capítulos de este libro, hasta la actualidad....

María Liliana Da Orden y Julio César Melon Pirro (comps.). *Prensa y peronismo. Discursos, prácticas, empresas, 1943-1958*. Rosario, Prohistoria Ediciones, 2007, 260 páginas.

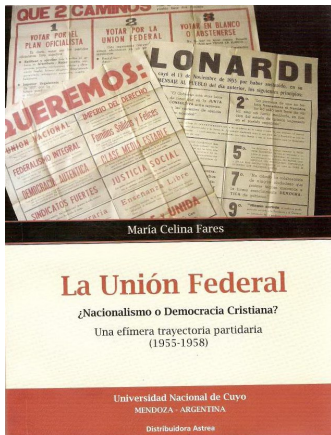
por Oscar H. Aelo (UNMdP)

De acuerdo a la sabiduría convencional, los ribetes autoritarios del peronismo se habrían manifestado plenamente en su relación con la prensa: restricciones, clausuras, censuras, expropiaciones y manipulaciones informativas, decididas unilateralmente por el régimen, serían los tópicos inevitables a la hora de hablar sobre el tema. Como sucede frecuentemente en la historiografía sobre el peronismo, tal unidireccionalidad interpretativa no proviene de un cúmulo de investigaciones empíricamente informadas, sino de un supuesto genérico raramente sometido a crítica. En este marco, la compilación de artículos realizada por María Liliana Da Orden y Julio César Melon Pirro, quienes voluntariamente no se han propuesto esbozar una hipótesis general divergente de la predominante, permite iluminar diversos aspectos de la –podemos vislumbrar– compleja vinculación entre el peronismo y los medios periodísticos. El libro se divide en tres partes, cada una compuesta por tres artículos. La primera, que es un tanto heterogénea, comienza con el análisis de James Cane acerca de las disputas en el interior de las empresas periodísticas entre los “trabajadores periodistas” y la patronal en el período previo al surgimiento del peronismo, contexto conflictivo que fue, de algún modo, aprovechado y potenciado por la elite estatal en la figura de Perón, profundizando el corte clasista en el interior de las empresas al privilegiar la negociación con el sector laboral; continúa con un trabajo donde Delia García observa las configuraciones discursivas de FORJA tales como las expresadas en el efímero semanario *La Víspera*; y concluye con un artículo de Gustavo Contreras que ofrece una hipótesis particular y renovadora acerca de la huelga de los obreros gráficos en 1949. En la segunda parte se analizan medios periodísticos del interior de la provincia de Buenos Aires. María Da Orden investiga el diario socialista *El Trabajo*, de Mar del Plata –localidad con fuerte presencia de ese partido–, interrogándose tanto por la ausencia de restricciones gubernamentales a la edición del periódico, como por las estrategias empresariales y políticas de los editores del mismo. Nicolás Quiroga se concentra en el diario comercial *La Capital*, de la misma ciudad que el anterior, aunque su objetivo es distinto y sugerente: se trata de ver las disímiles relaciones de los dirigentes partidarios del peronismo con el diario, vinculándose las mismas con las transformaciones internas del partido, y no con la presunción de que la empresa editora del medio se hubiera convertido al oficialismo. Valeria Bruschi y Ricardo Pasolini, por su parte, estudian distintos periódicos de Tandil, dos vinculados a dirigentes del Partido Radical (*El Eco de Tandil* y *Nueva Era*) y la revista católica *La Revista*, mostrando sus divergencias ideológicas y su final convergencia al caer el régimen peronista. En la tercera parte se analizan algunos medios entre el final del peronismo y la presidencia de Frondizi. Juan Ladeuix y Gustavo Contreras observan al periódico nacionalista *Azul y Blanco*, su tentativa de aproximación a las “masas” y su fallido intento de construcción partidaria. Julio Melon se concentra en la prensa clandestina peronista en las difíciles circunstancias impuestas por el revanchismo libertador, y en la pretensión –nunca exitosa– de esos medios (*Palabra Argentina*, *Rebeldía*, *Línea Dura* y *Norte*) por convertirse en la “voz” oficial del peronismo proscrito. Finalmente, María Estela Spinelli estudia las revistas *Que sucedió en siete días* y *Mayoría*, la primera desarrollista y la segunda nacionalista, aunque ambas convergen en la defensa de las políticas económicas y políticas del Presidente Frondizi, sugiriendo su común posicionamiento ante el “problema” peronista y los dilemas de la hora. En su conjunto, el libro, más allá de los inevitables altibajos que toda compilación conlleva, matiza la unidireccionalidad previamente indicada en la relación prensa-peronismo y, al integrar al análisis las poco conocidas relaciones de los gobiernos posteriores a los peronistas con los medios, abre nuevas posibilidades interpretativas que, eventualmente, podrán ser encaradas en futuros trabajos....



María Celina Fares. *La Unión Federal ¿Nacionalismo o Democracia Cristiana? Una efímera trayectoria partidaria (1955-1958)*. Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo / Distribuidora Astrea, 2007, 163 páginas.

por María Inés Tato (CONICET/UBA/CEHP-UNSAM)



Las agrupaciones nacionalistas han sido objeto de un intenso tratamiento por parte de la historiografía argentina, especialmente aquellas que vieron la luz durante la agitada coyuntura de fines de los años '20 y de la década de 1930. Son más escasos, en cambio, los trabajos que abordan la cuestión del nacionalismo a partir de la irrupción del peronismo en la escena política. El libro de María Celina Fares constituye un importante aporte al análisis de esa vertiente del arco político durante la Revolución Libertadora a través de un estudio de caso debidamente enmarcado en el panorama general del universo nacionalista desde 1943, que toma en consideración el posicionamiento de los principales intelectuales, publicaciones y organizaciones de ese signo frente al peronismo. En efecto, tras repasar las conflictivas y a menudo contradictorias relaciones entre ambos desde el ascenso hasta la caída del general Perón, la autora reconstruye minuciosamente el itinerario seguido por la Unión Federal Demócrata Cristiana (UFDC) desde su surgimiento, a fines de 1955, hasta su disolución a comienzos del decenio de 1960. Para ello

recurre principalmente a fuentes hemerográficas y al archivo de la agrupación, conservado por el dirigente José Luis Cantini.

En buena medida, la UFDC representó una novedad en relación con el temperamento predominante en el horizonte del nacionalismo al reivindicar el sistema democrático y constitucional. Este perfil legalista le permitió otorgarle legitimidad al golpe de estado del 16 de septiembre de 1955 y, al mismo tiempo, distanciarse de la línea represiva adoptada por el general Aramburu. A lo largo de su trayectoria, la UFDC puso de manifiesto públicamente su militante antiaramburismo, y en particular en ocasión de la Convención Constituyente de 1957, siendo el único partido nacionalista que estuvo representado en ese ámbito. En el escenario signado por la proscripción del peronismo y por las tensiones intestinas del gobierno militar, la UFDC se mostró cercana a la breve experiencia encabezada por el general Lonardi y a su preocupación por la integración de las bases peronistas. Esta agrupación aspiró a sintetizar el ideal de justicia social propio del nacionalismo popular peronista con la defensa de las libertades republicanas característica de la tradición liberal, desde una perspectiva que filiaba con la Doctrina Social de la Iglesia.

Otro de los ejes del libro se centra precisamente en la conflictividad del campo católico durante este período, ostensible en su escisión –similar a la experimentada por las diferentes fuerzas que operaban en el espectro político– en función de su ubicación frente al fenómeno peronista. En ese sentido, Fares explicita los puntos de fricción y las divergencias abiertas que opusieron a la UFDC y a la Democracia Cristiana, que derivaron en permanentes desencuentros y en la imposibilidad de su fusión. La posición a asumir con respecto a los contenidos sociales del peronismo, el alcance de la democracia, la vinculación con las jerarquías eclesíásticas, entre otros factores, obraron como disociadores de ambas organizaciones partidarias católicas.

La campaña presidencial de 1958 evidenció la endebles de la UFDC, dividida esta vez en torno de la conducta a adoptar por la agrupación frente a la candidatura de Arturo Frondizi, que enarboló las mismas banderas de integración del peronismo sostenidas por ella. El dilema entre el mantenimiento de la autonomía partidaria y la confluencia con otras fuerzas afines en el marco de un frente electoral terminó de agudizar la crisis endémica de la UFDC, conduciendo a su languidecimiento y a su posterior disgregación.

El análisis de María Celina Fares acerca de la UFDC coadyuva a la comprensión de una expresión del nacionalismo y del catolicismo, en sus prácticas e ideas, en una coyuntura poco transitada por los estudiosos de estas corrientes político – ideológicas. Contribuye sin dudas a la profundización del estudio de una etapa de la historia argentina que marcó a fuego las identidades políticas y que se reveló crucial para el desenvolvimiento ulterior de las instituciones y del sistema partidario....

Hugo Gambini. *Historia del Peronismo. La violencia, 1956-1983.*

Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2008, 473 páginas.

por Claudio Belini (CONICET/PEHESA-Instituto Ravignani)

A mediados de los años sesenta, por encargo del semanario *Primera Plana*, Hugo Gambini inició una investigación sobre el peronismo. Las notas se publicaron entre 1966 y 1968 y tuvieron gran repercusión. Gambini reconstruyó la historia del primer y segundo gobierno de Juan Domingo Perón sobre la base de una serie de testimonios de protagonistas y testigos privilegiados. Entonces, poco más de diez años separaban a los protagonistas de los acontecimientos narrados. Muchos de ellos estaban retirados de la vida política en tanto que otros se encontraban marginados de la escena pública por las persecuciones que debió soportar el peronismo durante 17 años. Aquellas notas semanales revisaban, por primera vez, la experiencia peronista desde una perspectiva histórica y eludían caer en las imágenes estereotipadas propias de la leyenda negra.

Debieron pasar treinta años para que Gambini publicara, sobre la base de aquellas notas, una edición definitiva de su historia del peronismo. En 1999, la editorial Planeta ofreció el volumen 1, *'El poder total, 1943-1951'*, y dos años más tarde se publicó el segundo tomo, subtítuloado *'La obsecuencia, 1952-1955'*. Durante los treinta años que mediaron entre las notas originales y estos libros, historiadores, sociólogos y economistas habían dirigido su atención sobre los orígenes del peronismo intentando explicar su naturaleza y composición de clases. A pesar de ello, el estudio de Gambini podía leerse con provecho.

El tercer tomo de la saga está dedicado a analizar los dieciocho años de persecución y proscripción del peronismo, el retorno de Perón en noviembre de 1972, la efímera experiencia en el gobierno y los años de la última dictadura militar. Como los volúmenes anteriores, el último se compone de numerosos capítulos (unos veinte en total), y se acompaña de documentos gráficos de interés.

A pesar de estas similitudes, el nuevo tomo presenta características que, en gran medida, lo apartan de los anteriores. Este estudio se basa menos en entrevistas y testimonios de los principales protagonistas del período. En cambio, recoge una nutrida bibliografía secundaria, de carácter militante, cuya calidad y valor documental es muy disímil. Si bien Gambini ha explorado intensamente diversas publicaciones de la época, la documentación aportada no modifica en líneas esenciales las interpretaciones realizadas por esa bibliografía.

Este libro también se diferencia de los anteriores al concentrarse particularmente en los aspectos políticos del período. Ello se justificaría, en gran medida, porque durante los veintisiete años comprendidos por el estudio el peronismo estuvo sólo tres años en el poder. Sin embargo, no deja de constituir una perspectiva sesgada. Mientras los volúmenes anteriores ofrecían al lector valiosos testimonios en torno de la elaboración y aplicación de las políticas públicas, en el último estos aspectos aparecen en un lugar muy secundario y marginal. Al menos debe reconocerse que las administraciones de Cárpora y Perón ofrecieron también un conjunto de propuestas y proyectos económicos y sociales que si bien se implementaron muy parcialmente constituyen de por sí dimensiones de gran interés para explicar la naturaleza del peronismo. Un ejemplo es el ofrecido por la política agraria que, bajo la dirección del secretario de Agricultura ingeniero Horacio Giberti, combinó un conjunto de leyes e instrumentos que despertaron fuertes resistencias entre las principales organizaciones del empresariado rural: un proyecto de ley agraria que se proponía expropiar la tierra improductiva; una ley impositiva que establecía un gravamen sobre la productividad estimada de la tierra; la nacionalización del comercio exterior de carnes y cereales mediante la ampliación de las funciones de las Juntas Nacionales de Carne y de Granos; y el establecimiento de retenciones a las exportaciones primarias. Otros casos no menos importantes, y que tuvieron fuertes impactos sobre el desempeño de la economía local, fueron las reformas aplicadas en el sistema financiero y la sanción de una nueva ley de inversiones extranjeras, que afectó particularmente la inversión en la industria.

Estas dimensiones de la política económica peronista ha sido objeto de varios análisis, incluso recientes, de economistas e historiadores. Las escasas referencias de Gambini a estos aspectos limitan su mirada del proceso y de la dinámica del conflicto político y social de aquellos años.

Una temática que ha dado lugar a un debate aún no concluido se refiere a la escalada de violencia política durante los años setenta. Gambini otorga a Perón e Isabel la responsabilidad de haber desatado el terrorismo de estado. "Así como Jorge Rafael Videla y Emilio Eduardo Massera son los grandes responsables del terrorismo de Estado posterior, porque ellos eran el Gobierno de la Nación, por las mismas razones Perón y su viuda lo fueron del terrorismo de Estado anterior, por sus investiduras. De modo que el sayo les cabe a todos". El autor reproduce una lista con los militantes de izquierda (peronistas y no peronistas) que fueron asesinados entre 1973 y 1976. Sin embargo, existe una gran diferencia entre ambas experiencias. Antes de marzo de 1976 (aún durante los caóticos meses finales de la presidencia de Isabel), la represión ilegal parece haber operado a través de organizaciones paraestatales. En cambio, bajo el "Proceso" la represión se desató desde el estado mismo, involucrando todos sus aparatos pero particularmente a las fuerzas de seguridad, las Fuerzas Armadas y los tribunales judiciales. Ello le permitió a la dictadura someter a todo el cuerpo social a la represión más violenta conocida en la historia argentina.

La concentración del autor sobre la dimensión política del período también se ve sometida a ciertas omisiones poco entendibles. Esto es especialmente claro para el período final que se inicia en 1976. Los últimos dos capítulos se concentran en la lucha de las organizaciones armadas frente a la dictadura pero no contienen referencias hacia otros sectores del peronismo político y sindical. Cualquiera haya sido la actitud de estos sectores frente al golpe, su análisis es central para una historia del peronismo de entonces. A pesar de estas omisiones, el libro de Gambini ofrece un relato ágil, excelentemente escrito y polémico sobre un período trágico de la historia argentina....



Clara E. Lida, Horacio Crespo y Pablo Yankelevich (comps.). *Argentina, 1976. Estudios en torno al golpe de Estado*. México, El Colegio de México, 2007, 287 páginas.

Por Ana Carol Solis (UNC)



Surgido de la voluntad de *recordar desde México* a 30 años de producido el golpe militar que el 24 de marzo de 1976 impuso en la Argentina la más terrible dictadura, este libro reúne once colaboraciones destinadas a problematizar diferentes temáticas y temporalidades en torno a la dictadura como evento y como proceso. Se recogen aquí estudios elaborados por especialistas que, desde una mirada de conjunto, aportan a la recuperación de interrogantes centrales en un esfuerzo que muestra áreas de interés y reflexión con tradiciones diversas.

Entre las contribuciones que indagan los procesos previos, Liliana de Riz considera el retorno del peronismo al poder entre 1973 y 1976, con el objetivo de caracterizar los principales acontecimientos, procesos y conflictos que atravesaron el período. Mónica Gordillo examina las experiencias del clasismo en el marco del proceso de radicalización del sindicalismo a fines de los sesenta, preguntándose por las características, condiciones de posibilidad y desarticulación de aquellas protagonizadas por obreros industriales de Córdoba y Santa Fe. Por su parte,

Daniel Campione aborda tres casos de izquierda no armada. El autor revisa las estrategias de vinculación con los sectores obreros, las diferencias con el sindicalismo peronista y las dificultades para transitar una alternativa al peronismo de izquierda y la opción armada. La perspectiva innovadora del Concilio Vaticano II y la radicalización de los católicos es expuesta por Gustavo Morello. Centrado en las experiencias ligadas a la publicación *Cristianismo y Revolución*, el autor da cuenta del enfrentamiento con la jerarquía de la Iglesia y la activa participación de los jóvenes en la constitución de comandos armados.

Otro grupo de colaboraciones propone caracterizar la dictadura militar. Por un lado, Ana Gabriela Castellani refiere la intervención económica estatal y las transformaciones en la cúpula empresaria, con el objeto de mostrar el fortalecimiento del poder material de una fracción vinculada al funcionamiento del Estado, en paralelo a la puesta en marcha de un nuevo patrón de acumulación de corte regresivo y excluyente. Por otro, la relación entre legalidad y dictadura constituye el foco de atención del trabajo de Victoria Crespo al postular la construcción de una legalidad dentro de la ilegalidad, desde la consideración de los argumentos jurídicos y los mecanismos institucionales, por medio de la invocación de su poder constituyente. Finalmente, Pilar Calveiro desarrolla la experiencia concentracionaria como tecnología eficiente y eje de la política represiva del estado en su objetivo de aniquilar la disidencia. Propone asimismo una lectura del campo de concentración-extermínio como condensación social, al aprovechar elementos que ya estaban presentes en la vida social.

Con respecto al plano de las consecuencias, o más bien de las (re)actualizaciones de aquel pasado, Pablo Yankelevich se refiere a la construcción del exilio como objeto de conocimiento y cuestión de debate. Procura cuantificar y caracterizar el exilio político argentino, destacando su activa participación en la configuración de un marco internacional de denuncia y contención a los afectados por el Terrorismo de Estado, así como las tensiones que recorrían a diferentes grupos e iniciativas. Luis Roniger y Mario Sznajder se concentran en el legado de las violaciones a los derechos humanos, observando avances y retrocesos en cinco áreas: la estructura legal, la incorporación al sistema educativo, la formación de la memoria colectiva, los intentos de procesar a los violadores de derechos humanos y la intensificación de investigaciones en el plano internacional.

Por último, las relaciones entre pasado y presente, memoria y política enmarcan las colaboraciones de Carlos Altamirano y Nora Rabotnikof que abren y cierran respectivamente la compilación. El primer trabajo insiste en profundizar la reflexión de cuatro problemas claves: la teoría de los dos demonios, la limitación pública de la ley para enjuiciar, la escasa autocrítica de los actores y la necesidad de construir una memoria pública anclada en una revisión rigurosa del pasado reciente. El segundo distingue entre las memorias de la política y las políticas de la memoria para dar cuenta del *boom* memorialista a partir de dos intuiciones: la incidencia de los presentes políticos en la transformación de las primeras y la existencia de una nueva articulación temporal manifestada en los rasgos presentistas que se ponen a consideración desde la aproximación reflexiva a la memoria.....

Mariano Ben Plotkin. *El día que se inventó el peronismo. La construcción del 17 de octubre*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008. 217 páginas.

Por José Marcilese (UNS-CONICET)

El libro *El día que se inventó el peronismo* de Mariano Plotkin se organizó a partir de un objetivo central "...comprender el 17 de octubre en su doble carácter de hecho histórico y de mito de origen" (p.20). Con esa meta la investigación se estructuró a partir de tres grandes apartados, el primero de los cuales se interesó por reconstruir la situación por la que atravesó el movimiento obrero argentino a partir del golpe militar de junio de 1943 y en especial la relación que generó Perón con la conducción sindical a partir de su gestión en la Secretaría de Trabajo y Previsión. Como parte de ese análisis se incluye un breve estudio sobre las influencias ideológicas de Perón, así como también sobre su interés por lograr la unidad y el consenso, temas ya considerados por Plotkin en su obra *Mañana es San Perón*, quizás el principal estudio realizado desde el plano simbólico sobre el primer peronismo.

El segundo tema lo constituye una minuciosa exploración en relación al proceso que rodeó al 17 de octubre, para lo cual el autor no sólo consideró el rol efectivo que tuvieron los diversos actores implicados sino también los mecanismos por los cuales el peronismo en el gobierno tergiversó posteriormente el papel de algunos de ellos. Luego Plotkin se concentra en analizar la dinámica que presentó el proceso electoral que permitió la llegada de Perón a la presidencia en febrero de 1946, a través del análisis de las estrategias empleadas por las fuerzas en pugna.

Por último, analiza la forma en que el peronismo se apropió simbólicamente del 17 de octubre y lo transformó en un hito fundacional del movimiento. En el análisis sobre ese día el autor apela a las diversas versiones brindadas por la prensa, para lo cual reconstruye la compleja trama de relaciones existentes en torno a los periódicos y los grupos políticos del momento. Esta perspectiva resulta sumamente útil para comprender los intereses que subyacían a los tratamientos que los diarios efectuaron sobre el 17 de octubre, como así también las miradas construidas sobre esa jornada por la propia prensa oficialista en los años subsiguientes. En relación a este último aspecto el autor reflexiona sobre las estrategias por medio de las cuales Perón oficializó el "17 de octubre" que se transfiguró en el Día de la Lealtad. En ese proceso la fecha se ritualizó, perdió espontaneidad y, desde el discurso oficial, se restó protagonismo a los obreros movilizados para acentuar la preeminencia de Perón durante esa jornada.

Asimismo, un rasgo significativo de la obra lo constituye la inclusión de discursos completos de Juan Perón, esenciales para comprender el proceso inmediato al 17 de octubre. Esta característica brinda al lector la posibilidad de evaluar a través de los propios documentos la propuesta política de Perón, analizada en forma pormenorizada por Mariano Plotkin..

Por último, es preciso destacar que el libro forma parte de la colección Nudos de la Historia Argentina que, dirigida por Jorge Gelman, está orientada hacia un lector interesado por la historia pero carente de una formación académica en la materia. Pese a que el trabajo presenta ciertos rasgos propios de las obras de divulgación no por ello pierde rigurosidad, como se puede apreciar en la pormenorizada revisión que Plotkin efectúa sobre la historiografía específica....



Alejandro Schneider. *Los compañeros. Trabajadores, Izquierda y Peronismo. 1955-1973*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2006, 432 páginas.

Por Carla Sangrilli (UNMdP)



Los *compañeros* de Alejandro Schneider es un libro de referencia obligada para investigadores y público en general interesados en profundizar el conocimiento sobre la clase obrera argentina.

A través de un estudio de caso delimitado al Conurbano Bonaerense, el autor aborda la actividad sindical de la clase trabajadora, examinando su accionar y su comportamiento durante el período comprendido entre la caída del peronismo en 1955 y su vuelta al poder en 1973. A tal fin, focaliza su análisis en los lugares de trabajo y en ámbitos de construcción de sociabilidad, ya que -según afirma- es allí donde los trabajadores lograron conformarse como un sujeto colectivo consciente, con intereses comunes y concretos. Esta perspectiva centrada en las prácticas de los trabajadores, brinda una mirada novedosa con respecto a la tradicional, ligada al estudio de la dinámica de las organizaciones gremiales.

A partir de un importante abanico de fuentes (periódicos, documentos redactados por dependencias gubernamentales o provenientes del ámbito laboral, como por ejemplo boletines gremiales, y testimonios orales) el autor reconstruye estas

prácticas principalmente en los gremios de textiles, ferroviarios, portuarios, mecánicos, navales y metalúrgicos, aunque prestando especial atención a este último por ser el de mayor importancia en esos años.

El libro se articula en tres secciones. En la primera -que consta de un solo capítulo- se analizan las características de la estructura social y económica del Gran Buenos Aires, particularmente el desarrollo poblacional e industrial de la zona norte del Conurbano: Vicente López, San Isidro, San Fernando y Tigre. La segunda aborda el desempeño del proletariado industrial en las diferentes coyunturas históricas del período: la resistencia obrera (1955-1959), los límites de la ofensiva empresarial y gubernamental sobre la clase trabajadora (1960-1962), la dinámica obrera durante la presidencia de Illia (1963-1969), la política laboral del gobierno de Onganía: oposición y reorganización silenciosa de los trabajadores (1966-1969), y el ocaso de la Revolución Argentina (1969-1973). Por último, la tercera está dedicada a comprender las características sociales y culturales de la clase obrera a partir del caso regional.

Schneider plantea discusiones interesantes con ideas asentadas en la historiografía, como la sostenida por Daniel James sobre la derrota y desmovilización de la clase trabajadora a partir de 1959. Refuta estos argumentos analizando gran cantidad de protestas y demandas que se sucedieron dentro de las fábricas, demostrando que los trabajadores constituyeron un factor relevante de resistencia desde sus ámbitos de trabajo. Al mismo tiempo, afirma que en el desarrollo y proceso de esas luchas -que los confrontaron con el poder- se gestaron indicios de una clara conciencia obrera y anticapitalista. Estas prácticas resultaron un elemento constituyente y esencial de la experiencia adquirida como sujeto social, ya que el comportamiento de la clase trabajadora no respondió sólo a determinantes económicos y/o factores políticos, sino que su proceder fue producto de la propia cultura obrera de esas décadas.

Matiza, también, la afirmación que indica que entre 1955 y 1959 surgió una nueva jefatura gremial. Asegura que no existió una significativa renovación de la cúpula sindical -porque una importante cantidad de dirigentes provino de la etapa peronista-, agregando que esos jefes gremiales estuvieron lejos de tener un control total sobre sus bases, porque en forma permanente surgieron protestas o manifestaciones que cuestionaron su liderazgo.

Es oportuno destacar el último capítulo sobre las prácticas sociales y culturales. Allí se plantea la relación entre barrio y fábrica, resaltando los lazos de solidaridad entre los trabajadores. Es justamente ese respaldo mutuo que resultó sustancial a la hora de crear una cohesión de clase, sostener conflictos y definir identidades. La solidaridad entonces, concluye Schneider, fue un componente esencial en la cultura laboral de estas décadas.

En resumen, *Los compañeros...* analiza los acontecimientos desde una mirada diferente a la hora de estudiar la cuestión sindical durante la década del '60. Destaca que el protagonismo de los representantes laborales se debió a la capacidad de movilización de la propia clase trabajadora, es decir, que si la cúpula gremial fue un actor de importancia fue porque detrás de ella estaba, apuntalándola, un movimiento obrero con altos niveles de organización sindical. En esto es claro que el libro constituye un importante aporte al conocimiento de los trabajadores de la Argentina de la segunda mitad del XX, a partir de su observación dentro de las propias fábricas, desde una perspectiva que privilegia la experiencia y las redes de sociabilidad propias de este sujeto colectivo....

Horacio Tarcus. *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2007. 542 páginas.

Por Pablo Pérez Branda (UNMdP-CONICET)

El estudio de Horacio Tarcus tiene como objetivo analizar la recepción y difusión local del marxismo. El autor organiza la penetración del ideario de Marx en la Argentina a partir de cuatro momentos de acogida que abarcan más de treinta años de la historia de nuestro país entre 1870 y el Centenario. Es en ese tramo donde las recién llegadas ideas de Marx se entroncan con las historias vitales de sus primeros difusores, algunas organizaciones, como también con la joven clase obrera nacional más proclive, en general, a refugiarse en la combativa sencillez que proponía el anarquismo.

El primer estadio que construye Tarcus se extiende entre 1871 y 1880. Durante esos años fueron los franceses, refugiados en Argentina tras la derrota de la Comuna de París, quienes intentaron -sin demasiado éxito- hacer circular la obra de Marx. En el recorrido el autor rescata el derrotero de personajes olvidados como el naturalista belga Raymond Wilmart quien fuera enviado por la Primera Internacional a la Argentina para poner freno al crecimiento del anarquismo.

El segundo momento se desarrolla entre 1880 y 1890. En esta etapa serán los alemanes que huyeron de la persecución “antisocialista” bismarckiana quienes tomen la posta en la tarea de difusión. Nucleados en la asociación *Verein Vorwärts*, la actuación de los socialistas alemanes, cuyo referente central fue el ingeniero Ave-Lallemant, había sido estudiada en un trabajo pionero por Ricardo Falcón a principios de la década de 1980. No obstante Tarcus profundiza aún más, a partir de un casi obsesivo relevamiento de fuentes, siendo esto último una de las características salientes de todo su estudio.

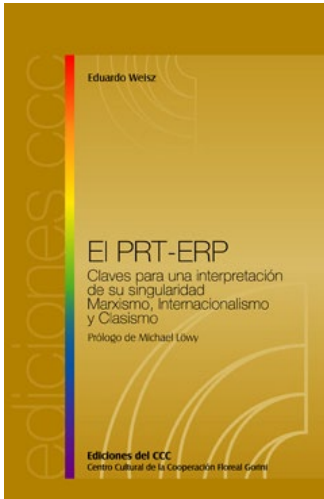
La tercera etapa coincide con el último decenio del siglo XIX y tiene como hitos la fundación del Partido Socialista Argentino en 1896 y la traducción al castellano que realizó Juan B. Justo de parte de *El Capital*. El momento se caracterizó también por la fallida intención de minar la hegemonía anarquista dentro del movimiento obrero. Sin embargo, la insistente vocación de que los preceptos de la Segunda Internacional fueran las balizas que guiaran los pasos a seguir por el movimiento socialista, supuso la construcción de una subcultura en crecimiento con pretensiones “científicas” que marcaría las características de la última de las etapas descritas por Tarcus. En efecto, el último momento implica la asimilación del pensamiento marxista en la Argentina y se extiende aproximadamente hasta 1910. Allí, el autor destaca cómo la doctrina de Marx va ganando *status* académico y seguidores. Tarcus rescata las figuras de Alfredo Palacios, Enrique del Valle Iberlucea y José Ingenieros como promotores notables. Sin embargo, el autor nota cómo las ideas de Marx se articularon con los conceptos positivistas dominantes en la época, dándole así al marxismo local un sello distintivo.

La historia de la recepción de Marx en la Argentina que nos ofrece Horacio Tarcus es la más completa escrita hasta el momento. Cimentada en un enorme *corpus* documental, la obra se incorpora exitosamente al buen número de historias de las izquierdas nacionales que han aparecido en los últimos años, ya sea para ampliar estudios pasados o para incorporar nuevos interrogantes. Sin duda *Marx en la Argentina...* es más que una historia de ideas y abre la puerta a nuevos desafíos investigativos que seguramente serán retomados para seguir dando forma a un campo de estudios que se ha renovado sustantivamente. ...



Eduardo Weisz. *El PRT-ERP. Claves para una interpretación de su singularidad. Marxismo, internacionalismo y clasismo*. Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2006, 164 páginas.

Por Vera Carnovale (UBA)



Este texto de Eduardo Weisz representa un giro nada desdeñable en la historiografía sobre el PRT-ERP. Si en las versiones más divulgadas de antiguos militantes (ecos casi automáticos de la historia oficial partidaria) el morenismo ocupaba el lugar de lastre, de presencia-herencia contaminante de vicios del más amplio espectro (del “espontaneísmo” a la “charlatanería”) la mirada de Weisz sobre el morenismo, aunque también centrada en las huellas que aquella corriente dejó, marca un punto de inflexión.

Al volverse sobre la impronta definitiva que la organización heredó de su etapa formativa (es decir, del período de diálogo y unificación entre el FRIP-Palabra Obrera) Weisz identifica no ya los residuos que denunciaba la historia oficial del PRT-ERP, sino aquellos componentes que harán a los núcleos centrales de su identidad política y organizativa. Así, nada más y nada menos que la adscripción a la tradición marxista-leninista, la concepción de Partido (y sus consecuentes formas de organización y funcionamiento), el internacionalismo y el clasismo habrían sido

elementos aportados por el *morenismo trotskista* a la corriente liderada por Santucho (y que tras la ruptura de 1968 conservará el nombre de PRT).

Este aspecto particular del análisis de Weisz, el de la impronta que el paso por el morenismo dejó en la vida de la organización, forma parte de una perspectiva más amplia: los vínculos y los componentes específicos de Izquierda Tradicional y Nueva Izquierda que se conjugaron en el PRT-ERP; las formas específicas en que se fueron entrelazando tradiciones ideológicas y prácticas organizativas propias de la Izquierda Tradicional con conceptos e imaginarios propios de la Nueva Izquierda y que cristalizaron, como advierte Löwy en el prólogo, en una “síntesis original y explosiva”.

De esa fórmula resulta pertinente señalar aquí una concepción de la revolución “como conquista de poder” que conduce al PRT-ERP a absolutizar el rol militar del partido, ocluyendo toda referencia a la construcción de una subjetividad transformadora. Resurge así en esta intervención el imperativo de situar las raíces de la llamada “militarización” no ya en equívocos o desviaciones desafortunadas sino en las propias representaciones y formulaciones ideológicas desplegadas por el PRT-ERP.

Finalmente, atendiendo a las dinámicas reales de funcionamiento y a sus consecuencias políticas y subjetivas la obra se adentra también en las formas en que el ideario y la teoría política (teoría política entendida tanto en su dimensión prescriptiva como en su dimensión de “uso” real y pragmático) contribuyeron a la construcción de un tipo de organización signada por la omnipotencia de la línea y la infalibilidad del dirigente, la estigmatización de la disidencia, el control y el disciplinamiento de las bases militantes.

El aporte más destacado del trabajo del Weisz es que a través de él toma cuerpo y contenido la particularidad de esta organización en contraste con otras de la época; y, al mismo tiempo, sus puntos de encuentro, sus anclajes, con corrientes más tradicionales del mundo de las izquierdas....

NOTAS CRÍTICAS

Marcela Ferrari, Lila Ricci, María Estela Spinelli (compiladoras). *Memorias de la Argentina contemporánea. 1946-2002. La visión de los mayores*. Mar del Plata, EUDEM, 2007, 265 páginas.

Por Sandra Raggio (CISH-FAHCE-UNLP)

Memorias de la Argentina contemporánea es el resultado de una investigación colectiva realizada a partir de entrevistas llevadas adelante en Mar del Plata durante el año 2002. Su objetivo fue estudiar la percepción que tiene la “gente común” de la política durante los últimos sesenta años. La meta implicó un recorte preciso de la población indagada: hombres y mujeres de más de 75 años, es decir “adultos mayores”. Estos rasgos esbozados ya muestran la originalidad del libro que resulta de la conjunción de varias perspectivas de la investigación social actual. La apuesta pudo ser riesgosa. Felizmente, su heterodoxia, y en algún sentido, su pragmatismo, no redundó en un collage fragmentario. Por el contrario, la forma de articulación de un vasto utillaje metodológico así como también de variadas categorías analíticas les permitió arribar a un resultado que renueva cada componente que utiliza.

Así, es un nuevo aporte a los estudios de la historia política contemporánea, ya que introduce en ellos la perspectiva de la “gente común”, esos otros actores políticos que no son visibles en la escena pública. Cuestión que muchas veces es reproducida en las investigaciones sobre la política. Para ello, utiliza conceptos y fuentes propios de aquella historia oral que emergió con fuerza en la historiografía en la segunda mitad del siglo XX al mismo tiempo que se ponía en relieve la necesidad de hacer una “historia desde abajo”. Pero lejos de sesgarla, de separarla de la “otra” historia, la de la vida pública, de los grandes procesos, las integra.

También es un libro que bien puede incluirse en los nuevos y cada vez más profusos estudios sobre la memoria social o colectiva, como se prefiera decir. Nuevamente diremos que el uso de estos aportes fue original en tanto amplía la mirada sobre las representaciones del pasado de otros períodos de la historia reciente no limitándose a la última dictadura militar y, en este caso, lo que se estudia son las percepciones de la “gente común” y no de los agentes que activan los trabajos de rememoración.

Finalmente, la población sobre la que recae la mirada, no deja de ser novedosa: los adultos mayores. En general podemos encontrar trabajos sobre la relación de la política con los jóvenes, las mujeres, los trabajadores, los pobres pero no sobre los “mayores”, como recorte de una población particular. Esta generación de los “mayores”, es la misma de la de los padres del “setenta”, y posiblemente son hijos de los primeros en ejercer el sufragio universal luego de sancionada la ley Saenz Peña o de la oleada de inmigrantes que signó la entreguerras. Se sitúan entonces entre

esos dos momentos que por diferentes razones implicaron cesuras claras en la historia del siglo XX.

Esta selección es interesante no sólo porque la edad de los entrevistados permite un largo recorrido por el pasado sino porque posibilita una indagación del presente a través de sujetos que portan en sus opiniones de actualidad, la carga de casi sesenta años de historia. Identificar los trazos en su subjetividad de cada momento clave del pasado es, entonces, una forma de historización del presente.

Como decíamos, las encuestas y entrevistas se realizaron en el año 2002, un particular momento de crisis de la política, donde se expresaron como pocas veces las demandas insatisfechas de la sociedad hacia la democracia y

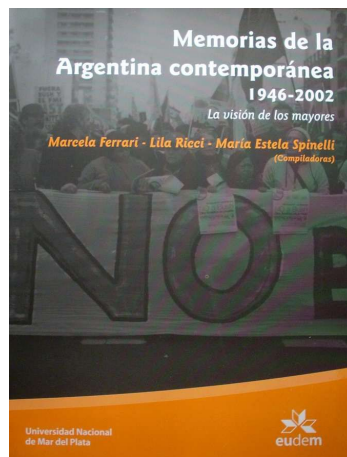
el desencanto con las elites políticas. El equipo de investigación registró, desde la mirada de los mayores, este estado de ánimo colectivo. Al mismo tiempo, tomó nota de la forma en que se proyectaba ese estado en la imagen retrospectiva que los entrevistados construían de sí mismos en el ejercicio de repasar los diferentes momentos políticos que fueron atravesando a lo largo de su vida.

Los ocho capítulos del libro expresan estos cruces de perspectivas, constituyéndose en una especie de ventanas desde donde ver las diversas dimensiones analíticas que surgen de estas intersecciones así como también problemas claves de la historia política argentina.

La agenda de indagación es vasta, y convincente a la hora de proponer los temas que considerados pertinentes al propósito del plan de investigación. Luego de la lectura íntegra del libro queda la sensación de que no ha quedado nada afuera.

Los dos primeros capítulos están orientados a presentar la muestra sobre la que se realizó el estudio.

En el primero, Lila Ricci, Marcela Ferrari y Marcela Natal analizan cuantitativamente las características de los 123 encuestados según parámetros socio-económicos. Sin pretensiones



↳ de generalizar los resultados, las autoras establecen interesantes relaciones que permiten ver las migraciones internas durante el período, la movilidad social de los encuestados en relación a sus padres y sus hijos, la autopercepción de clase que realizaron más allá de sus ingresos y su actividad laboral, entre otros. Una de las conclusiones a las que arriban es notable: las posibilidades de ascenso social de los encuestados se detienen a partir de la década del setenta, coincidiendo con la crisis del estado de bienestar.

En el segundo, las autoras continúan con el análisis de los encuestados mediante técnicas cuantitativas incorporando esta vez una lectura cualitativa de las entrevistas, el objetivo es ver “las preferencias políticas en las percepciones de los adultos mayores”. Mediante el método de Análisis Factorial de Correspondencias Múltiples (AFCM) observan la relación entre el nivel socio económico y las opciones electorales, así como también cómo inciden otros factores “referidos a la experiencia del votante y las formas de aprehender la socialización política”. Por ello, se analizan las opciones de voto de los padres e hijos de los encuestados, el nivel de volatilidad o lealtad política en el sufragio y las percepciones de los diferentes procesos políticos rememorados por los hombres y mujeres que forman la muestra. La introducción aquí del análisis cualitativo de los testimonios es un elemento clave que permite matizar la posible determinación socio económica de las opciones electorales. En los testimonios pueden leerse diferentes razones del voto: sentimientos como la lealtad partidaria, los condicionantes familiares o el desempeño de los candidatos en las campañas, entre otros. La muestra tiene dos características salientes: la mayor parte de los entrevistados decían pertenecer a las clases medias y haber votado con más frecuencia al radicalismo y no al peronismo.

En los dos capítulos siguientes se estudian las percepciones de los encuestados sobre el peronismo, y en general sobre la cultura política imperante entre 1945-1983, signada por la inestabilidad.

En el tercer capítulo María Estela Spinelli se detiene a pensar la cultura política argentina desde el primer peronismo hasta la transición a la democracia signada por la inestabilidad política y el enfrentamiento peronismo-antiperonismo. La historiadora pone en contraste el estado de la cuestión sobre el período con las percepciones de los “que la vivieron”. Los testimonios revelan las marcas del antagonismo peronismo-antiperonismo en la subjetividad de los entrevistados y, por otro lado, las que dejó la experiencia de la última dictadura militar. Lo que se evidencia en el análisis de Spinelli es la riqueza de los testimonios para la reconstrucción de la historia, en su doble carácter: como forma de acceso a los hechos del pasado y como espacio donde pueden verse la producción de sentidos sobre ellos dando cuenta de los distintos pliegues temporales que anidan en la experiencia de las personas.

En el mismo sentido trabajan Guillermina Escudero y Roberto Luis Tortorella estudiando en el capítulo cuatro las representaciones sobre el peronismo originario, centrándose en las figuras de Perón y Evita y en algunos acontecimientos claves como el 17 de octubre. Queda claro que el primer peronismo tiene un lugar privilegiado en la memoria política de los entrevistados,

hayan adscripto a él o no. En el análisis se utilizan metodologías cuantitativas que permiten afirmar estadísticamente el peso de esta memoria. Por ejemplo, frente al requerimiento de que señalaran los tres acontecimientos más importantes de la historia política que vivieron, casi el 60% citó un hecho ocurrido en el período 1945-1955. Pero el uso de técnicas cualitativas les permite llegar a otras conclusiones más densas como por ejemplo la dilución de aquel componente herético, que marcara Daniel James en sus trabajos sobre el peronismo, en los que ven favorablemente al fenómeno, y su persistencia en los que se asumen como antiperonistas.

Los tres capítulos siguientes están dedicados a estudiar el impacto de la última dictadura militar tanto en la marca que ha dejado en las visiones de los mayores sobre sus posicionamientos políticos en el pasado, como en la emergencia de un nuevo paradigma donde la democracia es presentada como la única forma de resolución de las crisis, al mismo tiempo que se impugna la participación de las fuerzas armadas como un actor político.

Dos preguntas sintetizan tal vez los distintos abordajes: ¿Hasta qué punto el discurso democrático desplegado desde la transición ha logrado modificar los posicionamientos de la gente frente a los diferentes golpes de estado? En segundo lugar: ¿A pesar del fuerte pesimismo que embargaba a los entrevistados en el 2002, seguía persistiendo la apuesta a la democracia o nuevamente tomaba legitimidad la vía autoritaria? La memoria de los golpes de estado, la represión y los juicios a los derechos humanos son abordados por Mariano Fabris y Marcela Ferrari en el capítulo cinco del libro. Los autores se introducen a pleno en la indagación de una de las hipótesis que vertebran los distintos problemas abordados en la investigación que remite a preguntarse en torno al apoyo que suscitaron los distintos golpes de estado y de qué manera son repensados al calor de las experiencias que les siguieron. Entre las diversas dimensiones que se analizan, sobresalen dos: los dos golpes que concitaron el menor acuerdo son el de 1962 y el de 1966 (sólo el 8%), y los dos que generaron el mayor acuerdo son el de 1955 y el de 1976 (35%). La tercera es que aún entre los que estuvieron de acuerdo con el golpe de 1976, la mayoría rechazaba la represión. Así como también acordó mayoritariamente con los juicios por las violaciones a los derechos humanos. Pero el trabajo no se reduce a la estadística sino que realiza un interesante análisis cualitativo del discurso que logra una mayor profundidad y sutileza interpretativa de las opiniones.

El capítulo siguiente de Marcelo Ignoto sigue profundizando en torno a las percepciones sobre la última dictadura militar centrándose en la cuestión

Marcela Ferrari, Lila Ricci, María Estela Spinelli (compiladoras). *Memorias de la Argentina contemporánea. 1946-2002. La visión de los mayores*, por Sandra Raggio, *continuación*.

de la violencia política. Aquí toma especial relevancia algo ya subrayado en el capítulo anterior que es la cuestión del uso del silencio por parte de los entrevistados, que “no recuerdan”, “no saben”, “no responden” sobre determinados tópicos puestos en la entrevista. No es cuestión aquí del paso del tiempo. La persistencia del miedo instalado durante los años del terrorismo de estado es la respuesta que encuentra Ignoto. Las mismas razones parecen estar detrás de una notable persistencia del discurso de la dictadura en torno a la violencia política y la imposibilidad de comprender lo que pasó de manera más compleja y alejada de las visiones maniqueas y binarias.

La cuestión de la revalorización democrática surge nuevamente en el capítulo siete donde Mariana Pozzoni y Carla Sangrilli exploran las percepciones de los entrevistados sobre la crisis 2001-2002. En el sondeo sobre el voto que se realizó en las entrevista surge un dato que anticipa de alguna manera lo que estalla en diciembre de 2001. Desde 1983 viene creciendo paulatinamente el voto negativo (voto bronca, voto en blanco e impugnado) hasta llegar a más del 53% en las elecciones legislativas de ese año. Sin embargo, surge de las entrevistas que la impugnación a la política no implica una deslegitimación del sistema democrático. La mayoría de los adultos entrevistados afirmaba que esa es la mejor forma de gobierno.

El último capítulo escrito por Marcela Ferrari y Lila Ricci parte de la coyuntura de esta crisis para detenerse en los horizontes de expectativas de los mayores que, a pesar del desencanto y el pesimismo imperante, seguían imaginando otros futuros posibles mejores que aquel presente. Las apuestas no consistían en apelar a viejas formas de intervención militar, sino a más democracia, de mejor calidad y mayor participación ciudadana. En cuanto a las posibilidades de ascenso social, seguían apostando a aquellos mecanismos que les permitieron hace más de treinta años, mejorar sus condiciones de vida: mejor trabajo y más educación. Quienes daban su opinión, estaban atravesando el final de sus vidas, su mirada hacia adelante es tal vez el mejor registro de las huellas que el pasado ha dejado sobre su subjetividad....

Por Patricia Alejandra Orbe (UNS-CONICET)

En un esfuerzo por transmitir el conocimiento histórico en un lenguaje y con unas formas accesibles e interesantes para un público más amplio que el de los especialistas, la Editorial Sudamericana ha lanzado la colección “Nudos de la historia argentina”, bajo la dirección de Jorge Gelman.

Entre los invitados a sumarse a esta iniciativa, se encuentra Federico Finchelstein, doctor en historia y profesor en The New School en Nueva York. Este investigador ha publicado numerosos artículos y ha participado en libros colectivos en nuestro país, Estados Unidos, Inglaterra, Bélgica, Italia, Israel y Brasil. Asimismo ha sido compilador de la obra *El Holocausto, los alemanes y la culpa colectiva. El debate Goldhagen* (Buenos Aires, Eudeba, 1999). Dentro del conjunto de temáticas, épocas y personajes históricos considerados importantes para el imaginario colectivo de nuestra sociedad y que son la materia de interés de esta colección, Finchelstein propone en esta obra revisar los orígenes ideológicos de la última dictadura.

El libro aborda la historia de las ideas de tipo fascista en la Argentina, “desde sus comienzos con la reformulación del nacionalismo de forma autoritaria y xenófoba hasta su literalización en los campos de concentración” de aquella. Si bien reconoce las dificultades que existen para pensar el fascismo luego de la II Guerra Mundial, el autor sostiene la convicción de que “al menos en la Argentina, los fascistas criollos que no fueron derrotados se preocuparon por dejar un legado en nuestra cultura política que trasciende el nombre fascista original pero no sus ideas principales”, entendidas éstas como “resultado de la particular creación de un fascismo específicamente argentino”, un “fascismo vernáculo”, un “fascismo industria nacional”.

Finchelstein pareciera desafiar las precauciones que tomaron distintos investigadores (Marysa Navarro Gerassi, Enrique Zuleta Alvarez, David Rock, Sandra McGee Deutsch, Cristian Buchrucker, María Inés Barbero, Fernando Devoto y Daniel Lvovich, entre otros) para definir el nacionalismo argentino, al afirmar que “fascismo y nacionalismo son sinónimos en la Argentina”, por obra de la acción de los “nacionalistas argentinos de extrema derecha”, destacando el protagonismo de la Iglesia y el Ejército en el desarrollo de este proceso de apropiación, reformulación y de distorsión en la recepción local del fascismo europeo, que daría origen al “fascismo criollo”. La ilustración de tapa, que reproduce una obra de León Ferrari de 2004, en la que se combinan la imagen del Colegio Militar, la insignia nazi y un grabado anónimo de la Biblia Wittenberg representando una trompeta apocalíptica, es muy elocuente en este sentido.

La obra se articula en seis capítulos que transitan la historia nacional de los siglos XIX y XX, siguiendo la trayectoria y las

mutaciones que experimentó el nacionalismo/fascismo argentino. Este recorrido nos remite al genocidio patagónico, a la discriminación a los inmigrantes y la represión al incipiente movimiento obrero, promovidos por un

“nacionalismo decimonónico” –inclusivo y abierto– que habría de ser desplazado por otro excluyente y totalitario en la siguiente centuria.

El autor señala que las obras de Rojas, Gálvez y la Liga Patriótica constituyen una bisagra en este sentido. En ellas “el nacionalismo argentino todavía no es fascismo pero comienza a entender al ser argentino como católico, anticomunista y progresivamente antiliberal y antijudío”. La transición se completaría con la obra de Leopoldo Lugones, “el padre intelectual del fascismo argentino”, dado que con su labor “el nacionalismo se vuelve sinónimo de fascismo, de militarismo,

de dictadura y al final de su vida, también se vuelve nación católica”. Este aporte se vería completado por publicaciones como *La Nueva República* y *Criterio*, las cuales habrían generado “ideas centrales del fascismo a la argentina”.

Seguidamente, el análisis se detiene en los diferentes medios y agrupaciones que proliferaron durante las décadas del '30 y el '40, partícipes en el pasaje del “fascismo moderado uriburista” al “fascismo social”, más radicalizado, proceso en el que destaca la “profundización del antisemitismo, el rechazo al imperialismo y la oligarquía tradicional, el amor a la “raza argentina”, la creencia en la justicia social y un sentido violento de la masculinidad que se expresa por medio de prácticas igualmente violentas...”.

El texto continúa con el abordaje de la “ideología fascista católica en la Argentina”, desde la entrevista de Juan Carlos Goyeneche con el Duce y el catolicismo integral de César Pico hasta los cuentos del padre Leonardo Castellani para niños y las enseñanzas del padre Julio Meinvielle a los jóvenes. En estos dos últimos casos, se resalta que por estos medios se difundió “una idea nacionalista de una batalla entre creyentes e infieles” que “representaba una metáfora fundamentalista del futuro terrorismo



↳ de Estado”.

El tercer capítulo se introduce en la presentación del vínculo existente entre antisemitismo, sexo y cristianismo. Si bien reconoce que la historia del antisemitismo en la Argentina es antigua, señala que con los fascistas ocupó un lugar principal, a partir de los años '30 y '40. En este sentido fueron fundamentales los aportes de Mons. Gustavo Franceschi, Julio Meinvielle, Virgilio Filippo y Gustavo Martínez Zuviría en “la definición de un nexo entre el antisemitismo tradicional de la Iglesia y las nuevas formas pseudo biologicistas y racistas de antisemitismo”. Tal como era concebido desde la óptica nacionalista como “un enemigo racial que era también un enemigo religioso”, Finchelstein afirma que “los judíos representaban para el nacionalismo el arquetipo del enemigo interno e irreconciliable”, cuyo destino debía ser la eliminación total.

Al presentar sus interpretaciones sobre el nexo peronismo-fascismo, el autor reconoce que este “fascismo cristianizado” inventado en la Argentina representa “una dimensión fundamental de la genealogía peronista”. No obstante, dadas las numerosas diferencias que existieron entre la experiencia italiana y la argentina, asevera que “el movimiento peronista originario no fue fascista pero sí la mentalidad de Perón (...), la concepción totalitaria de la verdad, la idea integralista del país”. Sin embargo, el autor va a finalizar concluyendo que en la práctica “Perón fue más anticomunista que antimperialista y más “peronista” que nacionalista”, confirmando los enfoques historiográficos predominantes al respecto.

En el análisis del derrotero de las ideas fascistas argentinas luego de 1955, el autor se concentra en la presentación de la agrupación Tacuara como “una organización paramilitar antisemita de extrema derecha”, en la que parte de las cúpulas de Montoneros y el ERP “aprendió a hacer política binaria”. Sin profundizar en otros factores más allá de la incidencia que tuvieron el rechazo al peronismo de algunos de sus integrantes y el creciente anticapitalismo de otros, Finchelstein sostiene que “con el tiempo Tacuara se transformó y su caudal desembocó a izquierda y derecha”, repartiendo sus miembros en varios grupos, que fueron “cunas de líderes guerrilleros, Triple A y grupos de tareas de la dictadura, e incluso funcionarios menemistas y un juez de la Corte Suprema”.

Seguidamente, señala al tercer gobierno de Perón y al de su sucesora, Isabel, como promotores de la recurrente vuelta del nacionalismo a la universidad y al ámbito mediático, expresada en las figuras de Ivanissevich, Ottalagano y la revista *El Caudillo*, respectivamente. En este capítulo, el autor reduce la influencia de la experiencia francesa en Argelia y de la Doctrina de la Seguridad Nacional sobre la AAA y la dictadura, ya que considera que fueron productos de la “genealogía histórica del nacionalismo fascista argentino”, puesta de manifiesto en sus ideas biologicistas, en la noción de la represión como una guerra santa y un sacrificio purificador, en la concepción del Ejército como arma política de la voluntad divina —justificada por la jerarquía eclesiástica—, en el antisemitismo. Más allá de las diferencias programáticas —entre las que destaca las económicas— Finchelstein afirma que la idea de enemigo fue un componente aglutinante de adhesiones a la

dictadura, la cual objetivó esta ideología en práctica de exterminio, tal como lo demuestran sus campos de concentración, donde “reinaba la ideología, la alianza sagrada entre la cruz y la espada, cementada con mano de obra nacionalista”.

A lo largo del desarrollo de la obra, se puede observar que el autor se extiende en el análisis del fascismo argentino durante la primera mitad del siglo XX mientras que realiza una revisión mucho más reducida y superficial de las transformaciones que sufrió el campo nacionalista argentino desde la caída del peronismo hasta el retorno de la democracia. Este rasgo del libro probablemente se deba a que Finchelstein está más familiarizado con el estudio de la etapa uriburista, interés plasmado en su libro *Fascismo, liturgia e imaginario. El mito del general Uriburu y la Argentina nacionalista* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002), y a la escasez de estudios de base sobre esta temática en la etapa posterior a 1955, lo que dificulta la profundización en dicho panorama, en toda su complejidad y particularidades.

El texto es atractivo y polémico, especialmente para los historiadores. Es que en su intento por escribir una obra de divulgación, Finchelstein —quizá involuntariamente— se introdujo en un debate inacabado. En la producción historiográfica sobre el nacionalismo argentino existen numerosos desacuerdos que no han permitido establecer consensos fuertes en cuanto a los parámetros sobre los que se podría definir este objeto de estudio. Los principales ejes del debate se sustentan en criterios divergentes en relación al marco temporal asignado al nacionalismo, la homogeneidad ideológica y sus fuentes intelectuales, entre los más destacados. Sin embargo, el autor no se detiene ante ellos y expone con audacia su concepción de un “fascismo clerical” como un “fascismo a la argentina” y advierte a los lectores, principalmente a los argentinos, sobre el legado de esta ideología aún activo en nuestra cultura política, puesto de manifiesto en la xenofobia frente a los inmigrantes, la reivindicación patrioter de la guerra de Malvinas, la militarización de la seguridad, el sentimiento de superioridad con respecto a América Latina, el antisemitismo por acción o por omisión. En pocas palabras, nos desafía a revisar nuevamente la deuda de estas ideas nacionalistas con el fascismo histórico y a reflexionar sobre la posibilidad de que ese vínculo intelectual tenga su correlato en el terreno de los valores, las actitudes y las representaciones que sustentan ciertos rasgos autoritarios que nos caracterizan como sociedad.....

George L. Mosse. *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*. Madrid, Marcial Pons, 2005, 286 páginas. (Edición en Argentina: Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2007, 286 páginas.)

Por Julio César Melon Pirro (UNMdP)

Nacionalismo, democracia, masificación, son sólo algunos de los renglones sobre los que reposa el incisivo y todavía inquietante libro de George Mosse, recientemente publicado en español. Lo que nos cuenta Mosse es cómo, a lo largo del siglo XIX el nacionalismo alemán se transformó en una religión secular que se sostuvo en una nueva forma de política expresada mediante mitos, símbolos, fiestas y ritos. Desde un punto de vista que privilegia las manifestaciones estéticas y artísticas, políticas y filosóficas, el desarrollo de este proceso, concomitante al de la política de masas, explica en buena medida su precipitado final en el Nacional Socialismo.

¿Qué tiene de inquietante este incisivo planteo y por qué seguimos leyendo de ese modo un texto que tiene un recorrido de años por los ámbitos académicos y una importante repercusión en la historiografía especializada? Su sentido intelectual trasciende el universo de los interesados en el estudio de la historia de las ideas. Mosse, que comenzó en los años sesenta a publicar sus primeros trabajos sobre el contexto ideológico en el que surgió el nacionalsocialismo y que murió en 1999 en el máximo de su prestigio profesional, nos restituye, decimos, todavía, a un escenario de interrogantes incómodos para las modestas formas de conciencia histórica –y democrática– que hemos adquirido, y en parte modificado, en nuestro pasado siglo XX.

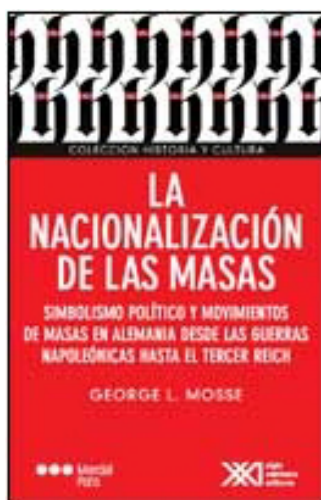
Ese tipo de preguntas ha estado mucho más presente en la filosofía de la historia que en la historiografía. Recordemos que cuando en la inmediata postguerra Arendt se preguntó “¿Qué ha sucedido?, ¿Por qué sucedió?, ¿Cómo ha podido suceder?”, al menos una de las respuestas arendtianas apuntaba a la súbita participación de amplios contingentes de población, desde siempre extrañados de las preocupaciones públicas y ahora involucrados en la política de masas propia del totalitarismo. Pues bien, Mosse ha avanzado quizá un poco más en una dirección que nos induce a pensar que la democracia tal como la hemos conocido en el siglo XX, ha pagado necesariamente tributo a la superior eficacia de las formas de comunicación que menos requisitos de raciocinio exigen, con lo que el hombre libre, el sujeto autónomo dotado de sentido crítico que los manuales ilustrados ponían en el final del camino, queda necesariamente relegado al papel de espectador, a la condición de miembro de minorías, más o menos extendidas, más o menos intelectuales, pero a la postre inoperantes a la hora de decidir sobre los destinos colectivos. Esta proyección de una premisa de todos modos no escrita remite, pues, a un tema

urgentemente ciudadano, aunque de momento sea historiográficamente menos relevante que aquella otra que explica el auge de los movimientos de masas y sus peores resultados

en clave de provisión de un sentido de lo absoluto y en el contexto de realización de una de las principales proyecciones de la ilustración, esto es, la progresiva pérdida de relevancia de los sistemas religiosos formales.

Pero el libro no es un ensayo, sino un texto de historia de las ideas en sentido amplio, y está documentado en un profundo conocimiento del simbolismo político y los movimientos de masas en Alemania, desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich. Su hilo conductor es, pues, el de un examen a fondo de la génesis representacional de

las identidades nacionales, y sus puntos de anclaje los monumentos, los festejos públicos, las organizaciones que participan de la puesta en escena de una “nueva política” basada en una “estética” compatible con la comunicación de masas cuya última estación se condensa y exagera, precisamente, en Hitler. Los mitos políticos y los símbolos que a ellos aluden se solapan con la recreación de una historia evocativa de personajes y hechos fundacionales, y se activan tanto en las organizaciones civiles como en las grandes manifestaciones de masas. Pero lo que en verdad nos cuenta Mosse es que la irracionalidad de la política alemana no se explica, digamos “meramente” como consecuencia de esa misma historia romántica, reactiva a la invasión francesa, a las consecuencias de Versalles y al punto culminante de todo esto, la debilidad de la República de Weimar, sino que debe anclarse también en un estudio sobre las formas nacionales, pero seguramente no únicas, en que la soberanía popular se proyecta en tiempos de política de masas. El proceso –no conviene pasarlo por alto– comenzó antes, con la transformación del concepto de religiosidad propia de la modernidad, que va de lo divino a lo humano, se exalta en el nacionalsocialismo con



- ↳ la adoración del pueblo por el pueblo mismo, pero proyecta su luz y su sombra sobre toda forma de existencia libre, aún cuando el hombre pueda adherir, en su eterna pretensión de absoluto y como no fue el caso del nacionalsocialismo, a construcciones mitológicas racionales. En *La Nacionalización...* el “pueblo” deviene en caótica multitud, en expresión y objeto a la vez de una “nueva política” que remitía a la voluntad general rousseauiana y conducía a contrarrestar (y en la voz de sus cultores a superar) el avance de los sistemas parlamentarios y representativos, atomizadores, en último recurso, del hombre y de la política, en vez de unificadores de la nación.

Uno de los puntos de mayor especialización y originalidad del planteo de Mosse reside en su intento de analizar un fenómeno político considerando especialmente sus concepciones y manifestaciones estéticas, vinculadas al poder ritual y de evocación propio del arte. Para el autor, aquello que Walter Benjamin reconociera como la “estetización de lo político” o, más en general, la fusión de lo artístico y lo político fue una de las fuerzas que permitió vincular el mundo de los mitos y de los símbolos con el sentimiento de las masas en proceso de nacionalización. Así, el libro desliza argumentos que consideran que ciertas percepciones de la belleza y de las formas fueron determinantes de la naturaleza de los estilos políticos nuevos, hallando así la clave genética de concepciones que terminaron madurando, a fuer de su naturalización, en el siglo XX

En relación a las interpretaciones del fascismo, y del nacionalsocialismo en particular, el texto inclina el fiel de la balanza a favor de quienes ven que sus formas de acción política fueron generalmente interclasistas, y demuestra que el ideal de unificación nacional se difundió en sentido descendente, siendo las clases bajas atraídas hacia él, por ejemplo, mediante sus organizaciones deportivas y coros masculinos.

Las masas dejaron de ser una multitud caótica. Para ello se apeló a sentimientos y aspiraciones, encarnándolos en el mito y en el símbolo, y su representación en el Estado totalitario, a través de lazos directos entre la población y la elite dirigente; esto es, suprimiendo el sistema de partidos y de asociaciones democráticas.

Así como George Mosse estudia detenidamente estos fenómenos: mitos políticos que integran y movilizan al pueblo, símbolos que aluden a ellos, monumentos que recuerdan personajes y hechos fundacionales, manifestaciones que corporizan a las masas en acción, y organizaciones civiles donde se arma la trama social del pueblo y se recrean sus valores. Subraya los aspectos estéticos de la política moderna, y también su dimensión religiosa: la política de masas recrea prácticas y creencias, las seculariza y las pone al servicio del moderno mito del pueblo.

Lo hace, claro está, en un plano más decididamente historiográfico, cual es el de una delicada composición de historia de las ideas, pero, en nombre de lo públicamente no dicho, reclama una reflexión que lo trasciende....

Estado de la cuestión

Una de las cuestiones problemáticas que encuentra el investigador de la historia reciente de la Argentina es la del significado de los conflictos obreros, que sucedieron durante el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional”. Como todos sabemos, éstos constituyeron un obstáculo para la aplicación del proyecto militar y expresaron la voluntad de oposición de los trabajadores a sus políticas, pero ¿cuál fue el significado histórico de ese fenómeno?, ¿qué carácter tenía esa oposición? Lo que interesa es distinguir si se trató de una reacción ante la violación de las “conquistas históricas” del movimiento obrero, es decir una serie de acciones que buscaron defender los intereses económicos dañados de los trabajadores, por ejemplo por la caída del salario industrial, la prolongación de la jornada laboral y otras medidas tomadas por el gobierno autoritario; o si, en cambio, trascendió este nivel de lucha para convertirse en un cuestionamiento al proyecto del “Proceso”, en una oposición de carácter político que impugnaba su objetivo último de cambiar profundamente la sociedad y el Estado.

Este tema de la historia política de los trabajadores no ha recibido la atención que merece. Su planteo original data de los años ochenta, cuando algunos científicos sociales debatieron la “tesis de la pasividad” de la clase obrera. Se recuerda todavía que Francisco Delich postuló en un célebre artículo la inmovilidad obrera y sindical durante la última dictadura, a causa de la desaparición de un conjunto de variables sociales y políticas que habían hecho poderosas a la clase trabajadora y a las organizaciones que las representaban desde el surgimiento del peronismo.¹ Esa afirmación cosechó una serie de críticas y refutaciones, algunas indirectas, entre las cuales merecen recordarse los estudios de Arturo Fernández, Ricardo Falcón y Pablo Pozzi.

En su libro sobre *Las prácticas sociales del sindicalismo*, Arturo Fernández descarta que hubiera habido una “pasividad obrera”, afirmando que en 1976 “el brusco deterioro de las condiciones salariales y de trabajo, provocó movilizaciones y conflictos puntuales, algunos

casi espontáneos, los cuales desafiaron tempranamente y con un cierto grado de heroísmo el rigor de la represión...”² Estas prácticas “de las bases” se diferencian del comportamiento de los dirigentes sindicales, caracterizadas en este período –como en los anteriores a 1976– por disputas internas y negociaciones con los gobiernos militares, pero son complementarias y su coexistencia puede explicarse en virtud de la naturaleza paradójica del sindicalismo: ser parte del sistema capitalista al mismo tiempo que representar intereses antagónicos al mismo.

Ricardo Falcón publicó en Holanda y a principios de los años ‘80 “La resistencia obrera a la dictadura militar”, donde cuantifica unos 300 conflictos colectivos y llega a la conclusión de que la resistencia fue un fenómeno predominantemente molecular y defensivo, que sólo por azar configuró una “virtual huelga general no declarada”.³ La misma manifestó una gran capacidad de adaptación para defender lo que se consideraban las “conquistas históricas” del movimiento obrero, la aparición de los “delegados provisorios” o representantes elegidos de hecho es un ejemplo de ello, a pesar de la ausencia de los sindicatos, que participaron escasamente en los conflictos.

Por último, Pablo Pozzi, en su libro *Oposición obrera a la dictadura*, sostiene que el gobierno militar se había basado en “una red variable de relaciones de fuerza que recorre la totalidad social”, para realizar su proyecto político de eliminar la crisis orgánica del capitalismo argentino; partiendo de allí concluye que los conflictos obreros constituyeron un proceso de acumulación de fuerza y de incubación de un proyecto de sociedad concreto, que frustraron la conformación de esa “red de relaciones de fuerza” determinando el fracaso del proyecto militar. Si bien Pozzi admite que los conflictos laborales, las medidas de fuerza y los paros fueron defensivos y reivindicativos desde la perspectiva económica, al evitar la resolución de la crisis orgánica y transformarse en un “escollo” para la dictadura, tuvieron “un profundo significado

¹ Francisco Delich, “Después del diluvio, la clase obrera” en Alain Rouquié (comp), *Argentina hoy*. México, Siglo XXI, 1982. Una revisión exhaustiva de la polémica que esta “tesis” generó, en: Silvia Simonassi, “De obreros e historiadores. Notas acerca de la historiografía sobre la clase obrera argentina de las décadas de 1960 y 1970”, en *Cuadernos del Ciesal*, 1998, 5.

² Arturo Fernández, *Las prácticas sociales del sindicalismo (1976-82)*. Buenos Aires, CEAL, 1984, p. 90.

³ Ricardo Falcón, “La resistencia obrera a la dictadura militar (una reescritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos)” en Hugo Quiroga y César Tcach (comps.), *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*. Buenos Aires, Homo Sapiens Ediciones, 1996, p.136.

↪ político”.⁴ En la misma línea que la interpretación de Pozzi, Rafael Bitrán y Alejandro Schneider estudiaron la perduración del activismo político y sindical en fábricas metalúrgicas y automotrices de la zona norte del Gran Buenos Aires.⁵

La posibilidad de que la mayoría de los conflictos laborales expresaran la oposición política de los trabajadores a la dictadura nos parece remota, porque los instrumentos para ese tipo de acción ya no estaban al alcance de la mano en las fábricas. Los activistas y las organizaciones políticas que habían sido responsables de la politización de los trabajadores jóvenes, por ejemplo la Juventud de Trabajadores Peronistas y el Movimiento Sindical de Base, brazos políticos de Montoneros y el PRT-ERP entre otras, fueron desmantelados por las fuerzas de seguridad antes del golpe de estado o retiraron sus activistas de las plantas, y sobrevivieron en las mismas pequeños grupos que, aún participando en los conflictos, no pudieron ya desarrollar un activismo semejante al anterior.

A nuestro entender, para los trabajadores la única forma de expresar su rechazo a someterse al disciplinamiento industrial era la resistencia económica, que podía adoptar diferentes formas.⁶ Como observadores externos y lejanos en el tiempo podemos conjeturar que fue una resistencia política, no en el sentido de oposición al régimen político de excepción, sino a la autoridad patronal de organizar el trabajo en la fábrica, pero los protagonistas no politizados de esos hechos no manifestaron consideraciones al respecto ni lo hacen en los testimonios posteriores que recogemos.

El tema de los conflictos obreros durante la dictadura militar es recuperado en diversos estudios que se han conocido a través de libros, artículos y ponencias

⁴Pablo Pozzi, *Oposición obrera a la dictadura*. Buenos Aires, Contrapunto, 1988, p. 33.

⁵Rafael Bitrán y Alejandro Schneider, “Dinámica social y clase trabajadora durante la dictadura militar de 1976-1983. Estudio de la zona norte del Gran Buenos Aires en particular de las fábricas Del Carlo y Ford Motors” en L. M. Rodríguez y otros. *Nuevas tendencias en el sindicalismo: Argentina y Brasil*. Buenos Aires, Biblos – Simón Rodríguez, 1992.

⁶La protesta obrera en otros contextos espacio - temporales, donde hubo una coerción estatal muy importante, como la Alemania Nazi y la Italia Fascista, tiene elementos comunes con la que estamos analizando y ayuda a comprender que las acciones económicas constituyen una alternativa viable, cuando los activistas y las organizaciones políticas existentes en las fábricas son aisladas y anuladas por la represión. Tim Mason, “The workers opposition in Nazi Germany”, *History Workshop Journal*, 1981; Alberto De Bernardi, “Opposizione operaia e azione antifascista nel Milanese al principio degli anni Trenta”, en Leonardo Rapone, *Antifascismo e società italiana (1926-1940)*. Milán, Edición Unicopli, 1999, p. 186.

científicas aparecidas en lo que va del nuevo siglo.⁷ Más bien deberíamos hablar de renovación en el tratamiento del tema, tanto en el enfoque, como en la escala de observación y las fuentes utilizadas. Por un lado, es significativo que ya en el acercamiento a la cuestión estos análisis se propongan superar la antinomia entre inmovilismo y resistencia, planteada en la controversia alrededor de la “tesis de la pasividad” de la clase obrera. En cambio, adoptan los tópicos que han enriquecido a la historia de los trabajadores en los últimos quince años y que habían sido patrimonio exclusivo de la sociología industrial: los obreros en la fábrica, los cambiantes procesos de trabajo, la incidencia de las políticas y prácticas gerenciales en las acciones y la organización obreras, la centralidad del “modelo” de relaciones laborales para comprender el conflicto y el consenso en las fábricas, etc. Asimismo, estas cuestiones aparecen como claves interpretativas para entender temas de la historia política reciente, como la incidencia de las malas condiciones y medio ambiente laborales en la aparición de agrupaciones gremiales combativas, que no sólo disputaron el poder en los establecimientos y en las seccionales sindicales a las listas del sindicalismo peronista ortodoxo, sino también difundieron la politización entre los jóvenes trabajadores.

Por otro lado, la escala de observación se ha reducido a fenómenos regionales y locales, poniendo en evidencia la influencia de una historia regional jerarquizada en los últimos años y el intento de indagar en los aspectos específicos del mundo del trabajo, en localidades o regiones que presentaban un nivel de concentración industrial mediano (como Tandil, en el sudeste de la provincia de Buenos Aires) o alto, pero que no habían sido objeto de estudio hasta ahora (Florencio Varela, Tigre, etc.).

Por último, la escasez de documentos escritos sobre el período (teniendo en cuenta que la información sobre el sindicalismo combativo no está extensamente sistematizada ni el acceso a los archivos de las empresas

⁷Federico Lorenz, *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre en la década del setenta*. Buenos Aires, Norma, 2007; Daniel Dicósimo, “Dirigentes sindicales, racionalización y conflictos durante la última dictadura militar”. *Entre pasados*, 2006, 29; Daniel Dicósimo, “Indisciplina obrera en la industria metalúrgica durante el “Proceso de Reorganización Nacional”. *Anuario IEHS* 22, 2007; Sabrina Ríos, “Trabajadores durante la dictadura militar, 1976 - 1983. Prácticas y memorias desde un estudio de caso”, *Ponencia presentada en las XI Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, Tucumán, 2007; Victoria Basualdo y Federico Lorenz, “Trabajadores en la década del setenta en Argentina: perspectivas y propuestas a partir de dos estudios de caso”, *Ponencia presentada en X Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, Rosario, 2005.

↪ es frecuente) ha sido esforzadamente compensada por el recurso de las entrevistas y la utilización de técnicas de análisis propias de la Historia Oral. No obstante, la reciente apertura y puesta en disponibilidad de nuevas fuentes, como el Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPPBA) que administra la Comisión Provincial por la Memoria, ha permitido ampliar el estudio de la intervención estatal en las relaciones laborales, la represión directa y el control social, así como la complicidad entre empresarios y Estado en dichas cuestiones. Sin embargo, el abordaje de este tópico admite matices, como señala la investigación de Sabrina Ríos la coerción estatal presenta un grado considerable de autonomía y también apunta a los empresarios, directamente o a través de los sindicatos y el Poder Judicial.

Asimismo, estas investigaciones demuestran que los archivos más antiguos y ya consultados por los historiadores del mundo del trabajo, como los que guardan los expedientes de la Justicia Laboral, siguen ofreciendo valiosa información. Por ejemplo la que nos permite identificar comportamientos antidisciplinarios individuales en las fábricas, que podríamos interpretar como manifestaciones de oposición a las directivas patronales que se adaptaron a momentos y contextos altamente coercitivos y a situaciones de amenaza “débil” o potencial, supliendo o complementando las acciones de resistencia colectiva. ***

↪



“Temas, libros y problemas” - Comentarios y discusiones de textos

El antifascismo como problema: perspectivas historiográficas y miradas locales

Por Ricardo Pasolini (IEHS-CONICET)

I
Sería ilusorio, imposible y sobre todo demasiado pretencioso de mi parte intentar cumplir con la expectativa de balance historiográfico que he propuesto en el título poco feliz de este trabajo, sobre todo por la naturaleza misma de un objeto tan vasto y diverso como es el del antifascismo, y también por el *quantum* de investigación preexistente. Sin embargo, es posible realizar una primera aproximación más allá de las limitaciones de origen. De este modo, he elegido algunas obras más o menos recientes como elementos indicativos de hacia dónde se encaminan los problemas de la "historiografía" del antifascismo, refiriéndome menos a los niveles interpretativos relacionados con este problema, y más al modo en que han sido pensados y a las incitaciones históricas e historiográficas de las cuales provienen.

En principio, habría que señalar que en Argentina la experiencia del antifascismo pareciera un "no acontecimiento". No sólo porque el problema del antifascismo ha estado ausente en las preocupaciones de la historiografía política local, sino porque aun en la memoria de las familias políticas y culturales que generaron, se asociaron o dinamizaron los tópicos del antifascismo durante el período de entreguerras (radical, socialista y comunista), esta manifestación se presenta en un nivel de secundariedad respecto de otros procesos en los que el papel de los partidos políticos, o bien, de las organizaciones obreras, juega un rol preponderante en la construcción de las identidades políticas. Así, el antifascismo como tópico periférico en la memoria política derrota a lo que en él hubo de clima de época.

Sin embargo, este "antifascismo olvidado" por la historiografía y la cultura política aun de cierta izquierda, se presenta con vigor cuando la mirada del historiador se posa sobre los documentos de época, en particular de la década de 1930, y se observa la difusión de un fenómeno que pareciera atravesar innumerables experiencias asociativas de carácter intelectual u obrero, y que articula espacios sociales y regionales muy vastos en su extensión, de manera tal que pareciera más pertinente aquí hablar de una red antifascista. En efecto, los tópicos del antifascismo se manifiestan en innumerables experiencias políticas y culturales, a veces como estrategias políticas que esconden en el marco de la alianza de clases un clasismo residual pero aún activo. Una de ellas es el caso del Comité Central del Partido Comunista Argentino (PCA), que en 1938, recuperando momentáneamente posiciones clasistas, evaluó que el fracaso en la constitución del Frente Popular local se debió a errores tácticos propios, pues el partido no había hecho de la lucha por las reivindicaciones económicas y políticas de los sectores obreros el centro de su trabajo cotidiano y de su actividad electoral.

Otras veces, como afectividad ideológica, es decir, como sensibilidad política que recorre una amplia gama de significaciones en un contexto en que la política argentina se "internacionaliza", en la medida en que las referencias a modelos de organización social y política externos se vuelven moneda corriente en las ficciones orientadoras del destino de la nación. De allí el interés suscitado tanto por el fascismo como por el comunismo, de allí

también la percepción a partir de 1935 de que el conflicto fascismo-antifascismo se dirime tanto en cada una de las naciones europeas como en la Argentina.¹

De este modo, no sólo la Guerra de España impactará en amplios sectores de la opinión pública argentina constituyendo nuevas formas de solidaridad internacional contra el fascismo (que en un extremo alcanza a manifestarse en el número de voluntarios locales en las brigadas internacionales en España², cerca de 500), sino también una serie de «acontecimientos clave» que movilizan —desde la lucha en contra del antisemitismo y de la política inmigratoria restrictiva del gobierno de Justo hasta las respuestas locales frente a la muerte de Henri Barbusse y el asesinato de los hermanos Rosselli, líderes en el exilio del movimiento antifascista italiano *Giustizia e Libertà*—, un amplio abanico de experiencias asociativas culturales u obreras, la creación de publicaciones periódicas en la clave del compromiso político y la actividad de ciertos partidos políticos, que comienzan ahora a articular desde sus dinámicas y tensiones internas el problema del antifascismo.

II
De algún modo, la situación del "olvido" obliga a la pregunta acerca de las razones de la ausencia de un fenómeno que suscitó en los actores tanto entusiasmo y espíritu de sacrificio, pero también remite a la sospecha de que en el caso de este objeto de estudio, el papel del historiador como inventor del pasado, del que hablaba Collingwood, pareciera más potente que en aquellos temas donde el peso de la tradición historiográfica coloca un conjunto dado aunque no inmóvil de problemas y métodos de abordaje. En este sentido, la ausencia de obras de síntesis al respecto se convierte en un límite.

Salvo en la historiografía italiana, donde el antifascismo ha sido asociado con la historia de

¹ Son innumerables los folletos y ediciones que señalan el peligro de la expansión comunista o su equivalente fascista. Al respecto, cf. Roberto E. Nieva Malaver, *El comunismo en la Argentina*. Buenos Aires, Editorial Serrano, 1937 y *Las democracias americanas en peligro*. (Amplia documentación probatoria de la penetración nazi), Buenos Aires, Ediciones Alerta, 1938.

² AA.VV., *Le Brigate Internazionali. La solidarietà dei popoli con la Repubblica Spagnola, 1936-1939*. Milano, La Pietra, 1976, pp. 38-39 y 40-41. Cf. Víctor Trifone y Gustavo Svarzman, *La repercusión de la guerra civil española en la Argentina, 1936-1939*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993, pp. 84 y ss.

Pasolini. “El antifascismo como problema: perspectivas historiográficas y miradas locales”, *continuación*.

↪ la nación, no son muchas las obras que se han interrogado sobre este objeto, quizás porque la propia definición de “antifascismo” agrega una dificultad adicional. En un trabajo pionero, Jacques Droz señaló que uno de los problemas en el estudio del antifascismo residía en que aún no existía entre los historiadores un consenso acerca de su naturaleza, en parte porque la derrota del fascismo clásico promovió una construcción de la legitimidad política de los nuevos poderes que se fundó en el peso relativo de los diversos componentes políticos en el proceso de resistencia. Por ejemplo, mientras que para los historiadores de la República Federal Alemana, hasta la década de 1960 el antifascismo sólo tuvo interés en la medida en que explicaba el 22 de junio de 1944, para los de la República Democrática Alemana, la atención dirigida durante mucho tiempo solamente al estudio de la resistencia comunista constituyó uno de los pilares de la exaltación de los títulos de gloria en la imagen propia del nuevo régimen³.

Sin embargo, a partir de la interrogación sobre el papel de los voluntarios alemanes en las Brigadas Internacionales en España, las historiografías alemana y anglosajona recientes sobre el antifascismo han comenzado a discutir esta idea, y han mostrado la fuerte tensión existente entre el uso instrumental de la memoria y los ritos del antifascismo que tendían a presentar a los antifascistas de ayer como un grupo monolítico-, y la memoria personal de aquellos brigadistas, pudiendo distinguir claramente entre relatos independientes y narraciones oficiales. Estas últimas vinculadas generalmente a aquellos que luego de la experiencia española lograron hacer carrera en las filas del partido⁴.

El lugar ocupado por el antifascismo según la experiencia de las naciones impactadas o no por el fascismo durante el período de entreguerras, y el peso “moral” de la misma en la comunidad de historiadores, determinaron una construcción mítica del antifascismo.

Una segunda dificultad reside en la complejidad de las tendencias que se articulan bajo el término de antifascismo. En efecto, en tanto fenómeno de resistencia, el antifascismo supuso una definición del fascismo a menudo contradictoria, confrontó con él y en algunos casos y por razones de diversa índole, siguió el destino de los enemigos políticos que pretendía derrotar, observando en el fascismo capacidades innegables de transformación social. Un ejemplo extremo de esta última alternativa lo representa el caso de Mario Bergamo, ex-líder del Partido republicano italiano, quien desde el exilio parisino a mediados de la década de 1930, propuso una lectura elogiosa del componente “emancipatorio” del mussolinismo. La crítica interna al movimiento antifascista italiano en el exilio —que era una crítica a la esterilidad política de la *Concentrazione antifascista*

como reedición del *Aventino*⁵ - dio paso en él a un intento de intervención en el debate interno del fascismo, facilitado por las conexiones de preguerra con el *Duce* y por el uso instrumental que el propio Mussolini hizo de las tensiones que, a partir de Bergamo, el campo antifascista italiano en el exilio evidenciaba.

Inicialmente, el ex-republicano participó en modo beligerante en el núcleo del *fuoriuscitismo* parisino, pero a partir de 1933 comienza a concebir el antifascismo fundamentalmente como respuesta a una dictadura que olvidaba sus intenciones originales de transformación social en clave revolucionaria, y en este sentido fue portavoz de sí mismo hasta su expulsión de los grupos antifascistas, cayendo en la soledad política⁶. Si Bergamo puede aparecer como un caso extremo —el otro podría expresarse en el itinerario de Angelo Tasca, miembro fundador del Partido comunista italiano que finalmente se convierte en personal político del régimen de Vichy, luego de un paso más o menos exitoso por la S.F.I.O.-⁷, el mismo da cuenta de la variabilidad de experiencias que se disimulan bajo el término antifascismo.

Esta característica del fenómeno ha llevado recientemente a una discusión en la que la noción de “antifascismos” se presenta como una herramienta conceptual más fecunda para dar cuenta de la diversidad de un fenómeno en principio global pero de incitaciones múltiples, actores diversos y temporalidades que exceden la experiencia histórica del fascismo clásico, más allá de que su interés principal resida en el estudio de la definición ideológica de las organizaciones políticas antifascistas (comunistas, socialistas, socialistas liberales, Partito d’Azione, etc.)⁸. Esta interrogación, ha llevado en Francia a un nuevo interés sobre el antifascismo, en parte como respuesta al polémico libro de François Furet sobre la idea comunista en la Europa del siglo XX, en donde el autor plantea básicamente que el fenómeno político del antifascismo fue parte

⁵ En junio de 1924, inmediatamente después del asesinato de Matteotti, gran parte de los diputados de la oposición abandonaron los trabajos parlamentarios en señal de protesta. La crítica de Bergamo a la *Concentrazione* se fundaba en la defensa que esta institución hacía del sistema político prefascista, basado en el parlamentarismo.

⁶ Cf. Bruno Tobia, “I novissimi annunci’ di Mario Bergamo. Dall’antifascismo critico alla critica del fascismo”, en del mismo autor, *Scrivere contro. Ortodossi ed eretici nella stampa antifascista dell’esilio, 1926-1934*, Roma, Bulzoni editore, 1993, pp. 203 y ss.

⁷ Cf. Jean-Pierre Azéma, “Le régime de Vichy”, en Jean-Pierre Azéma et François Bédarida (dirs.), *La France des années noires*, t. I, “De la défaite à Vichy”, Paris, Éditions du Seuil, 1993, p. 165.

⁸ Bruno Groppo, “La spécificité de l’ antifascisme de Carlo Rosselli dans le contexte de l’ antifascisme européen”, *Materiaux pour l’ histoire de notre temps*, n° 57, Nanterre, Association des Amis de la BDIC et du Musée, janvier-mars 2000, pp. 29 y ss.

³ Jacques Droz, *Histoire de l’antifascisme en Europe, 1923-1939*, Paris, Éditions La Découverte, 1985, pp. 8 y ss.

⁴ Cfr. Josie McLelan, *Antifascism and Memory in East Germany: Remembering the International Brigades, 1945-1989*, New York, Oxford University Press, 2004, *passim*; Michael Uhl, *Mythos Spanien: Das Erbe der Internationalen Brigaden in der DDR*, Bonn, Dietz, 2004, *passim*, y Arnold Krammer, “The cult of the Spanish Civil War in the east Germany”, *Journal of Contemporary History*, Vol. 39, No. 4, 2004, pp. 531 y ss.

Pasolini. “El antifascismo como problema: perspectivas historiográficas y miradas locales”, *continuación*.

↳ constitutiva de la estrategia de alianza de clases promovida por el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista, a mediados de 1935, y que respondió casi en exclusividad como un arma de guerra al servicio de Moscú⁹. Más allá de la sutileza argumental del ensayo de Furet (1995), la imagen del proceso que describe resulta en algún sentido orwelliana, en la medida en que la URSS aparece como una exitosa maquinaria de disciplina no sólo interna, sino también externa, a veces con una marcada ingerencia en los temas de política nacional del resto de los países europeos.

Para gran parte de los estudiosos del antifascismo, este libro ha sido visto como un ejemplo representativo de una importante corriente que propone una relectura global de la historia del siglo XX, y en donde el comunismo aparece como el mal mayor del siglo, y el antifascismo como un producto instrumental que en su base se proponía el derrumbe de la democracia liberal. La respuesta ha sido, por un lado, poner en debate la experiencia del antifascismo observando las inevitables relaciones entre antifascismo y comunismo, pero indicando también el peso de las otras experiencias antifascistas que nada tuvieron que ver desde el origen con la política de los partidos comunistas, cuestionando a la vez la idea misma de un sistema comunista mundial, para establecer el principio de la diversidad de los comunismos, desde sus particularidades nacionales y temporales hasta su composición social y cultural interna¹⁰.

Por otra parte, se ha señalado también no sólo la existencia de antifascismos de las diversas izquierdas (socialistas, comunistas, socialistas-liberales), sino otros de matriz católica, como el que se da en el norte italiano a partir de 1943, organizado a partir de la actividad clandestina de los sacerdotes de los pequeños pueblos alpinos, como respuesta al impacto negativo de la República de Saló y sus vínculos con la política alemana en Italia¹¹.

Así todo, en el marco de los estudios sobre el papel de la intelectualidad francesa durante el siglo XX, el antifascismo ha estado presente en importantes trabajos recientes aunque en general como objeto no exclusivo de estudio¹².

III

En alguna medida, esta renovación es menos sensible en Italia, por un lado, porque en su mayoría son los historiadores próximos a los partidos políticos de izquierda quienes han estudiado el papel jugado por sus organizaciones en la resistencia antifascista. Por otra parte, porque los actores del debate se hallan también más allá del campo historiográfico¹³. En este sentido, la historiografía italiana parece ser más rica y abundante que otras sobre el fenómeno antifascista porque el antifascismo está asociado a la

historia política, social y cultural del siglo XX italiano en la clave de una historia nacional, que en términos generales reconoce incluso en la *Resistencia antifascista* el origen de la República italiana de *dopoguerra*, (es decir, el origen de la Constitución y el sistema político de postguerra como una herencia del antifascismo)¹⁴, pero por esa misma razón no deja de escapar a los vaivenes de la puja política y simbólica sobre el pasado nacional entre las actuales fuerzas de “centro destra” y “centro sinistra”; como tampoco a la pervivencia más o menos instrumental de las identidades políticas en pugna durante el período de entreguerra¹⁵.

Para el caso, cabe citar como ejemplo ilustrativo que revisa esta ironía croceana de la eterna contemporaneidad de la historiografía italiana sobre el antifascismo, el reciente libro del autor Leonardo Rapone, *Antifascismo e società italiana* (1926-1940), una puesta al día de la historiografía sobre el antifascismo.

Rapone plantea la necesidad de una profunda renovación conceptual que lleve a considerar a los antifascistas como hombres de su tiempo y no como precursores del destino político futuro de Italia. El problema que intenta exponer es el de los mecanismos por los cuales se vehiculiza la confluencia entre cultura política antifascista y la democracia como sistema de gobierno¹⁶. A mi juicio, lo más interesante de su balance es el modo en que complejiza el problema: para el caso italiano, el antifascismo no puede ser pensado lejos de la experiencia concreta del fascismo y sus períodos de mayor y menor consenso en la población italiana. Es decir, las formas que asume la resistencia antifascista resultan una variante según el grado de beligerancia y consenso de la política fascista.

Otro de los elementos que considera para el caso italiano pero que no es nuevo, es la desigual periodización del fenómeno antifascista según sus manifestaciones nacionales y regionales. Para Jacques Droz, el período 1923-1939 resume una unidad que se inicia con las primeras manifestaciones de resistencia al régimen y

⁹ François Furet, *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XXe. Siècle*. París: Robert Laffont/Calmann-Lévy, 1995.

¹⁰ Michel Dreyfus et al. (Sous la direction de), *Le siècle des communismes*. París, Les Éditions de l'Atelier /Éditions Ouvrières, 2000.

¹¹ Cfr. *Annali della Fondazione Luigi Micheletti*, 1, Brescia, 1985, *passim*.

¹² Pascal Ory, *La belle illusion. Culture et politique sous le signe du Front populaire, 1935-1938*. París: Plon, 1994.

¹³ Ver el debate generado por el estudio del historiador Angelo d'Orsi, *La cultura a Torino tra le due guerre*, Torino, Giulio Einaudi Editore, 2000, donde se muestra al mundo del antifascismo turinés en actitudes hacia el fascismo no siempre consecuentes con la mitología del Partito d'Azione creada *a posteriori*. Cf. “L'azionismo, una storia da non strumentalizzare. D'Orsi: ‘Sbaglia chi lo sacralizza, ma anche chi ne amplifica i peccati per demolire l'antifascismo’”, *Corriere della Sera*, giovedì 25 Maggio 2000, p. 23.

¹⁴ Sandro Guerrieri, “Le idee costituzionali del P.C.F. e del PCI all'indomani della Liberazione”, *Studi Storici* 3, luglio-settembre 95 anno 36, *passim*.

¹⁵ “[...] Ancora oggi, a tanti anni dai fatti, e nonostante che i protagonisti siano morti o talmente vecchi da avere altri pensieri, ogni volta che si pronuncia la parola ‘antifascismo’, quasi per incanto l'uditorio si divide in due fazioni pronte a litigare ... Una serata fra amici, se la conversazione langue, c'è un solo modo per animarla: buttare lì la parolina magica ‘antifascismo’”. Vittorio Feltri, “La religione antifascista”, en Furio Colombo e Vittorio Feltri, *Fascismo, antifascismo*, Milano, Rizzoli, 1994, p. 64.

¹⁶ Leonardo Rapone, *Antifascismo e società italiana* (1926-1940), Milano, Edizioni Unicopli, 1999, pp.7-34.

Pasolini. “El antifascismo como problema: perspectivas historiográficas y miradas locales”, *continuación*.

↪ se cierra con ese “*drame de conscience*” que significó el Pacto Germano-Soviético, el que de algún modo descolocó de la alianza a los Partidos comunistas europeos¹⁷. Rapone incluye una periodización que distingue un momento de antifascismo afectivo, de oposición al régimen pero no organizado, de otro convertido en fuerza política a partir de los sucesos del 8 de septiembre de 1943.

En términos generales, los interlocutores de la propuesta de Rapone son básicamente las tradiciones intelectuales del socialismo y del comunismo italianos. En su libro sobrevuela el fantasma de Renzo De Felice, a quien el autor reconoce el carácter innovador de sus estudios sobre el fascismo pese a que polemiza fuertemente con sus interpretaciones –sobre todo, las referidas al modo en que De Felice problematiza la dimensión del consenso de gran parte de la población italiana respecto del régimen.

En algún sentido, el *corpus* historiográfico seleccionado por Rapone, lo lleva a dejar de lado aquella literatura histórica sin duda más reciente y monográfica, referida a otras expresiones del antifascismo italiano, como el de los exiliados en Francia o en los países americanos, y esto se debe a una imagen devaluada de esa experiencia antifascista respecto del fenómeno de la oposición interna, de la lucha clandestina y de su inserción en la realidad social italiana, ya presente en la historiografía comunista¹⁸. La novedad de Rapone reside más en su perspectiva metodológica que en el nivel interpretativo y el recorte del proceso. Para él, el estudio del antifascismo como fenómeno de oposición al régimen fascista debe considerar, en principio, que las formas de la protesta están condicionadas en gran parte por el carácter que asume el régimen político imperante, es decir, por el grado de represión y por las formas en que ésta se canaliza en un estado que se ha vuelto dictatorial. Así, para el autor, si el estudio del antifascismo quiere profundizar en el conocimiento de la sociedad italiana, no debería ser visto como un cuerpo separado, como una *altra Italia* (tópico fundamental del exilio italiano), sino que debería ser colocado en el flujo de los procesos sociales y de las corrientes ideológicas que atraviesan el país: dentro de este ámbito y de la comparación con las formas ambiguas y parciales de resistencia a la acción fascista debe emerger su peculiaridad.

Las diversas fuentes de inspiración y el origen a veces afectivo y otras organizacional del antifascismo italiano es el problema que aborda un reciente artículo de Leonardo Casalino, para mostrar un itinerario en el que se observa la geografía ideológica que condujo paulatinamente al descubrimiento del ideal democrático en las fuerzas opositoras al fascismo, y que una vez derrotado el régimen mussoliniano otorgará al sistema político naciente

su legitimidad fundacional. Casalino observa el recorrido político de ciertas personalidades inicialmente antifascistas; estudia ambientes culturales urbanos diferentes (París, Turín, Cúneo) y analiza los casos de reconversión del fascismo hacia la resistencia, para mostrar la complejidad del fenómeno antifascista italiano, como así también la difícil tarea de fundar un régimen democrático en general ajeno a los ideales de las tradiciones ideológicas que definieron la lucha entre fascistas y antifascistas¹⁹.

Finalmente, respecto de la constitución de organizaciones y asociaciones antifascistas en el exilio, se pueden identificar dos líneas de investigación no necesariamente excluyentes. Una de ellas se relaciona más con problemas de historia política, en la medida en que se preocupa por el impacto y el desarrollo de las organizaciones políticas y de resistencia en el exilio, intentando mostrar no sólo sus componentes identitarios, sus estrategias y sus acciones específicas, sino también sus vínculos con los aliados y los estados locales en los países de recepción (Francia, Argentina, Brasil y EEUU, particularmente), que permitieron o limitaron las acciones del antifascismo italiano. En este sentido, algunos de los trabajos de Antonio Bechelloni y los integrantes del *Centre d'études et de documentation sur l'emigration italienne en France* (C.E.D.E.I.)²⁰, son indicativos de esta perspectiva. En la historiografía argentina, y producto de las vinculaciones con centros académicos franceses, este enfoque se verifica en los numerosos trabajos de María Victoria Grillo sobre la prensa antifascista italiana en Buenos Aires²¹. En este sentido, Grillo ha observado, por un lado, un peso muy importante de esta prensa en tanto organizadora de una política amplia de alianzas del antifascismo italiano en Argentina y, por otro lado, una cierta fecundidad entre la relación del antifascismo italiano con políticos locales de tradición liberal y socialista. En este sentido, un trabajo de Pasolini ha abordado el problema de la relación entre la prensa del comunismo italiano en Argentina y el antifascismo de los peninsulares a

¹⁹ Leonardo Casalino, “Historia y geografía de una cultura política. Un recorrido posible: Turín, París, Cúneo, 1922-1945”, *Anuario IEHS*, 19, Tandil, Universidad Nacional del Centro, 2004.

²⁰ Cf. Antonio Bechelloni (a cura di), *Carlo e Nello Rosselli e l'antifascismo europeo*, Milano, Centro Studi Piero Gobetti-Franco Angeli Editore, 2001, *passim*.

²¹ María Victoria Grillo, “L'antifascisme dans la presse italienne en Argentine: le cas du journal L'Italia del Popolo (1922-1925)”, en Fernando Devoto et Pilar González Bernaldo, *Emigration politique. Une perspective comparative. Espagnols et italiens en France et en Argentine, XIXe-XXe siècles*, Paris, l'Université Paris 7 Denis Diderot – CEMLA – L'Harmattan, 2001, y María Victoria Grillo, « Alternativas posibles de la organización del antifascismo italiano en Argentina : La Alianza Antifascista Italiana y el peso del periodismo a través de 'L'Italia del Popolo', 1925-1928”, *Anuario IEHS*, 19, *op. cit.*

¹⁷ J. Droz, *op. cit.*

¹⁸ El dirigente del PCI, Giorgio Amendola (1907-1980) ha visto en el exilio antifascista no comunista en Francia un constante estado de confusión a partir de la pugna entre los diferentes grupos de emigrados, pues tanto el Partido socialista massimalista, el Partido socialista unitario, la Concentrazione antifascista, habían reconstituido sus dirigencias en el exilio. La crítica de los comunistas al menos hasta 1929 era que no podían comprender la realidad italiana una vez instalado el régimen, no sólo porque no tenían –como sí los comunistas– una injerencia en Italia, sino porque en sus esquemas de evaluación de la realidad italiana, todavía seguían confiando en el sector liberal de la burguesía, un sector que se había asociado al régimen. Cf. Giorgio Amendola, *Intervista sull'antifascismo* (a cura di Piero Melograni), Roma-Bari, Edizione Laterza, 1994, (1ra. Ed. 1976), pp. 67-69.

Pasolini. “El antifascismo como problema: perspectivas historiográficas y miradas locales”, *continuación*.

↳ partir del órgano *L'Ordine Nuovo*, para tratar de establecer hasta qué punto la identidad de clase se oponía en el seno de la lucha antifascista a la dimensión étnica²².

La segunda línea de investigación que enfoca el problema entre italianidad y antifascismo, se relaciona más con una historia de la inmigración italiana en su dimensión social. El propósito fundamental aquí es tratar de determinar en qué medida la adhesión o no de la población italiana inmigrante a la política del antifascismo italiano en el exilio, fue un elemento sustantivo en el proceso de integración de esos italianos en la sociedad receptora. La tesis que dominaba estos estudios proponía que el ingreso en las organizaciones del antifascismo tendía a retrasar o al menos limitar el ingreso en la sociedad receptora, por lo menos para el caso francés. Partiendo de una fuerte categorización entre emigrante por causas económicas y emigrante por razones políticas (exiliados), los trabajos recientes se han enfocado en el estudio de los itinerarios personales, la construcción de biografías de los emigrantes y exiliados, para observar la complejidad de este fenómeno, mostrando que muchos de los exiliados luego de un tiempo se convertían en emigrantes por causas económicas, mientras que por el contrario, emigrantes “económicos” sin experiencia política previa descubrían o desarrollaban una identidad política antifascista a partir de su participación en organizaciones de resistencia²³.

IV

Nuevos interrogantes y miradas han sido propuestos en un libro relativamente reciente compilado por Serge Wolikow y Annie Bleton-Ruget, sobre la relación entre antifascismo y nación durante la experiencia del Frente Popular²⁴. La perspectiva que domina el libro podría definirse como la construcción calidoscópica de un objeto de estudio, el antifascismo, y en este sentido, no sólo se observa una ampliación del campo histórico hacia otras dimensiones institucionales de la experiencia antifascista, -el papel de la diplomacia soviética en la Guerra de España; las organizaciones internacionales de cooperación intelectual; las brigadas internacionales como “patriotismo” de los voluntarios; el socialismo y los frentes populares, el papel de la Federación de los PEN Clubs, etc.- sino también el peso del enfoque comparativo, que pareciera definir la sensibilidad historiográfica dominante en estos estudios²⁵.

¿Cómo concebir, entonces, el antifascismo dado este carácter tan amplio y diverso del fenómeno? El antifascismo entendido como un conjunto de experiencias culturales y políticas que

²² Ricardo Pasolini, “Immigrazione italiana, comunismo e antifascismo nell’entre-deux-guerre argentino: l’Ordine Nuovo, 1925-1927”, *Archivio Storico dell’emigrazione Italiana* (ASEI), Verona, diciembre 2008 (en prensa).

²³ Antonio Bechelloni, « Au croisement des parcours migratoires et des engagements militants : antifascistes italiens en France entre le Front populaire et la Libération », en Fernando Devoto, *op. cit.*

²⁴ Serge Wolikow et Annie Bleton-Ruget (sous la direction de), *Antifascisme et nation. Les gauches européennes au temps du Front populaire*, Université de Bourgogne, Editions Universitaires de Dijon, 1998, *passim*.

²⁵ Para un trabajo que sigue estas incitaciones, cf. Ricardo Pasolini, “La internacional del espíritu. La cultura antifascista y las redes de solidaridad intelectual en la Argentina de los años ‘30”, en García Sebastiani, Marcela (ed.), *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955)*, Madrid / Frankfurt, Ed. Iberoamericana-Vervuert, 2006.

movilizaron y constituyeron unas *sensibilidades ideológicas* particulares, pudo constituirse en una potente fuerza de resistencia –en algunos casos en el interior mismo de los países con regímenes fascistas- que alcanzó diversas expresiones organizativas apelando a una solidaridad internacional de nuevo orden respecto del antiguo internacionalismo obrero, cuyo ejemplo más espectacular lo expresan las *Brigadas Internacionales* en España y los movimientos intelectuales de organización supranacional. Pero en otra dimensión, estas experiencias se tradujeron en la *mise en scène* de los problemas de política interna de los países afectados, en la medida en que la amenaza de un fascismo real o imaginado, interpeló a las tradiciones políticas preexistentes sobre su proyección de futuro.

Para el caso argentino cabría preguntarse hasta qué punto el fenómeno antifascista en tanto actualización de una tradición liberal “à la carte” pervive como manifestación residual pero pasible de ser aprehendida operativamente, más allá de su instancia organizativa inicial a mediados de la década de 1930, en la medida en que el antifascismo como sensibilidad ideológica parece un tópico recurrente en la opinión pública opositora al fenómeno peronista, y es un elemento discursivo muy potente en el derrocamiento del gobierno de Perón en 1955.

V

A partir de un cambio de perspectiva en la historiografía política reciente –producto de nuevos diálogos intelectuales y vínculos académicos con centros de investigación europeos y norteamericanos-, se ha extendido la mirada hacia otros objetos de estudio que refieren menos a las dimensiones propiamente políticas de las organizaciones y más a los aspectos culturales de las mismas. De allí que nociones como sensibilidad, cultura e identidad políticas hayan recobrado una fuerte presencia en las argumentaciones y aparatos conceptuales de los trabajos históricos²⁶. De este modo, una serie de estudios recientes han “descubierto” algunos problemas vinculados con el antifascismo en sentido estricto, y/o con la relación entre antifascismo y peronismo, y entre antifascismo y antiperonismo, abordando una serie de objetos específicos seleccionados desde una concepción culturalista de la política.

Sin duda, también ha influenciado estas

²⁶ Jean-François Sirinelli, *Histoire des droites en France*, t.II, Paris, Gallimard, 1992, *passim*, y del mismo autor “Pour une histoire des cultures politiques: le référent républicain”, en Daniel Cefai (Sous la direction de), *Cultures politiques*, Paris, Press Universitaires de France, 2001, pp. 157 y ss.

Pasolini. “El antifascismo como problema: perspectivas historiográficas y miradas locales”, *continuación*.

↳ perspectivas la interrogación que la historiografía local dirigió desde mediados de los años '80 hacia el período de entreguerras -observando en él gran parte constitutiva de las tendencias futuras de la política argentina del siglo XX- y la sistematización y posibilidad de acceso a archivos que contienen la documentación sobre las izquierdas en Argentina, como lo demuestra -entre otros elementos- la reciente y feliz publicación *El antifascismo argentino*, a cargo de Andrés Bisso y el CeDInCI, con más de 600 páginas de documentos originales del antifascismo en nuestro país²⁷.

Así, este libro no hace más que empezar a circunscribir un campo de investigación que ya había comenzado a conformarse a partir de trabajos monográficos. Tal es el caso del libro inicial de Andrés Bisso sobre la entidad antifascista *Acción Argentina* en tanto precursora del antiperonismo²⁸, el artículo de Jorge Nállim sobre las publicaciones *Antinazi* y *Argentina Libre*, ejemplos del antiperonismo intelectual entre 1940 y 1946²⁹, y el de Ricardo Pasolini, sobre la agrupación comunista A.I.A.P.E. y la red que se constituye a partir de ella, entre 1935 y 1955, en el que intenta establecer, por un lado, el peso de la matriz liberal en el componente identitario de la intelectualidad comunista argentina a partir de los años '30, a la vez que mostrar la fuerte temporalidad de unos tópicos sobre política y cultura que se habían constituido en los años del antifascismo y que tendrán una fuerte connotación en el *Congreso Argentino de la Cultura*, durante los tiempos peronistas³⁰.

La relación entre antifascismo y comunismo ha sido abordada por este autor en *La utopía de Prometeo*, un libro que recorre desde la perspectiva de una biografía contextual, el problema del peso de la tradición liberal en el comunismo argentino, y el lugar del antifascismo en la identidad política comunista desde la dimensión microanalítica³¹.

Sobre la A.I.A.P.E., también pueden citarse un artículo inicial de James Cane (1997), en que se arriban a conclusiones similares aunque con una periodización enfocada en la supervivencia de la entidad (1935-1943)³², y otro de Adrián Celentano, en el que se indica el importante papel jugado por la A.I.A.P.E. en la constitución de una red de intelectuales antifascistas sudamericanos³³.

En los dos primeros trabajos es visible un recorte temporal y un conjunto de problemas que asocia antifascismo y problemática nacional con una respuesta de un sector de la política local tanto a la situación interna -los primeros años '40-, como a la creada

por el nazismo y sobre todo la guerra mundial.

En síntesis, más allá de los trabajos aquí citados, es visible que el *quantum* de la producción no permite aún hablar para el caso local de una historiografía del antifascismo, del mismo modo que tampoco pareciera haber acuerdos sobre problemas tales como la periodización del fenómeno y sobre el peso histórico de los actores políticos o ideológicos elegidos en los estudios. Para algunos trabajos, la clave pareciera tratar de responder a partir del antifascismo a la pregunta sobre el origen del antiperonismo. En este sentido, es posible que las nociones antifascistas trasladaran su significación hasta acotarlas en la clave del antiperonismo, en un contexto en que el fascismo era derrotado en el plano internacional³⁴. (Se recordará que fue muy común en la época inicial del peronismo, la recurrencia a la metáfora del “nuevo” Eje Madrid-Buenos Aires). Quizás en esta traslación del significado se encuentre parte de las razones del olvido historiográfico del que hablé inicialmente³⁵.

Para otros trabajos, el antifascismo aparece como una entidad histórica no deudora de un proceso mayor, pues la presencia del fenómeno antifascista en Argentina es muy anterior: no sólo está presente en las organizaciones italianas desde mediados de la década de 1920, sino que a partir de 1933 se convierte en un tema central de la oposición política al gobierno de Justo hasta alcanzar en 1936 un momento de gran efervescencia, en la medida en que la lucha fascismo-antifascismo informa gran parte de los tópicos de la política local.

Así todo, en ambas tendencias se verifica la elección de las dimensiones intelectuales del antifascismo y un menor interés por el antifascismo partidario, aunque las perspectivas de análisis coincidan en sus miradas culturalistas del fenómeno....

²⁷ Andrés Bisso et al, *El antifascismo argentino*. Buenos Aires, CeDInCI Editores-Buenos Libros, 2007..

²⁸ Andrés Bisso, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*, Buenos Aires, Prometeo, 2005.

²⁹ Jorge Nállim “Del antifascismo al antiperonismo: Argentina Libre, Antinazi y el surgimiento del antiperonismo político e intelectual”, en Marcela García Sebastiani, *op. cit.*

³⁰ Ricardo Pasolini, “El nacimiento de una sensibilidad política. Cultura antifascista, comunismo y nación en la Argentina: de la A.I.A.P.E. al Congreso Argentino de la Cultura, 1935-1955”, en *Revista Desarrollo Económico* (IDES), n° 179, oct-dic 2005.

³¹ Ricardo Pasolini, *La utopía de Prometeo: Juan Antonio Salceda, del antifascismo al comunismo*, Tandil, Consejo Editorial de la UNCPBA, 2006, *passim*.

³² James Cane, “‘Unity for the Defense of Culture’: The A.I.A.P.E. and the Cultural Politics of Argentine Antifascism, 1935-1943”, *Hispanic American Historical Review*, 77:3, Duke University Press, 1997, pp. 443-482.

³³ Adrián Celentano, “Ideas e intelectuales en la formación de una red sudamericana antifascista”, *Literatura y Lingüística*, n° 17, Santiago, 2006, *passim*.

³⁴ La idea del peronismo como la de un fascismo que no pudo ser en parte por ese cambio de contexto internacional, está presente en Tulio Halperín Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 37 y ss.

³⁵ Sobre este punto resulta muy interesante la experiencia de “El Patriota”, la publicación dirigida por Álvaro Yunque desde abril de 1945, animada en el clima post golpe de 1943, y en la que se inicia un llamado a la “Unión Nacional Antifascista” en clave comunista, ante la inminente derrota del Eje y la deriva cada vez más corporativa que asumía la política nacional.

La invención del peronismo y el nuevo consenso historiográfico. Conversación en torno de *El día que se inventó el peronismo*, de Mariano Plotkin.

Por Omar Acha (CONICET-UBA) y Nicolás Quiroga (UNMdP)

Mariano Plotkin propone en un breve volumen publicado en la colección de alta divulgación, *Nudos de la Historia Argentina*, un conjunto de conceptos sobre la génesis del peronismo. Sus argumentos poseen una considerable aceptación por parte de la comunidad historiográfica.

El día que se inventó el peronismo aborda una pregunta: ¿cómo entender el 17 de octubre? Y a partir de ella narra los acontecimientos e interpretaciones más importantes en torno a esa fecha. El relato gana en intensidad a medida que arribamos a las estaciones que llevaron hacia la manifestación popular de octubre de 1945. Plotkin sigue la "construcción" peronista del 17, esto es, revisa cómo "un episodio múltiple y complejo se convierte en un hecho único". El autor retoma en buena medida una de las tesis desarrolladas en su libro *Mañana es San Perón* (2007a): la consolidación de una tradición monolítica en torno a esa fecha de alto valor simbólico en aras de "poner a Perón en el centro de los acontecimientos". Explica cómo, a través de diversas estrategias, el Estado peronista "domesticó" las distintas versiones que circularon sobre el 17 en los primeros años de la primera presidencia de Perón, convirtiendo sus celebraciones periódicas en *rituales de refuerzo*.

NQ. Hay que notar que esa pregunta, ¿cómo entender el 17 de octubre?, que Mariano Plotkin consideró fundacional de lo que el denominó la "visión patológica" en los estudios sobre el primer peronismo (esto es, preguntarse sobre los orígenes del peronismo supondría su condición extra-ordinaria), vuelve otra vez a escena y ahora traída por el propio Plotkin. Incluso podríamos suponer, exagerando un poco, que esa pregunta es como una especie de *corazón delator* de los estudios sobre el primer peronismo. Esa constante puede leerse también en la recepción de los trabajos previos de Plotkin –textos que retoma *El día que se inventó el peronismo*–. Se me ocurre algo para leer esos quince años entre *Mañana es San Perón* y este libro.

César Aira en *Las tres fechas* precisa un "método" para acercarse a la obra de Denton Welch, un modo de historizar los textos de ese escritor del siglo XIX; un método que es, para Aira, uno propio de los lectores. Este consiste en pensar en tres fechas: la de la escritura, la de la publicación y la de los sucesos que cuenta el texto a pensar. El propio Aira se encarga de corregir esa fórmula frente a otros textos, otros autores, otros géneros. Por ejemplo, ante *Flatland* de Abbott, un texto precámbrico de divulgación. En ese caso, dice Aira, hay también un juego de fechas en tanto el objetivo del género es "cerrar o disminuir la brecha entre el presente de los desarrollos últimos de la ciencia y el atraso en que se presupone al público lego". El ejercicio airano podría servirnos también a nosotros para ensayar un modo de lectura del libro de Plotkin. Y he aquí una particularidad de ese modo de leerlo: hay entre la fecha de escritura de este texto y la de su publicación una cantidad de años. ¿Son los "desarrollos últimos" historiográficos los que se cuentan entonces en *El día que se inventó el peronismo*? Es evidente que no: más de una década de historiografía sobre peronismo ha modificado el estado del área. En esto al menos coinciden todos

quienes ponen en consideración los aportes a medida en que estos surgen. Sin embargo, *Mañana es San Perón*, en algún sentido, ha sido poco discutido (Plotkin se sorprende en el "Prólogo a la segunda edición" de que aún hoy surjan algunas –pocas– voces que lo evoquen para discutirlo). Ese texto forma parte del sentido común historiográfico. Es una referencia insistente en los trabajos académicos, en especial en artículos y ponencias (y tal vez sea esa una razón para que determinados trabajos sobre el primer peronismo hayan sido reeditados en los últimos años sólo con pequeñas modificaciones). Ese lugar que ocupa *Mañana es San Perón* en los aparatos críticos habilita, creo, una doble lectura de *El día que se inventó el peronismo*. Por un lado, la que remarca el acierto profesional de escribir una narración que prescinde de balbuceos y ambages, que no tropieza con los potenciales, las comillas y los circunstanciales de duda que se siembran en las exploraciones, en las *avanzadas*. Y por el otro, la que señala la inquietante estagnación que propone la publicación de *El día que se inventó el peronismo* al recuperar de la masa de textos dedicada a cuestiones relacionadas con el libro (siempre en torno al primer peronismo) no más de tres o cuatro trabajos publicados con posterioridad a *Mañana es San Perón*. Hay un fuerte criterio de selección bibliográfica que no se explica sólo por la primera lectura



↳ que propongo. Lo que excluye la lista de materiales sugeridos en las últimas páginas de *El día que se inventó el peronismo* no se explica a partir del estatus condicional, de la “inestabilidad” de los aportes en torno a las representaciones alrededor del 17 de octubre escritos en el último quinquenio, sino porque esa lista no es discutida por el lector académico. Y si el sentido común historiográfico trabaja con una serie de preguntas que se estabilizan en lo producido en el área hacia mediados de los noventa, ¿no hay algo de extraño en que algunas de las líneas de investigación propuestas en el mismo *Mañana es San Perón* no hayan sido desarrolladas intensivamente? Pienso en los estudios sobre la prensa peronista, sobre la recepción de los bienes que la maquinaria de propaganda del régimen se encargó de producir, aspectos sobre los cuales *Mañana es San Perón* reclamaba en voz alta un control, una profundización, un conocimiento, en fin, de los materiales con los que tempranamente trabajó.

OA. Bueno, pero el prólogo a la reedición de ese volumen en 2007 confirma la creencia del autor sobre la validez de su interpretación del primer peronismo. La postura es defendible en base a dos rasgos de la investigación prevalecientes en el campo historiográfico: la superficialidad de la historia sociocultural del primer peronismo y la compatibilidad con un modelo ejemplar impuesto posteriormente.

El primer rasgo refiere la dificultad para avanzar con mayor profundidad sobre la vía ciega de *Mañana es San Perón*, que como se ha dicho reiteradamente y reconoce el autor, es la *recepción* de los discursos y dispositivos propagandísticos peronistas, pero principalmente –esto se ha dicho menos– sobre la autoactividad de las “masas peronistas” aún después de 1946 y todavía después de 1949. Una historia que sea a la vez “desde arriba” y “desde abajo” sigue siendo un capítulo no escrito del primer peronismo, y es inseguro que esa narración deje incólume la imagen de los mecanismos del “consenso”. Mientras no se ofrezca ese saber, insuficiente en el excelente trabajo de Daniel James, Plotkin podrá decir sin equivocarse que su método es defendible como uno entre otros. Habrá que ver si sobrevive, en cambio, a una historia realmente compleja del peronismo.

El segundo rasgo historiográfico es la coexistencia pacífica con la estructura narrativa propuesta por Juan Carlos Torre y Elisa Pastoriza (2002) en un artículo de alta divulgación que se ha convertido, con justos méritos, en el hilo conductor de las más respetadas de las lecturas recientes del peronismo (dejemos de lado el análisis *à la Bourdieu* que esto habilita). En la actualización de la bibliografía de *Mañana es San Perón*, Plotkin demuestra una precisa comprensión del hecho. Allí se observa un recorte quirúrgico de toda lectura incompatible con su perspectiva, como notaste, pero donde ese bisturí sutil deja indemne a la estela bibliográfica abierta por el artículo de Torre y Pastoriza.

¿Cuál es la estructura conceptual que enhebra la interpretación académica del primer peronismo, que propongo denominar el nuevo consenso? Ella establece una continuidad con los años treinta, sobre todo, en la intervención estatal en lo social y lo económico. La migración interna es un tema importante, aunque despojado de la teoría de la modernización germaniana. El gran problema que encuentra el momento de gestación del

peronismo sería la inclusión social y política de los contingentes populares (viejos y nuevos). Así las cosas, la tarea del Estado peronista realiza con eficacia el reconocimiento de la clase obrera, permite una ampliación del consumo y posibilita su organización como actor social. Sin embargo, las contrariedades entre ese programa y la construcción populista del poder introducen obstáculos internos. Por ejemplo, dificultando la concreción de obras públicas debido a la ingerencia de la Fundación Eva Perón. Pero la inclusión peronista también suscita reacciones adversas de las clases y sectores que reciben mal el lugar que se asigna al “pueblo”. Este es el momento problemático, que emerge en la lectura de Torre y Pastoriza, y que con algunos matices se reitera en la bibliografía que suscita. Es lo que sucede con los muy buenos estudios de Aboy (2005), Ballent (2005) y Cosse (2006).

NQ. Sin embargo, ese registro que aparece con fuerza en el texto de Torre y Pastoriza, esa línea poco explorada, no se prolonga en *El día que se inventó el peronismo*.

OA. En efecto, desde el punto de vista del nuevo consenso el peronismo constituye una etapa de integración social y política de las clases populares, que encuentra trabado su desarrollo por problemas internos y por resistencias (sobre todo externas) ante la reforma peronista. Se afirma que la cultura popular peronista era menos rupturista de lo que las interpretaciones peronistas suponen. El proceso de reconocimiento estatal vertido en discurso, derechos y redistribución, no lograrían un cauce propio sino que serían matizados por la cultura del ascenso propio de las clases medias. El problema es que las clases medias reaccionan ante la “invasión”. Es en este punto que la interpretación de Plotkin, quizás menos sofisticada, puede coexistir con la nueva producción, aunque no en la explicación del proceso global. Lo común a ambas perspectivas es la ausencia de una investigación sobre esa cultura popular sobre la que se postulan enunciados históricos. Creo que la excepción es Aboy. Una discusión posible es si la pesquisa por hacer permitiría leer de otro modo el proceso de integración y las fuertes conmociones que acompañaron a la primera década peronista.

NQ. Leer una conmoción. Grandes y muy buenas líneas de investigación estaban sugeridas para ese objetivo en *Mañana es San Perón*, pero los usos de ese libro en los aparatos críticos de los últimos quince años han sido más bien férreos: se lo pondera a raíz de sus argumentos sobre los intentos de construir una religión laica, más que por sus anclajes antropológicos, su mirada sobre aspectos

Omar Acha-Nicolás Quiroga. “La invención del peronismo y el nuevo consenso historiográfico...”, *continuación*.

↪ por entonces no considerados, etc. Y eso tal vez porque hay un zócalo común entre *Mañana es San Perón* y los modos actuales de responder a la pregunta sobre cómo entender el 17. En ese sentido, la postulación del 17 de octubre como hecho histórico y como mito es, tal vez, una de las más graves aseveraciones que puede formularse para el análisis del primer peronismo en particular y del peronismo en general. Apenas conocemos algunas implicancias de esa disyuntiva basal que nos presenta la sentencia. Las podemos leer. Aceptar ese *dictum* exige una toma de posición. (Esto puede seguirse en algunos dichos de Horacio González, por ejemplo. Fijate en los debates en los que interviene donde hay interrogación sobre la tradición peronista y su lugar en los acontecimientos de actualidad, o en algunos textos donde piensa la estética de Daniel Santoro y la de Favio: González toma partido por el mito.) Plotkin postula una razón para el trabajo del historiador, que propone básicamente devolver al mito su naturaleza histórica. Esa razón *restitutiva* para la disciplina se lleva muy bien con otro argumento acerca de la honestidad del hacer historiográfico. Dice Plotkin que el historiador honesto (está leyendo a Félix Luna, *El 45*) somete sus furias (y eso recuerda al Ulises de *Dialéctica del Iluminismo* que actualmente José Pablo Feinmann divulga por el canal Encuentro). Esa razón, sin embargo, en su ataque a la naturaleza ahistórica del mito, a la fortificada reproducción del mismo, se carga de sentidos políticos de la hora. El sistema de *las tres fechas* de César Aira nos asiste una vez más para poner en un contexto de lecturas a *El día que se inventó el peronismo*: Plotkin, Luna, González, Feinmann, Santoro, como avatares de una razón más sutil y vivaz. No creo que *El día que se inventó el peronismo* se embeba de sentidos hormados en las arenas de lo político por causas exógenas; el libro de Plotkin no padece la época en que es publicado sino que participa en ella. Y esa toma de posición es, consecuentemente, honesta. En *El día que se inventó el peronismo* el 17 de octubre es un mito, la libertad no (la Marcha de la Constitución y la Libertad, dice Plotkin, “sin forzar demasiado los términos” pudo reclamar el carácter de “pueblo”, pero esa invocación a nuestro sentido común no es importante frente al dato cierto de que en efecto así fue postulada por sus concurrentes; si aparece allí es precisamente porque esas rápidas matemáticas nos permiten “sobrevolar” las pasiones de los contemporáneos). La distancia entre el hecho histórico y el mito es, precisamente, el territorio arrancado a la libertad. Por eso buena parte del libro está dedicada a analizar cómo el hecho histórico, complejo, deviene mito. El análisis, sin embargo, nos cuenta menos de los lenguajes políticos de la época que de la astucia del líder por construir un consenso para el régimen. Por momentos el trabajo sobre las fuentes se convierte en una denuncia, en un ejercicio de guerrilla semiológica. El carácter “construido” del carisma, que Plotkin subraya, de a ratos parece pergeñado más que resultado de las tremendas fuerzas que se ponen en juego en sus apariciones: hay una voluntad entre las masas que produjeron un 17 y, distantes, los sentidos de otros 17s promovidos desde el estado. Hacia 1948, dice Plotkin, el 17 de octubre era una cosa de Perón, “pertenecía definitivamente a Perón” (aún con espontáneas excepciones, la liturgia giraba alrededor de su preponderante rol en los sucesos). Y en este punto la noción de complejidad se hace difícil.

OA. Es cierto que la complejidad de que habla Plotkin es una multiplicidad causal, por ejemplo, para explicar la parte de la CGT en la gestación de la movilización, la parte de autoactividad popular, la parte de Cipriano Reyes, la parte de la abstención de la policía, la parte de la duda del General Ávalos en reprimir. En otras palabras, es una complejidad –de *complexus*, “tejido junto”– que no pone en vilo las facultades cognitivas, ni amenaza con un desacople entre el entendimiento y el objeto. Acordate que Freud también hablaba de desentramar la “complejidad” del sueño, aunque tenía la prudencia de aceptar que había un “ombligo” indescifrable. En lacanés, se diría que lo crucial no reside justamente en algo que está presente en la superficie del hecho histórico, llamémoslo la contundencia del evento. Pero es sobre esa opacidad justamente sobre lo que versa la multiplicidad de lo real (por ejemplo, una movilización multitudinaria que, a pesar de que se pueda debatir su “número”, sostiene incluso si la plaza estaba al tercio de su capacidad, la sensación de que “todo lo sólido se desvanece en el aire”). Frente a eso, Plotkin cumple un deber profesional. Sigue “las reglas del oficio”. Y también lo hacen a su modo, diferente, González y Santoro, que se mueven en otro plano de enunciación, y que fácilmente reprocharían a la historiografía perder de vista lo más importante, a saber, la densidad de la vida colectiva que el peronismo potenció, y de la cual es tanto autor como producto. Yo psicoanalizaría el título de Plotkin para construir la tensión entre “el día en que se inventó el peronismo” y “el día que el peronismo se inventó”, como razón estatal, para edificar un consenso. Justamente, la historia del peronismo muestra que esa tensión carece de simplicidad. Otra vez oteando el horizonte bibliográfico prevaleciente, mi duda es cuánto de una cultura irreductible al Estado, pero sin duda en vínculo estrecho con él, se recupera en los análisis “culturales” de esa visión, más compleja, que plantean Torre y Pastoriza.

NQ. Hay un uso común del término “complejidad” que, si tuviéramos que recurrir a nuestro escaso arsenal para definirlo, diríamos que es un uso... complejo. Cómo saber si asistimos a procesos complejos si no podemos ajustar ambas partes de ese pleonismo. Sólo para contrastar, recordemos la idea que M. Baxandall escribió al comienzo de su libro sobre el *Quattrocento*: reconocía los distintos elementos de lo que él llamó *estilo cognoscitivo* de la pintura del período (“un depósito de *patterns*, categorías y métodos



↳ de inferencia”) pero esa serie no lograba descular el modo en que esos elementos se ordenaban, se ponían en funcionamiento en la práctica (“el proceso es indescriptiblemente complejo y todavía oscuro en su detalle fisiológico”). Esa noción de complejidad se presenta con un desplazamiento en el libro de Plotkin. La complejidad es la forma que adopta el 17 de octubre ante los ojos del historiador. Y aquí el término no está pensado desde la multicausalidad, sino desde la polisemia. El 17 de octubre posee muchos sentidos y poseyó aún más hasta 1948. Hay, claro, otra connotación más: la concurrencia de elementos en el hecho. Y, además, el doble espesor de esas complejidades se superponen y el palimpsesto es esa forma que obliga a leer distintos códigos, a atravesarlos para devolverle la naturaleza histórica al mito, para reconstruir a través de la mediación discursiva (por medio de y atravesándola) un proceso histórico. Plotkin nos advierte que tratará al mito como lo tratan los antropólogos... sin embargo las intensidades nativas que pugnan sobre esa representación son poco tratadas: hacia el final de *El día que se inventó el peronismo* dice que “la gente se reunía en la Plaza de Mayo no tanto para conmemorar un acontecimiento relevante para la clase obrera como para rendir públicamente un homenaje a Perón...” La distancia que traza el autor entre Perón y la clase obrera, entre las formas litúrgicas del Estado y las significaciones primigenias sobre el 17 de octubre, desatan el nudo gordiano de los conflictos en torno a las diversas representaciones que surgieron luego de la experiencia del 17 y el juego tenso de la construcción de sus sentidos. Y en esa versión el proceso ha dejado de ser, como decía Baxandall, *oscuro*. En *El día que se inventó el peronismo* no sólo se despejan los procedimientos del líder por hacerse con el control de la situación (aunque aquí la palabra no es *despejar* sino *simplificar*, como se hace con las fracciones, reducir lo complejo a lo indivisible) sino que, consecuentemente, se revelan los *rituales de refuerzo* a los que, año tras año, asistían los obreros y obreras en salutación a Perón: al 17 del 45 fueron con traje a la plaza, dice Plotkin; a los 17s de propiedad de Perón fueron con ropa de trabajo. Plotkin parece sugerirnos que quien estaba más cerca de continuar haciendo de los 17s *rituales de inversión* era el laborismo disidente, con Reyes a la cabeza. Pero es el propio Cipriano el que pronuncia un “ellos” más abarcativo (p. 169), un “ellos” que agrupa a la oligarquía y a Perón. ¡Ese “ellos” se parece mucho al de Carl Schmitt! Y esa *posición* hace que el traje y las alpargatas naden en una sopa de significantes. La complejidad no está en el traje mismo, y una vez más, como sucede con *Mañana es San Perón*, los postulados sobre lo que usa o sueña la clase obrera reclama una pragmática, más que un elaboración semiológica a partir de presupuestos acerca de la vestimenta de las culturas populares en la Argentina de mediados del XX.

OA. Creo que podemos acordar que el problema planteado por Plotkin no exige “completar” su manera de pensar el peronismo, como si hiciera falta la mitad de la historia, aprendida en Chartier o Ginzburg: la de cómo se reinterpretaron los mensajes y rituales estatales posteriores a 1946. Es que no está para nada claro que el Estado peronista avanzara unívocamente hacia esa reducción a la unidad, sin duda presente en el deseo peroniano de *organizar*

la sociedad. Y allí es donde quiero volver sobre la imagen de Torre, que es muy próxima a la de Luis Alberto Romero (2006). Este historiador, al reseñar algunos libros del nuevo consenso indicó, con una claridad que no encontré en otro lugar, que el éxito del peronismo residía en que sabía cabalgar en la tensión, por él mismo estimulada, entre su momento plebeyo y su vocación integradora. Pienso que ésta es la mejor síntesis del nuevo consenso, frente al que la perspectiva de la construcción de un *consenso pasivo* aparece como una imagen demasiado compacta. Y no estoy seguro que desde las perspectivas que emergieron en nuestras consideraciones actúe una imagen igualmente dialéctica....

Bibliografía

- Rosa Aboy, *Viviendas para el pueblo. Espacio urbano y sociabilidad en el barrio Los Perales (1946-1955)*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.
- César Aira, *Las tres fechas*. Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2001.
- Anahí Ballent, *Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes-Prometeo Libros, 2005.
- Michael Baxandall, *Pintura y vida cotidiana en el Renacimiento. Arte y experiencia en el Quattrocento*. Barcelona, Gustavo Gili, 1978.
- Isabella Cosse, *Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar, 1946-1955*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Juan Carlos Torre y Elisa Pastoriza, “La democratización del bienestar”, en J. C. Torre, dir., *Los años peronistas (1943-1955)*, en *Nueva Historia Argentina*, vol. 8, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.
- Mariano Ben Plotkin, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Caseros, Eduntref, 2007a.
- , *El día que se inventó el peronismo. La construcción del 17 de octubre*. Buenos Aires, Sudamericana, 2007b.
- Luis Alberto Romero, “Dinámica de la inclusión”, en *La Nación*, 14 de abril de 2006.

ESTADOS UNIDOS

De la transición al porvenir de las democracias. Entrevista a Hugo Quiroga.

Darío Macor (CONICET-UNL) y Susana Piazzesi (UNL).

Hugo Quiroga es profesor titular de Teoría Política en la Universidad Nacional de Rosario, profesor titular de Introducción a la Ciencia Política en la Universidad Nacional del Litoral, profesor visitante en la cátedra de Teoría Política Contemporánea en la Universidad de Buenos Aires, investigador del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario. Trabaja y ha publicado en campos vinculados a la problemática del Estado, el autoritarismo militar, la ciudadanía y la democracia. Entre sus libros se destacan: *El tiempo del "Proceso". Conflictos y coincidencias entre políticos y militares. 1976-1983*; y *La Argentina en emergencia permanente*.

Darío Macor y Susana Piazzesi —¿Cómo describirías tu trayectoria intelectual? ¿qué momentos destacarías de esa trayectoria teniendo en cuenta las transformaciones que se producían en el mundo occidental y en especial en la Argentina?

Hugo Quiroga —Podría destacar dos grandes momentos en mi trayectoria intelectual, que se relacionan con dos momentos históricos de la Argentina contemporánea, el de la dictadura de 1976 y el de la democracia de 1983, y los cambios políticos que se van produciendo. El primero, estuvo vinculado con mi exilio en París en 1977 y la necesidad imperiosa de comprender el autoritarismo militar, que irrumpía por sexta vez en la historia política de la Argentina del siglo XX. Era una manera de seguir luchando contra la dictadura, por otro camino. Me motivaba una frase de Albert Hirschman sobre el autoritarismo en América latina, que decía: cuando de manera más completa y variada comprendamos a los regímenes autoritarios, antes acabaremos con ellos. Mi propósito fue, entonces, estudiar con Alain Rouquié, latinoamericanista reconocido internacionalmente, y especialista en Argentina, buscando un enfoque que me permitiera examinar la dictadura desde la relación Estado y sociedad civil. El resultado fue, después de muchos años de trabajo, de investigación empírica, de lectura de los materiales que tuve a mi alcance, la publicación, en 1994 de mi libro *El tiempo del "Proceso". Conflictos y coincidencias entre políticos y militares. 1976-1983*.

Creía entender que el origen del golpe y las transformaciones de fondo que prometía llevar a cabo la última dictadura —también la de 1966—, obedecía a la conflictividad de la sociedad argentina y a una manera específica de funcionamiento de su sistema político desde 1930, en la era militar. Pude comprobar que la dictadura militar de 1976 fue una *dictadura institucional*, no dependía de la personalidad de un líder, como la chilena con Pinochet, sino del conjunto de las fuerzas armadas. Rouquié me ayudó a entender el rol de actores políticos de las fuerzas armadas y la formación de una cultura política pretoriana. La hipótesis principal de mi libro se inspira en los trabajos de Rouquié y Samuel Huntington. Esta hipótesis no se entiende sin los comportamientos pretorianos de la sociedad, es decir, sin que la sociedad acepte que los militares pueden estar en función de gobierno igual que los civiles. Los golpes de estado sólo se producen cuando los ciudadanos pierden la fe en la democracia o cuando ésta les resulta indiferente.

Veamos de cerca esa hipótesis que puede resultar polémica. Decía que en una sociedad conflictiva como la Argentina, hablar de discontinuidad institucional, merece desde mi punto de vista una precisión. En nuestra hipótesis la

Entrevista a Hugo Quiroga

↳ discontinuidad institucional iniciada en 1930 y provocada por cada golpe de estado no debería ser tomada como una *ruptura* del sistema político, en el sentido convencional de un corte, pues no existe discontinuidad por fuera del sistema y de sus posibilidades de transformación. Por el contrario, el sistema político funciona en la realidad histórica mediante una articulación que combina en su estructura los gobiernos militares con los gobiernos civiles. Desde luego, cada intervención militar produjo drásticas modificaciones en el aparato institucional del Estado de derecho y provocó graves convulsiones en la vida política nacional. Lo que discuto es la afirmación de que la historia política argentina se debate desde 1930 entre dos sistemas antagónicos, uno democrático y el otro autoritario. Creo que existieron dos polos antagónicos, el civil y el militar, que convivieron en el interior de un mismo sistema político de corte pretoriano. Este sistema expresó la unidad contradictoria de ambos polos, que a la vez se complementaban, siguiendo la lógica de aliados/adversarios y no la de amigos/enemigos, aunque claramente había una asimetría de poder entre las fuerzas civiles y las militares. Así funcionó en los hechos el sistema político entre 1930 y 1983.

Esta hipótesis va ligada a otra, que contribuye a su explicación y consistencia. En la lógica de un sistema político pretorianizado emergen las deslealtades partidarias y las deslealtades cívicas. El juego pendular de políticos y militares gobernando el país, sin olvidar primero la proscripción del radicalismo y luego del peronismo, deja

su impronta en una sociedad que asume comportamientos pretorianos. Nace entre los partidos y los militares una larga y compleja relación de aliados/adversarios que los mantiene, a la vez, unidos y separados. Esta situación abrió paso a la presencia de partidos desleales y semileales (distinción que tomo de Juan Linz) a un sistema democrático inestable, que no podía más que dividir a la sociedad en sus sentimientos de lealtad. Es sabido que entre 1930 y 1983 la mayoría de los partidos cayó en la tentación de acercarse o buscar el apoyo del poder militar. Los partidos, la dirigencia en su sentido más amplio y los ciudadanos no han sido buenos escudos del sistema democrático.

El segundo momento de mi formación intelectual tiene que ver con mi regreso a la Argentina en 1984, los cambios políticos en curso y el debate de época. El gran tema era la transición democrática y cómo se podía estabilizar la democracia en un país, según mi perspectiva, que venía de un sistema político de corte pretoriano y, por ende, con una cultura pretoriana. La literatura sobre el tema era muy extensa, pero quiero mencionar los trabajos pioneros de Guillermo O'Donnell, Philippe Schmitter y Laurence Whitehead, los de Juan Carlos Portantiero y José Nun, y de Leonardo Morlino (*Cómo cambian los regímenes políticos*, cuya versión en italiano es de 1980). El desafío era doble. Por un lado, renovar el sistema político, poner fin a los restos de un autoritarismo debilitado pero vigente y terminar con las deslealtades al sistema democrático y, por otro, reorganizar la economía, en un contexto de condiciones cambiantes a nivel mundial, con la aparición

Boletín Bibliográfico Electrónico **Normas para el envío de materiales**

El *Boletín bibliográfico electrónico del Programa Buenos Aires de Historia Política* es una publicación de periodicidad semestral dedicada a la difusión de los avances de historia política referida al período comprendido entre fines del siglo XIX y la actualidad.

El comité editorial espera y alienta la participación de investigadores en distintas instancias de formación, para que colaboren en las distintas secciones del *Boletín*. Abre la posibilidad de enviar contribuciones para dos de sus secciones: reseñas y resúmenes de tesis de postgrado. Las reseñas son textos de carácter descriptivo de hasta 700 palabras, y los resúmenes de tesis, de hasta 1400 palabras.

Recibe, además, propuestas para participar con comentarios críticos, entrevistas o textos destinados a algunas de las otras secciones, las cuales quedarán a consideración del Comité Editorial.

Los documentos se enviarán por correo electrónico exclusivamente, en formato RTF o “.doc” (Word) a boletin@historiapolitica.com

Las notas serán automáticas, con cifras árabes y siempre ubicadas a pie de página. Sólo se incluirán en los estados de la cuestión y en artículos historiográficos. No se admiten en el resto de las secciones. Los apellidos incluidos en las notas usarán mayúsculas sólo en la primera letra. El título se incluirá en cursiva y el pie de imprenta se organizará de la siguiente manera: editorial, fecha y lugar de edición.

Deberá mencionarse la adscripción institucional y el e-mail de los autores, a continuación del nombre.

“De la transición al porvenir de las democracias”. Entrevista a Hugo Quiroga, por Darío Macor (CONICET-UNL) y Susana Piazzesi (UNL).

↳ del neoliberalismo y las limitaciones de la voluminosa deuda externa.

En Argentina terminé mi libro *El tiempo del “Proceso”*, bajo la dirección de Juan Carlos Portantiero, pero, al mismo tiempo, abrí un campo de trabajo en torno al Estado democrático, la ciudadanía y las transformaciones de la política. Esta línea de investigación tuvo, a su vez, diferentes etapas, y los énfasis en las preocupaciones no eran independientes de la coyuntura política ni de las orientaciones teóricas más estratégicas. Por ejemplo, siempre estuve convencido que la izquierda republicana no sólo debía pensar la reforma del Estado, sino también debía pensar el mercado, la relación entre Estado, mercado y sociedad civil. De ahí, mi artículo “Mercado y solidaridad social. Reflexiones a partir de la crisis del Estado de Bienestar”, publicado en el primer número de la revista *Estudios Sociales*, en 1991. Buena parte de estas reflexiones sobre la reforma del Estado, el mercado, los cambios en la política y la democracia fueron recogidas en mi libro *La democracia que tenemos. Ensayos políticos sobre la Argentina actual*, publicado en 1995. Los problemas y las transformaciones que presenta el concepto de ciudadanía, en el contexto de Argentina y América latina, continúan siendo objeto de mi preocupación. La falta de un Estado pro-ciudadano, en lugar de un Estado pro-mercado, la difícil exigibilidad de los derechos de ciudadanía, forman parte de mi trayectoria intelectual, que ha dado lugar a la idea un “ciudadano incompleto” o “ciudadano nominal”. Quiero mencionar, en este sentido, un texto colectivo que compilé junto a Susana Villavicencio y Patrice Vermeren, que debate esta problemática entre autores argentinos y franceses, titulado *Filosofías de la ciudadanía. Sujeto, política y democracia*, de 1999.

La experiencia democrática puso al descubierto hacia finales de los noventa la posibilidad de renovación política y esperanzas de cambio, luego de diez años de menemismo. Los desafíos de la coalición democrática que se estaba conformando entre el radicalismo y el FREPASO fueron discutidos en una Introducción que escribimos con Osvaldo Iazzetta del libro que compilamos *Hacia un nuevo consenso democrático. Conversaciones con la política*, publicado en 1997. No sólo intentamos establecer un diálogo con la política, objeto de nuestra Introducción, sino también poner en diálogo a quienes practicaban la política, por eso el libro tiene una segunda parte de entrevistas a reconocidos intelectuales y dirigentes políticos.

Por otra parte, siempre seguí interesado por el tema de la dictadura y las violaciones a los derechos humanos, que me dejó una marca personal e intelectual muy fuerte, y ese interés quedó reflejado en dos textos colectivos que compilamos con César Tcach cuando se cumplían los veinte y los treinta años del golpe de 1976. Había mayor distancia temporal para evocar y comprender la experiencia autoritaria, y las secuelas dejadas en la sociedad. Los textos se titulan, el primero, *A veinte años del golpe. Con memoria*

democrática, de 1996 y, el segundo, *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*. El derrumbe de la dictadura no surgió de un alzamiento popular, y esto se vincula con la idea de los comportamientos pretorianos de la sociedad, sino por la derrota de la guerra de Malvinas, las propias disidencias internas de las fuerzas armadas y de su fracaso económico. Además, agregaría, y aquí pongo énfasis, cuando la conciencia de los ciudadanos argentinos rechazó a los militares como actores políticos. Con toda razón Tzvetan Todorov señalaba que el fin de los regímenes totalitarismos se decidió primero en la evolución general de la mentalidad social.

Quizá la última etapa de la evolución de mi trayectoria intelectual se relaciona con la publicación de mi libro *La Argentina en emergencia permanente*, de 2005, que condensa muchos años de reflexión y de interpretaciones teóricas, y significó un desafío por entender el complejo período histórico que transcurre desde la recuperación de la democracia en 1983 hasta el año 2004, ya instalado el gobierno de Néstor Kirchner, y con los trabajos más recientes sobre las transformaciones de la ciudadanía, el espacio público y la crisis de representación, que han sido publicados en varios libros compilados por Isidoro Cheresky, los cuales son el resultado del equipo de investigación “Nuevas Formas Políticas” del Instituto de Investigación Gino Germani de la Universidad de Buenos Aires.

DM y SP —¿Cómo fue la etapa de tu formación intelectual, en general?; ¿cómo fue tu formación de cientista político?

HQ —Mi formación como cientista político comenzó en Francia, y bajo la dirección de Rouquié concluí en 1981 la primera parte de mis estudios doctorales con el Diplôme d’Etudes Approfondies en “Etudes de l’Amérique Latine”, opción Ciencia Política, en el Instituto de Altos Estudios para América Latina (IHEAL), de la Sorbonne Nouvelle. Debo aclarar que en Argentina estudié derecho; mi título de grado es en abogacía. Volviendo a Francia, continué trabajando con Rouquié pero no concluí el doctorado, porque mi investigación sobre la dictadura la finalicé en Argentina, y la publiqué, adaptada al formato de libro luego de haber efectuado una actualización bibliográfica, varios años después de haberla terminado. Mucho más tarde, concluí un doctorado en filosofía en la Universitat de les Illes Balears, en España, en enero de 2002. El tema de tesis, en verdad, era politológico y no filosófico, aunque siempre en mis trabajos las preguntas fundamentales se nutren de la filosofía política, y algunos capítulos de esa tesis, referidos a las transformaciones realizadas por el gobierno de Menem fueron incorporados al libro *La Argentina en emergencia permanente*. Me interesa subrayar la importancia que han tenido mis conocimientos en derecho, y las lecturas actuales, para la elaboración de mis trabajos politológicos, principalmente los referidos a la

↳ problemática del Estado, la ciudadanía y la democracia. Como sabemos, no hay Estado sin derecho, sin un cuerpo de reglas jurídicas y, por tanto, la construcción de un derecho legítimo que organice la dominación política. La política no es ajena al derecho. El derecho traduce decisiones políticas, lo que nos lleva al carácter político del derecho sin caer en la posición extrema de Carl Schmitt, que no deja margen de autonomía al derecho, aunque éste es siempre decidido por una instancia política. Más bien hay una convergencia entre ambos conceptos, en donde el derecho define el marco en el que se desenvuelve la política, es un marco jurídico previamente definido, por alguna instancia política. Esto es lo complejo y muestra el nivel de convergencia.

DM y SP —¿Con quién/quienes del campo disciplinar consideras que has establecido los principales diálogos a lo largo de tu carrera?; ¿Con quién dialogas hoy?; o dicho de otro modo: ¿con qué tradiciones intelectuales se relaciona tu producción?

HQ —En mi lecturas y en mi formación no hay límites disciplinares. Mi horizonte es siempre un objeto de estudio politológico, al que busco acceder desde diferentes miradas. Prefiero, parafraseando a Hirschman, ser acusado de ecléctico y no de reduccionista, y trato de escapar de los encasillamientos ideológicos. Estoy siempre motivado por los interrogantes contemporáneos y las respuestas las busco en los autores clásicos y en las experiencias históricas. Trato de leer de todo un poco. Realizo las lecturas más diversas y variadas, siempre en el campo de la ciencia política, la sociología, la teoría política, la filosofía política, la historia política y el derecho, a través de filósofos como Luigi Ferrajoli, tratando de descubrir autores. No puedo abordar la complejidad de ciertos temas sin acercarme a lecturas variadas. Voy a ilustrar lo que digo con un ejemplo: para comprender el fenómeno hiperinflacionario de 1989, su impacto en la sociedad y las marcas que en ella deja, me puse a estudiar la *legitimidad de la moneda*, apoyándome, entre otros libros, en una obra colectiva, de carácter interdisciplinario, que dirigieron Michel Aglietta y André Orléans. El orden monetario, como el político encuentra en la confianza social su principio de legitimidad. Tener confianza en la moneda significa creer en la autoridad de su valor, que genera estabilidad y produce certidumbre. Lo que vimos en la crisis de 1989-1990 es que la moneda tiene capacidades institucionalizantes, ella no es únicamente un bien privado es también un bien público, y como tal debe hallar en la aceptación colectiva el fundamento de su legitimidad. “La mala moneda quema las manos”, hay que deshacerse de ella. No hay que reducir la moneda a mera intermediaria del cambio, y esta crítica permite una mirada diferente en las ciencias sociales al sacar el hecho monetario de la discusión de la esfera exclusiva de los economistas. Hay también una apreciación de la dimensión simbólica de la moneda, en este sentido están los aportes de Georg Simmel con su *Filosofía del dinero*. Esto explica por qué la sociedad argentina defendió tanto la convertibilidad, es decir, la estabilidad de la moneda



como un valor, más allá de la trampa que la convertibilidad contenía a largo plazo, o por qué los alemanes, que pasaron por la experiencia traumática de la hiperinflación de 1923, se resistían tanto a participar de una moneda comunitaria, el euro, que les provocaba cierta incertidumbre, cuando tenían una moneda tan fuerte y estable como el marco. En definitiva, mis trabajos se alimentan más bien de la tradición del pensamiento europeo, francés, italiano, alemán, español, sin dejar, por cierto, de leer a los autores de origen anglosajón, cuya producción es notable y tienen mucha influencia en mis ideas. Todos ellos me ayudan a pensar, esa es la operación intelectual que ejercito. Estas diferentes tradiciones, con matices y autores innumerables, *no se pueden reunir en una perspectiva única*. No obstante, guardo una línea de trabajo, que pretende ser coherente, sobre los temas y desafíos que comprometen la vida común de la sociedad argentina, como dije, desde un enfoque amplio y variado. Mi hoja de ruta está marcada por valores que pueden ser compartidos por todos, valores democráticos republicanos: igual libertad, igual bienestar, tolerancia, diversidad, disenso, igualdad de género, ley, instituciones, ambiente, deliberación pública, división de poderes, control ciudadano, que deben regir el funcionamiento del mundo común, y ocupar un lugar relevante en la agenda pública. En la medida en que el tiempo que dispongo me lo permite, no la voluntad ni el deseo, porque no se puede leer todo, voy seleccionando para mi objeto de estudio politológico aquellos autores clásicos, modernos o contemporáneos que pueden ser fuente de inspiración o que ya han tratado el tema en otra dimensión temporal o espacial.

DM y SP — *Volviendo sobre los temas centrales de tu trabajo, dictadura militar, democracia. Nos interesa el concepto de “pacto postergado” con el que analizas la especificidad de la transición a la democracia en Argentina.*

HQ — Como señalé, dictadura militar y democracia resumen mi línea de investigación en la que la historia política es lo que da sentido y legitima mis reflexiones. No puedo escribir de otra manera. En todos mis textos hay siempre una reconstrucción histórica, valga como ejemplo mis dos libros *El tiempo del “Proceso”* y *La Argentina en emergencia permanente*, donde hay teoría pero también una reconstrucción histórica, que abarca teniendo en cuenta los dos libros, un período histórico que transcurre entre 1976 y 2004. Raymond Aron se hacía una pregunta: el filósofo y el historiador ¿discuten los mismos problemas? En todo caso, lo que yo sé es que el enfoque que adopto (y es lo que decía en el Prólogo al segundo de los libros recién mencionados) busca una convergencia entre teoría política e “historia”, vista como acontecimiento, por supuesto sin dejar de tener en cuenta las valiosas contribuciones de la historiografía, del discurso histórico sobre esos acontecimientos. Por eso mis lecturas permanentes de los textos de Natalio Botana,

Luis Alberto Romero, Hilda Sabato. Menciono a estos autores a simple título informativo, y estoy pensando más en general en esa magnífica colección que ha dirigido Juan Suriano, titulada *Nueva Historia Argentina*, como una buena muestra de la producción historiográfica argentina. La “historia empírica” la he situado en el centro de la comprensión de la dictadura militar y del proceso de reconstrucción democrática. Creo con Leszek Kolakowski que la palabra no sólo reproduce la realidad sino que la cogenera.

Pensando concretamente vuestra pregunta, la relación entre dictadura y transición democrática en la Argentina, mi hipótesis de “pacto postergado” (término que tomo de Hans-Jürgen Puhle) conecta con la idea de una transición política incompleta, transición que dejó inacabada el gobierno de Alfonsín. En mis estudios sobre la dictadura sostuve que la transición no se abrió paso mediante un pacto para la constitución de un nuevo régimen, pero que tampoco había existido una ruptura total con el antiguo régimen, en la medida que algunos componentes del viejo aparato represivo habían continuado vigentes durante la democracia. Esto me permitió sostener, en el tema de derechos humanos, la hipótesis de un pacto postergado, que reclamaba una “sentencia de impunidad” por las atrocidades cometidas. De tal forma, hubo una línea comunicante entre el orden autoritario y el democrático, que operó como componente no disuelto del viejo orden. Para que se entienda la hipótesis, recordemos los hechos históricos. La derrota de Malvinas permitió iniciar el proceso de transición democrática sin necesidad de pactar el traspaso del poder. Poco antes de las elecciones de octubre de 1983, la junta militar dictó la ley de “autoamnistía” para evitar las responsabilidades penales. La sentencia de impunidad fue dictada en las postrimerías del régimen militar. Pero dos actos del gobierno democrático de Alfonsín, la derogación de la ley de autoamnistía y el juicio penal a las juntas militares dejaron en suspenso la anhelada sentencia de impunidad. Ante el fracaso de la estrategia de impunidad, esa búsqueda continuará en tiempos de democracia. Es a partir de este momento donde revela su sentido la idea de pacto postergado.

El pacto postergado es un pacto (tácito) diferido en el tiempo, que no clausura situaciones sino que las suspende. Las limitaciones políticas de la democracia para juzgar y condenar a los responsables de los crímenes quedaron de manifiesto ante los cuatro alzamientos militares, de los “carapintadas”, tres ocurridos durante el gobierno de Alfonsín y el cuarto durante el de Menem. La ley de punto final y la de obediencia debida, así como también los indultos presidenciales pueden ser leídos en clave de pacto postergado que buscaba la sentencia de impunidad bajo la democracia. Las cuatro insurrecciones dejaban la sensación de un conflicto no resuelto y era una demostración que las fuerzas armadas no estaban al servicio del gobierno civil. Una parte activa del viejo aparato del poder militar

↳ permanecía intacta. Los sediciosos de las primeras tres sublevaciones no pudieron ser reprimidos por las fuerzas leales al gobierno, porque la demanda de impunidad cohesionaba a la institución militar. La represión sólo fue posible en el cuarto episodio cuando el conjunto de las fuerzas armadas tuvo la garantía del presidente Menem de indultar a los responsables de la violación de los derechos humanos. El pacto postergado es la expresión de la lógica del realismo político. Este pacto de impunidad, no cabe duda, fue conquistado por la presión de la espada, y la democracia perdía una batalla librada desde el campo de la justicia.

En el plano político-institucional Alfonsín deja sin resolver una cuestión fundamental para la estabilidad democrática: la subordinación total de las fuerzas armadas al poder civil. Con la política de los indultos de Menem, al final de la cuarta insurrección, queda definitivamente consagrado el pacto postergado y resuelta la subordinación de las fuerzas armadas al poder civil. En ese momento, Menem completa la transición política. De ahí en más sobreviene la tranquilidad en el campo militar. Hay que pensar que la transición democrática se completa no sólo por la existencia de elecciones competitivas, limpias, libres, con partidos funcionando, sino también por la subordinación de las fuerzas armadas al poder civil. Fue lo que completó Menem con la política de los indultos.

Como es conocido, el tema de los derechos humanos no entró en un cono de sombras, las luchas de los organismos continuaron. Durante el gobierno de Néstor Kirchner se derogaron las leyes de punto final y obediencia debida, y la Corte Suprema, con su nueva composición, dejó sin efecto el indulto presidencial de Menem por haberse aplicado a delitos que constitucionalmente no pueden ser indultados, porque son delitos de lesa humanidad, y no son indultables en función de las Convenciones Internacionales incorporadas a la Constitución con la reforma de 1994. Con estos antecedentes se abre una nueva etapa, los resultados del pacto postergado pierden valor, se pone fin a la sentencia de impunidad dictada por los indultos, quedando las puertas abiertas para la apertura de todas las causas.

DM y SP —*Siguiendo con temas centrales de tu trabajo, nos interesaría un comentario acerca de la importancia que tienen para vos conceptos como “decisionismo”, “Estado de derecho”.*

HQ —Debemos comenzar este comentario recordando que vivimos una época, en el mundo, de preponderancia de los ejecutivos y de declinación de los parlamentos. Éstos van perdiendo la capacidad para ejercer eficazmente, como advierte Ralf Dahrendorf, sus tres funciones básicas: controlar al ejecutivo, legislar y ser un nexo con los electores. La política se constituye con una relación

indisociable entre deliberación y decisión. La capacidad de construir procesos argumentativos y la vitalidad de los intercambios de opiniones, de ninguna manera niegan el momento de la decisión política. Para el caso argentino, he denominado “decisionismo democrático” a la ampliación de las atribuciones del ejecutivo desde 1989, que ejerce poderes excepcionales (los decretos de necesidad y urgencia, la delegación legislativa y el veto parcial) tanto en momentos de crisis (como la hiperinflación de 1989 o la crisis de 2001) como en épocas de normalidad. La idea es que desde 1989 la Argentina vive una “emergencia permanente” que amplía las competencias del ejecutivo más allá de su esfera normal de acción. El ejecutivo ha devenido en un poder concentrado y verticalizado, en virtud de las facultades legislativas directas que el propio congreso le ha conferido, por tanto se ha reforzado su esfera de decisión. Con esta práctica, los gobiernos no suspenden el Estado de derecho, como lo indicaría una perspectiva decisionista schmittiana, sino que, al contrario, encuentran un marco jurídico (el propio Congreso y los poderes de excepción que contempla la Constitución para épocas de emergencia). No estoy definiendo un modelo de democracia sino una auténtica práctica de gobierno, que se ubica en una zona ambigua e incierta, es decir, entre los imperativos de la política y la vigencia del Estado de derecho.

Justamente, el decisionismo democrático se fundamenta en el estado de emergencia, y esta es una situación extraordinaria, fáctica, originada por un desorden intenso que resulta una amenaza para la integridad del Estado o para el orden social. El Estado de derecho no desaparece, como sostiene la visión decisionista de Schmitt, sino que se atenúa. El problema es que en nuestro país la declaración de emergencia es permanente desde 1989, en épocas de crisis o de normalidad. Un nuevo ejemplo de lo que sostengo fue la prórroga de la Ley de Emergencia Pública que concedió el Congreso por séptimo año consecutivo, dos días después de la asunción de Cristina Kirchner, proporcionando al gobierno una generosa libertad de movimiento en materia presupuestaria. Esa ley se aprobó en un contexto de excepcionalidad, en enero de 2002; sin embargo, nunca dejó de ser prorrogada. El resultado es un Estado de derecho atenuado. Conviene aclarar que el decisionismo democrático sólo se entiende por la crisis de la función legislativa, al mismo tiempo esta práctica de gobierno genera un cambio en la base del poder, que no pasa por el deseo de los gobernantes a una ocupación prolongada, ni por liderazgos enérgicos (Menem, Kirchner) o débiles (De la Rúa), sino por una transformación en su naturaleza que se explica, al menos, por dos razones: la tendencia a la concentración y verticalización del ejecutivo, muchas veces amparada en el argumento de la “governabilidad” y, por algo más difuso, como es el misterio de la obediencia civil. La pregunta es si el decisionismo democrático es una condición necesaria para la sobrevivencia de la democracia

“De la transición al porvenir de las democracias”. Entrevista a Hugo Quiroga, por Darío Macor (CONICET-UNL) y Susana Piazzesi(UNL).

argentina.

DM y SP —*Nos interesa tu opinión acerca del grado de institucionalización de la ciencia política en Argentina en los últimos años.*

HQ —En los últimos años ha habido un movimiento expansivo de la ciencia política en nuestro país, tanto por la producción del conocimiento, que cada vez más trasciende el ámbito nacional, como por el nivel de su institucionalización. Este impulso es más evidente desde 1983 con la recuperación de la democracia. Aunque hay mucho por hacer, esta dinámica de expansión ha fortalecido la comunidad académica y el desarrollo profesional, que revela un proceso de diferenciación de la disciplina. Más recientemente se han creado varias carreras de ciencia política en Universidades públicas y privadas en todo el país y nuevos centros de estudios e investigación en el campo disciplinar. Paralelamente, hoy se puede apreciar una oferta notable en estudios de posgrado en ciencia política, a nivel de doctorados, maestrías y carreras de especialización, hasta hace no mucho inexistentes. Pero también se ha incrementado el número de graduados que realizan sus programas de doctorado en el extranjero, donde las becas otorgadas por CONICET, y otras instituciones, han contribuido especialmente en la formación de jóvenes investigadores. El cuerpo de conocimiento político, que comienza a fortalecerse, queda reflejado además por la aparición de revistas periódicas, colecciones de libros sobre la disciplina y la multiplicación de Congresos. En el caso de las publicaciones periódicas no puedo dejar de mencionar, entre otras, *Temas y Debates*; y con relación a los Congresos de la especialidad habría que recordar al menos dos: los organizados de manera sistemática por la SAAP (Sociedad Argentina de Análisis Político), reconocida por la IPSA (International Political Science Association); y los Congresos Nacionales sobre Democracia, que la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario viene realizando de manera ininterrumpida desde 1994. Asimismo, cabe destacar la constitución en el año 2002 del Consejo de Decanos de Facultades de Ciencias Sociales, integrado por las Facultades de Ciencia Política, como otro esfuerzo de institucionalización de nuestra disciplina.

Recientemente se ha comenzado a estudiar la historia de la ciencia política en Argentina, y prácticamente no hay trabajos sobre el estado del arte de la disciplina, un debate aún por desarrollar y profundizar. No obstante, hay avances, como digo, sobre la historia de la disciplina, que constituyen algo más que un síntoma de ese movimiento expansivo al que hacía referencia. Ello puede contribuir a elevar el discurso metateórico y, a la vez, historiográfico relativos a la producción del conocimiento en la disciplina, la identidad y autonomía de la política y la metodología específica. Sobre el particular, quiero destacar, entre otros,

los trabajos publicados por Arturo Fernández y Cecilia Lesgart.

Me parece conveniente recordar, como un punto fundamental de referencia, el “Informe sobre el estado actual de la ciencia política en la Argentina”¹, que elaboró en 1998 una Comisión de la disciplina, coordinada por Isidoro Cheresky, y de la que participé junto a Oscar Oszlak, Carlos Strasser, Arturo Fernández y Franco Castiglioni. En el marco del diagnóstico efectuado se señalaron las características del desarrollo de la ciencia política en nuestro país, de las que sólo menciono algunas: su carácter coyunturalista, aunque se reconocía que no dejaba de ser positivo el interés por reflexionar sobre los procesos políticos vividos en el país; la tendencia a valorar los estudios que contribuyen al fortalecimiento institucional, que se asociaba al proceso de democratización; el carácter exploratorio y ensayístico de los trabajos que por lo general no se apoyan en una tradición preexistente; los insuficientes recursos financieros y de infraestructura con los que se cuenta para investigar. El informe, además de señalar las áreas de vacancia formuló recomendaciones, como: fomentar la traducción de textos académicos fundamentales; fomentar las revistas que publiquen textos que no pueden ser difundidos por las publicaciones comerciales; promover la reinserción de los estudiantes de posgrado en el exterior que regresan al país; subsidiar la adquisición de bibliotecas especializadas, sobre todo en el interior del país donde se presentan las mayores carencias; fomentar la creación en red de posgrados en ciencia política, a nivel nacional y regional. Aunque no de manera totalmente satisfactoria, en estos últimos ocho o nueve años, desde el Informe hasta ahora, los empeños y avances que mencioné anteriormente han dado una respuesta significativa a la debilidad de nuestra disciplina.

DM y SP —*A tu entender y ampliando el análisis: ¿cuáles son los principales problemas en discusión en el campo disciplinar desde 1983 hasta ahora?*

HQ —La preocupación por el porvenir de las democracias ha ocupado insistentemente el pensamiento de la mayoría de los estudiosos de la ciencia política, en los últimos años. En los ochenta las reflexiones estuvieron centradas en torno a la transición de un orden autoritario a un orden democrático. El objeto de la transformación era el régimen político. El interés fundamental de esos trabajos era, entonces, conocer las causas que provocaron los cambios en los regímenes autoritarios, así como también analizar las posibilidades de perdurabilidad de los regímenes democráticos recién instalados. Los primeros textos sobre la transición latinoamericana aparecieron en el momento

¹ El “Informe sobre el estado actual de la ciencia política en la Argentina”, fue elaborado por la Subcomisión de Ciencia Política, del Plan Nacional Plurianual 1999-2000, de la Secretaría de Ciencia y Tecnología del Ministerio de Educación de la Nación.

↳ mismo en que se originaban los cambios políticos antes aludidos. Sin ninguna posibilidad de distancia, la producción era contemporánea a las transformaciones operadas y a la emergencia de las nuevas situaciones.

En los años noventa la agenda de debate teórico-político en Argentina, y también en América latina, continuó incorporando, entre otros temas, el de la consolidación democrática, con una segunda producción de trabajos sobre la transición, vinculados especialmente a las reformas del mercado y a una estrategia de gobernabilidad democrática. La preocupación fue centrada en la calidad de vida que podía ofrecer la democracia y en la eficacia de las instituciones políticas y económicas. Desaparecida la amenaza golpista de las fuerzas armadas, las nuevas democracias destinan todos sus esfuerzos a mejorar sus capacidades de gobierno y estatales, en la endeblez de sus marcos institucionales y en situaciones de crisis económica y descenso de los indicadores sociales. Más allá de los cuestionamientos a las teorías de la transición y consolidación democrática, es innegable que ellas han realizado una importante contribución al entendimiento de los procesos de institucionalización democrática en América latina.

Al replantear los términos de la transición democrática, el gobierno del presidente Menem promovió interesantes debates académicos y políticos sobre la peculiar naturaleza de los cambios económicos y políticos que tuvieron lugar en la última década del milenio. En este sentido, conviene señalar que en los años ochenta y noventa los temas de debate se entrecruzan entre los numerosos autores, y que es difícil reconocer entre ellos distintas corrientes de pensamiento. Más bien lo que se puede observar es una gama heterogénea de autores, que adoptan posiciones diferentes, sin que se pueda negar la existencia de un “aire de familia”. Aunque no se puedan trazar límites más precisos entre corrientes de pensamiento, las diferencias entre los autores no son en absoluto arbitrarias. Por eso resulta más útil, y menos complejo, delimitar los temas de discusión en torno a los cuales se han volcado los estudiosos con sus posturas, trayectorias y tradiciones disímiles.

Aunque se pudiera encontrar el nudo principal de la polémica, en verdad lo que se identifica en el pensamiento político no es un debate sino un conjunto de debates, indudablemente conectados unos con otros. Desde mi punto de vista se pueden organizar adecuadamente las apuestas intelectuales de los años ochenta y noventa a partir de cuatro tipos de problemas: 1) los referidos a la naturaleza y construcción de la nueva democracia; 2) los concernientes a la reforma institucional y política; 3) los vinculados a la naturaleza específica del peronismo menemista y su estilo político; 4) los relacionados con la dinámica política de las reformas estructurales y la formulación de políticas públicas. Todos ellos hunden sus raíces en la historia política y económica de la Argentina, y guardan una inevitable conexión.

En esta referencia y en la que voy a hacer ahora, que no tiene pretensiones exhaustivas, se pueden ubicar los diferentes registros de la discusión. He querido simplemente trazar una estructura posible del conjunto de la discusión, sin la intención de sistematizar los temas y los problemas, a fin de poder inscribir la pluralidad de la producción teórico-política de las décadas de los ochenta y noventa. No me parece necesario, por otra parte, confeccionar una lista de los participantes de la discusión, sino más bien situar los términos del debate y las investigaciones emprendidas por los diferentes autores.

Hacia fines de la década del noventa hay un cambio en la escena política, con la concreción de una segunda alternancia en el poder que estuvo asociada a la idea de coalición, que da lugar a la primera derrota del peronismo estando en función de gobierno. La Alianza, conformada por la UCR y el FREPASO ya en las elecciones legislativas de agosto de 1997, abre paso a una nueva agenda democrática en torno a las coaliciones, el surgimiento de terceros partidos, el reclamo de ética en política, mayor control ciudadano en la gestión de gobierno, y mejora en la calidad institucional.

El colapso económico y social de 2001, con la renuncia del presidente De la Rúa, modifica drásticamente la escena política, a partir del derrumbe del régimen de representación, la crisis de los partidos y la dilución de las identidades políticas masivas. Hay nuevos factores que le confieren un carácter muy específico a las transformaciones de la democracia de hoy. Los cambios más visibles en el sistema político ponen en evidencia la fragmentación de los viejos partidos nacionales, como el radicalismo y el peronismo (éste en menor medida), la fluctuación del voto, la territorialidad de la política, la migración de los dirigentes, la emergencia de una ciudadanía más autónoma, los nuevos liderazgos, la presencia de los movimientos informales, y el rol creciente de la opinión pública y de los medios de comunicación. Buena parte de la producción académica se ha volcado al estudio de estos nuevos fenómenos, en el que ocupa un lugar importante la idea de *accountability*. Los cambios referidos motivan otra pregunta fundamental: ¿cómo insertar nuestra democracia en un marco filosófico más abarcativo?. La democracia electoral resulta un marco intelectual e institucional muy restringido para contener la dinámica de los nuevos actores, ante el auge del espacio público mediático y frente a la demanda de contextos deliberativos. Esto exige repensar filosóficamente a la democracia. No la podemos imaginar en los mismos términos que lo hacíamos en la década de los ochenta y noventa del siglo XX, cuando, en términos generales, se han superado las barreras elementales de la estabilidad política. Vivimos en un contexto histórico profundamente diferente, abierto a nuevos intentos, en cuyo marco los cambios políticos desafían a la democracia de nuestros días. ***

Resúmenes de tesis de postgrado

Carolina Barry. *El Partido Peronista Femenino 1949-1951*. Tesis de doctorado en Ciencias Políticas. Buenos Aires, 2006. Director: Samuel Amaral (UCA).

El peronismo surgió cuando la participación política estaba todavía reservada solamente a los hombres. Integrador de sectores antes ausentes de la escena política, logró cambiar la situación de la mujer a partir de la aprobación de la ley de sufragio femenino y la creación del Partido Peronista Femenino (PPF) que la incorporó masivamente en la política. Sin embargo, sumó a las mujeres separadas de los hombres del Partido Peronista. Esta situación fue producto de una doble circunstancia que llevó a considerar que la mejor alternativa era crear un partido exclusivo de mujeres. Por un lado, el conflictivo escenario que presentaba el Partido Peronista en sus años iniciales hacía casi impensable integrarlas en dicha estructura. Por otra parte y, simultáneamente, el ascendente papel protagonizado por Eva Duarte de Perón, no ya en su rol de primera dama sino en el de una dirigente política que construyó un poder impensado para una mujer a mediados de siglo. Las características de su poder la convirtieron en una líder carismática. El liderazgo de Eva Perón, la inexperiencia política de las mujeres y la difícil situación imperante en el Partido Peronista llevaron a la conformación de un partido político singular. El objetivo de la tesis fue estudiar el proceso de formación del Partido Peronista Femenino, su estructura interna y su funcionamiento, así como la selección y formación de las dirigentes y el rol que asumieron en la estructura partidaria. Se examina al Partido Peronista Femenino desde 1949 hasta la elección de 1951 en que las mujeres votaron y fueron votadas por primera vez. También se analizan las políticas de incorporación y la valoración asignada a las mujeres teniendo en cuenta que aún no habían ejercido sus derechos cívicos, como así también, la importancia y la función de las estructuras celulares del partido, es decir, las unidades básicas femeninas como centros políticos de socialización, reunión, capacitación y adoctrinamiento.

La pregunta central que ha guiado la tesis es ¿cómo incorporó el peronismo a las mujeres en la política? Dadas las características mencionadas se responden las siguientes cuestiones: en primer lugar, ¿qué razones políticas llevaron a organizar a las mujeres separadas de los hombres? ¿Qué papel jugó el liderazgo de Eva Perón? ¿Cómo se conjugaban los dos liderazgos carismáticos, el de Perón y el de Evita? ¿Era viable la existencia de un partido político compuesto sólo por mujeres que actuara en forma paralela, separada, independiente y autónoma de otro partido político compuesto por hombres? ¿Qué condiciones objetivas debían tener para que su existencia fuese posible? ¿Cómo se conjugó la acción del PPF con su paralelo el Partido Peronista, dadas estas peculiaridades? ¿Cómo se presentaban en las elecciones y cómo se dirimían los cargos a ocupar? El hecho de que las mujeres fueran vírgenes en política ¿fue funcional a un partido dirigido por una líder carismática? ¿Qué implicancias políticas tuvo esta característica? Dada la existencia de un liderazgo carismático y la separación entre hombres y mujeres, ¿qué tipo de organización interna tuvo el PPF y cuáles eran los mecanismos de elección de sus dirigentes intermedias, considerando que no había una tradición de participación política femenina? También se analiza cuáles fueron las políticas de reclutamiento de mujeres, y si ese modo de organización fue exitoso en esta primera experiencia política femenina acorde a los resultados electorales.

La tesis se divide en tres partes: la primera (capítulos 1 al 4) incluye los antecedentes que llevaron y permitieron la conformación del PPF, y la manera en que se fueron gestando las condiciones legales, políticas y partidarias para la incorporación de las mujeres en la estructura política peronista. A su vez, la incursión relativamente minuciosa en los primeros años del Partido Peronista busca responder si hubiese sido posible incorporar a las mujeres en dicha estructura política. El capítulo 1 analiza el origen y composición de las fuerzas peronistas nucleadas en una coalición electoral que llevó a Perón a ganar las elecciones que lo condujeron a la presidencia de la nación. También estudia los conflictos y diferencias que surgieron entre los integrantes de las fuerzas peronistas. En el capítulo 2, se ve cómo el recrudescimiento de las diferencias, una vez ganadas las elecciones, llevó a Perón a unificar sus fuerzas en un solo partido político: el Partido Único de la Revolución. También se observan cuáles fueron los nuevos conflictos que esta decisión trajo aparejados y qué respuesta hubo de los unificados. Al mismo tiempo, se analizan las condiciones que llevaron a la creación del Partido Peronista propiamente dicho en enero de 1947 y la discusión que se generó en torno al cambio de nombre, la preparación de la Carta Orgánica y el nuevo reparto de poder de las fuerzas peronistas y el conjunto de instancias organizativas que se fueron sucediendo hasta 1949 en que se organizó la primera Asamblea Nacional del Partido Peronista que dio origen al Partido Peronista Femenino.

La forma en que fue gestándose el liderazgo de Eva Perón se analiza en el capítulo 3 y a partir de qué situaciones fue transformándose de primera dama en una líder influyente y poderosa. Al mismo tiempo que se analizan las transformaciones que sufrió Evita en su ascenso político, se observa cómo surge y se incrementa la politización de las mujeres peronistas desde la campaña electoral de 1946 hasta la creación del PPF. Dentro del capítulo se analizan los centros cívicos femeninos, su composición, las actividades políticas y sociales que fueron preparando, de alguna manera, el escenario para la aparición del PPF. El tipo de organización política que se estaba gestando



↪ sugirió la pregunta sobre algún antecedente en el mundo para este tipo de organización de mujeres, por lo que se ha analizado sucintamente la Falange Femenina como una posibilidad.

Dos planos de análisis surgen del capítulo 4. Por un lado se analiza la ley de voto femenino, el empadronamiento y la reforma de la constitución nacional y su relación con la incorporación de las mujeres al ámbito político. Por otra parte, los procesos que llevaron a la aprobación de esa ley y de la reforma se observan en tanto estadios distintos del liderazgo de Eva Perón. Cómo con la primera capitalizó una lucha infructuosa que venía dada desde años anteriores y en la otra, cómo influyó directamente en la reforma de la constitución, pasando de un estadio de capitalización de poder a otro de *obtención y construcción* de poder. Se sugiere que se transformó de una líder de las mujeres que la llevaría a ser cabeza de un partido político, a una líder nacional. El capítulo incluye también, un análisis pormenorizado de las circunstancias sociales, políticas y legales que guiaron el largo proceso de empadronamiento femenino.

La segunda parte trata la organización del Partido Peronista Femenino (capítulos 5 al 9). La creación del PPF se ve en el capítulo 5 donde se analiza la primera asamblea nacional del Partido Peronista donde se aprecian las diferencias en los métodos empleados para la convocatoria y selección de delegados y delegadas como el perfil de los participantes. También el análisis del discurso y de los lineamientos sobre la misión y objetivos que quedaron delimitados en la Asamblea y que acompañaron al partido femenino a lo largo de su existencia. Se observa asimismo, cuál fue el lugar otorgado a la mujer peronista y los límites de su participación y la forma de organización que se planteaba a futuro. El capítulo indaga cómo a partir de las diferencias de cada sector y de los conflictos que se habían suscitado en el PP a lo largo de estos años, se llegó a la conclusión de que la mejor organización era la división en ramas. A su vez, se examina la ley 13.645 sobre el régimen de Partidos Políticos que buscaba, por un lado, limitar la acción de los partidos opositores y, por otro, crear un marco legal propicio para las asociaciones femeninas que surgieran en el seno de un partido político. Es decir, se legalizó la existencia de un partido femenino paralelo dentro de otro partido político, que era a la vez autónomo, aunque compartía los mismo líderes, símbolos doctrina y candidatos en las elecciones.

La organización interna del PPF, la selección de las dirigentes intermedias del partido, las delegadas censistas y de las dirigentes locales, las subdelegadas censistas se analizan en el capítulo 6. Se hace referencia al perfil, las funciones, las políticas que implementaron, el poder que manejaban, los límites que se les impusieron y la particular relación que mantenían con Eva Perón. También se observa la relación entre el partido y el estado nacional. El capítulo 7 trata sobre las mujeres peronistas, es decir el universo hacia el cual estaba dirigido el partido, donde entraron a jugar los valores clave del peronismo sobre el papel de la mujer en la sociedad y cómo comulgarían con la acción política, teniendo en cuenta que era su primera incursión masiva.

La organización y las características generales de las unidades básicas femeninas se tratan en los capítulos 8 y 9. Allí se analizan estos centros políticos como el ámbito de socialización y concentración de mujeres peronistas, que formaban parte además, de la política de penetración territorial del PPF. Se hace referencia a sus características generales, requisitos para la apertura, ubicación, estructuras edilicias, estética y la estructura jerárquica. Además el tipo de actividades desarrolladas destinadas a movilizar e incorporar a las mujeres como la capacitación, la asistencia y luego, también, el adoctrinamiento. Al mismo tiempo se comparan las unidades básicas femeninas con las masculinas a fin de considerar si existía una diferenciación en los roles, asignaciones y comportamientos políticos entre unos y otras.

La tercera parte se ocupa de analizar la participación política. El capítulo 10 se refiere a las candidaturas de Eva Perón y las militantes peronistas para la elección de 1951. Se examinan, en primer lugar, la postulación de Eva Perón a la vicepresidencia y las implicancias políticas que tuvo esta propuesta truncada donde se busca explicar por qué si Evita era la candidata por antonomasia del peronismo, su postulación a la vicepresidencia no fue posible. En segundo lugar, las legisladoras peronistas y el lugar que les correspondió en las listas del partido, cuál fue la forma y el criterio de selección de las candidatas, cómo se postularon y cómo influyó “el renunciamiento” de Evita en la selección de las representantes.

El capítulo 11 está dedicado a analizar la campaña electoral en que las mujeres votaron y fueron votadas por primera vez, donde se logró el objetivo político más importante del partido, la reelección de Perón para la segunda presidencia. A su vez se analiza el rol de las mujeres durante la campaña electoral en las unidades básicas femeninas y los resultados obtenidos en cada distrito. El capítulo deja un interrogante sobre lo sucedido con el PPF luego de la muerte de Eva Perón. Este tema, las nuevas estrategias de canalización política femenina luego de las elecciones de 1951, el rol de las mujeres en el parlamento, y el destino del PPF luego del golpe de estado de 1955 son analizados en el libro elaborado a partir de la tesis presentada. ***

José B. Marcilese. *El primer peronismo en Bahía Blanca, de la génesis a la hegemonía (1943-1955)*, Tesis de Doctorado en Historia, Bahía Blanca, 2008. Dirección: Mabel Cernadas de Bulnes. UNS.

La tesis analiza el desarrollo del primer peronismo en Bahía Blanca, partiendo del estudio de su génesis para luego considerar su consolidación en el orden local como fuerza mayoritaria.

Este estudio se inscribe dentro de la nueva historia política que por sus características ha sido considerada como una renovación de la historia política tradicional, especialmente en lo que respecta al papel central de la narrativa. Pero el retorno al orden de “lo político”, en términos de Pierre Rosanvallon, se hace considerando elementos relacionados con el análisis discursivo, los aspectos simbólicos, las reflexiones de tipo sociológico sobre los sujetos y las instituciones y las aproximaciones tanto individuales como colectivas a los procesos en cuestión.

El tratamiento del tema fue organizado en tres instancias principales. En la primera se analizó la génesis del peronismo, considerando para ello la coyuntura socioeconómica de Bahía Blanca y el aporte tanto de los sectores sindicales como de las fuerzas políticas preexistentes en la constitución del nuevo movimiento en el orden local. Seguidamente se analizó el proceso formativo del Partido Peronista en Bahía Blanca, en especial los conflictos y tensiones entre las distintas facciones peronistas y el grado de autonomía que éstos presentaron respecto de los lineamientos impulsados por las agencias partidarias centrales. La tercera parte del estudio se orientó a reflexionar sobre la influencia que ejerció el peronismo, en su doble rol de partido político y fuerza gobernante, sobre el universo asociacionista bahiense. Para ello se consideró el funcionamiento de las entidades culturales, el fomentismo, las entidades deportivas y las organizaciones profesionales.

El análisis se constituyó a partir de dos perspectivas de análisis complementarias, en primer término la organización del peronismo local a partir de su funcionamiento como partido político, teniendo en cuenta para ello la dinámica interna y los juegos de poder presentes dentro de la fuerza partidaria. En segundo lugar se consideró la relación del peronismo local con las entidades de la sociedad civil, con la intención de determinar las continuidades y rupturas que la dinámica de estas entidades experimentó durante la etapa considerada y la su relación con las políticas impulsadas desde el estado.

El estudio de estos temas se realizó a partir de una hipótesis principal que sostiene que en el peronismo bahiense se impuso un tipo de conducción personalista y de base clientelar, especialmente luego de 1952, construido a partir de un liderazgo único, similar en sus prácticas al de los caudillos tradicionales. De este modo, la dinámica que el movimiento despliega es reveladora de la constitución de una cultura política, construida en mayor medida a partir de continuidades que de rupturas con la etapa precedente. Por otra parte, a pesar de que tradicionalmente se ha considerado que el Partido Peronista responde a una estructura fuertemente centralizada, su funcionamiento en el medio bahiense manifiesta cierta autonomía que responde a una lógica propia en el manejo y distribución del poder, regulada por los actores locales y ajena a los lineamientos emanados de las agencias partidarias centrales.

Asimismo, en la dinámica local del movimiento, ocupa un lugar significativo la articulación que entabla la conducción partidaria peronista con un heterogéneo conjunto de organizaciones de la sociedad civil local y que se caracterizó por un progresivo proceso de cooptación mediante el cual las diversas entidades se transformaron en organizaciones funcionales a los intereses del peronismo gobernante, en tanto que las que se mostraron renuentes a cumplir ese rol fueron testigos de un serio deterioro en su dinámica asociativa. Analizar la articulación entre la elite partidaria y el universo asociativo de la sociedad local resultó esencial para comprender la evolución que el peronismo experimentó en el medio bahiense.

La investigación se realizó a partir de un corpus documental heterogéneo, se consideraron fuentes de carácter institucional, archivos personales, correspondencia y entrevistas a los propios actores de los procesos analizados. El aporte de estos testimonios resultó fundamental para reconstruir diversas etapas y procesos del período constitutivo y la consolidación del peronismo bahiense, escasamente registrados por otras fuentes.

Susana Piazzesi. *Conservadores en provincia. El iriondismo santafesino: entre el fraude y la obra pública, 1937-1943*. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, 2008. Director: Hugo Quiroga, Co-director: Darío Macor. UNL.

Es conocido el proceso de renovación del campo de las disciplinas sociales y de la historia en particular, vivido desde los inicios de la transición democrática en 1983, cuando comenzara la re-institucionalización del sistema universitario y científico. En ese proceso, la década del treinta del siglo XX ganó protagonismo como foco de interés de los investigadores, quienes revisando interpretaciones consagradas fueron reconociéndole una densidad histórica particular.

La mayoría de las obras que componen el repertorio de la renovación recortan su objeto de indagación en el ámbito nacional, dando cuenta de importantes procesos abiertos en estos años relacionados con el modelo de acumulación, con la crisis política que abre paso a la primera intervención militar en esa esfera, con las transformaciones que se producen en el Estado, etc. Trabajos que dan cuenta de la riqueza que encierran los «años treinta», en la medida que en ellos se inician procesos destinados a perdurar hasta casi finalizado el siglo XX, como el de la construcción de la matriz estadocéntrica.

En ese marco, los estudios dedicados a los espacios sub-nacionales han tenido menor relevancia, lo que se presenta como un déficit si jerarquizamos la importancia de estos espacios como «territorios de producción de lo político» que ayudan a complejizar la mirada del investigador.

Estas consideraciones permiten inscribir en el contexto más ambicioso de la política nacional el tema de esta tesis sobre la provincia de Santa Fe en esos años treinta. Años en los que el Antipersonalismo detenta el poder provincial, bajo las administraciones de Manuel María de Iriondo, 1937-1941, y de Joaquín Argonz, 1941-1943, y que tienen como características sobresalientes la vigencia del fraude electoral, un crecimiento de la intervención del Estado y una modernización de las instituciones estatales.

Un interrogante sintetiza lo que se considera un punto neurálgico de estos gobiernos: ¿cómo legitimar su condición de poder frente al pecado de origen de su ilegitimidad electoral? Se reproduce así, en el plano local, un problema que también signa a los gobiernos nacionales del período como producto de la implementación del fraude electoral.

La hipótesis que preside la investigación sostiene que esa legitimidad ausente en el origen, fortalece diferentes estrategias de producción de una legitimidad sustitutiva, especialmente desde un peculiar estilo de gestión de gobierno y de justificación del mismo. En la construcción de esa hipótesis se parte de la distinción sobre dos tipos de legitimidad, la de sistema y la de gobierno.

A partir de estas consideraciones teóricas se indaga acerca de los recursos y mecanismos de justificación con los que lo que se denomina el iriondismo, fue construyendo un sistema de legitimación de su participación en el universo político, en general, y como partido de gobierno, en particular. La investigación analiza los contenidos, formas y modalidades que asume la acción gubernamental, en especial aquellas que están orientadas a reformular la relación Estado-sociedad, a jerarquizar los actores sociales en su relación con el gobierno y a la construcción del consenso político.

En este punto se plantea el problema de cómo pensar la importancia de la política y de las elecciones bajo el imperio del fraude electoral. Se considera necesario revisar una imagen fuertemente instalada, que asocia de manera directa y sin mediaciones la institucionalización del fraude con el vaciamiento de contenido de la política y, más específicamente, de las elecciones. Como se ha señalado, la consolidación del fraude como dispositivo de control electoral, le permitía a la elite política actuar con mayor independencia de los sectores socioeconómicos predominantes. Desde esta óptica es posible aproximarse a una de las claves para entender el funcionamiento de la política conservadora en la década del treinta, y especialmente la lógica con la que esta política se desplegaba en los ámbitos de los Estados provinciales y de los gobiernos municipales.

Esta modalidad de la acción política conservadora carga de especial significación a los gobiernos de provincia, y a la obra pública en la que encontraban un ancho sendero para desplegar su lógica de acción política, sobre todo cuando las condiciones económicas de la segunda mitad de la década mejoraran las posibilidades de intervención estatal en esa dirección.

Los gobernadores Manuel María de Iriondo y Joaquín Argonz, pertenecientes al Antipersonalismo, partido que a nivel nacional integra la coalición gobernante de la Concordancia, representan bien en el espacio local las nuevas modalidades estatales que se despliegan en el Estado nacional conjugadas con las prácticas del fraude. Sus gobiernos se inscriben en esa «particular combinación de fraude y obra pública». En el transcurso de estos años la provincia se asocia estrechamente al proceso de transformación nacional, y el Estado provincial, en paralelo con el Estado nacional, ganará recursos que potencian su capacidad de intervención frente a la sociedad.

Con respecto a la estructura del texto, la tesis se organiza en cinco capítulos y las conclusiones. Se agregan en un

- ↳ apéndice cuadros estadísticos donde se sistematizan los datos electorales analizados en el texto.
- En el capítulo I se repasan las principales «novedades» que aparecen en la década del treinta en Argentina relacionadas a la política, al Estado, al mundo de las ideas; como también las transformaciones que en lo económico impone la crisis de 1929. Se incluye también una presentación de los principales rasgos de la política provincial en la década del treinta en el período previo a los gobiernos Antipersonalistas.
- Se analiza luego, en el capítulo II, el escenario electoral del período, deteniéndose en las principales elecciones provinciales y nacionales que se desarrollan en el distrito santafesino. Más allá de la vigencia del fraude, se considera que es posible reconstruir a través de las elecciones la dinámica política de estos años, a partir del comportamiento de las principales organizaciones partidarias.
- La relación gobierno y partido es el tema desarrollado en el capítulo III. El posicionamiento del partido frente al gobierno y de éste con el partido; los grados de autonomía de uno y otro; los conflictos que se suscitan y las razones que los motorizan, así como también los mecanismos de resolución de los mismos, son los puntos centrales que estructuran este apartado.
- En el capítulo IV se atiende a la cuestión de la producción de legitimidad de los gobiernos Antipersonalistas. Fundamentalmente en dos áreas de gobierno: obra pública y salud. Ambas áreas se constituyen en ámbitos privilegiados para la producción de legitimidad, en un momento de cambio en los roles del Estado. Como se trata de demostrar, con estrategias diferentes la obra pública y la salud, en tanto áreas priorizadas por los gobiernos de Iriondo y Argonz, se transforman en excelentes ámbitos para desplegar una fuerte intervención del Estado.
- Cerrando el cuerpo central de la tesis en el capítulo V se reconstruye una de las facetas del Estado intervencionista. Allí la atención está puesta especialmente en una institución: el Departamento Provincial del Trabajo, desde el cual, más allá del ejercicio del control social, se intenta encauzar la relación del Estado con los distintos actores sociales que intervienen en el ámbito del trabajo.
- Por último se presentan, como Notas Finales, las conclusiones del trabajo. Se revisan allí las hipótesis planteadas a lo largo de los capítulos, para concluir que con los conservadores de provincia, mientras se avanza en el proceso de transformación estatal, se pretende dar respuesta a la ilegitimidad de origen producto de la manipulación electoral, jerarquizando la gestión gubernamental como la fuente principal en el proceso de producción de legitimidad del poder. ***

Boletín Bibliográfico Electrónico

del Programa Buenos Aires de Historia Política



Cómo citar

[Autor]. [“título del artículo”], *Boletín Bibliográfico Electrónico*, número 2, septiembre de 2008, ISSN 1851-7099.

Año 1. Número 2, septiembre de 2008